
RICARDO III

de William Shakespeare

Acto primero

Escena I

(Londres. Una calle)

Entra Gloucester

Gloucester: Ahora el invierno de nuestro descontento se vuelve verano con este sol de York; y todas las nubes que se encapotaban sobre nuestra casa están sepultadas en el hondo seno del océano. Ahora nuestras frentes están ceñidas por guirnaldas victoriosas; nuestras melladas armas, colgadas e trofeos; nuestras amenazadoras llamadas al arma se han cambiado en alegres reuniones, nuestras terribles músicas de marcha, en danzas deliciosas. La guerra de hosco ceño ha alisado su arrugada frente; y ahora, en vez de cabalgar corceles armados para amedrentar las almas de los miedosos adversarios, hace ágiles cabriolas en el cuarto de una dama a la lasciva invitación de un laúd. Pero yo, que no estoy formado de bromas juguetonas, ni hecho para cortejar a un amoroso espejo; yo, que estoy toscamente acuñado, y carezco de la majestad del amor para pavonearme ante una lasciva ninfa contoneante; yo, que estoy privado de la hermosa proporción, despojado con trampas de la buena presencia por la Naturaleza alevosa; deforme inacabado, enviado antes de tiempo a este mundo que alienta; escasamente hecho a medias, y aun eso, tan tullido y desfigurado que los perros me ladran cuando me paro ante ellos; yo, entonces, en este tiempo de paz, débil y aflautado, no tengo placer con que matar el tiempo, si no es observar mi sombra al sol y entonar variaciones sobre mi propia deformidad. Y por tanto, puesto que no puedo mostrarme amador, para entretenerme en estos días bien hablados, estoy decidido a mostrarme un canalla, y a odiar los ociosos placeres de estos días. He tendido conspiraciones, insinuaciones peligrosas, con ebrias profecías, libelos y sueños, para hacer que mi hermano Clarence y el Rey se tengan un odio mortal el uno al otro: y si el rey Eduardo es tan leal y justo como yo soy sutil, falso y traidor, a estas horas Clarence está estrechamente enjaulado por una profecía que dice que G. será el asesino de los herederos de Eduardo. ¡Sumergíos, pensamientos, en mi alma! Ahí viene Clarence. (Entra Clarence, entre guardias, con Brakenbury) Buenos días, hermano, ¿qué quiere decir esta guardia armada que acompaña a Vuestra Alteza?

Clarence: Su Majestad, cuidadoso de la seguridad de mi persona, ha dispuesto esta escolta para llevarme a la Torre.

Gloucester: ¿Por qué motivo?

Clarence: Porque me llamo George.

Gloucester: Ay, señor, eso no es culpa vuestra; debería aprisionar por ello a vuestros padrinos. Oh, quizá su Majestad tiene intención de que se os vuelva a bautizar en la Torre. Pero ¿qué pasa, Clarence; puedo saberlo?

Clarence: Sí, Ricardo, cuando lo sepa yo; pues aseguro que todavía no lo sé; sino que, por lo que he podido saber, él atiende a profecías y sueños, y arranca del abecedario la letra G, y dice que un hechicero le ha dicho que su progenie será desheredada

-
- por G; y como mi nombre, George, empieza por G, a su juicio se sigue que yo soy ése. Tales cosas, según he sabido, y otras niñerías como éstas, han movido a su Majestad a aprisionarme ahora.
- Gloucester: Ah, esto pasa cuando los hombres se gobiernan por mujeres; no es el Rey quien os envía a la torre, Clarence: su esposa, lady Grey, es quien le dispone a ese desafuero. ¿No fue ella, y aquel hombre respetable, su hermano Anthony Woodville, quien le hizo enviar a la torre a lord Hastings, que hoy sale libre de ella? No estamos seguros, Clarence, no estamos seguros.
- Clarence: Por los cielos, creo que nadie está seguro sino los parientes de la Reina, y los mensajeros nocturnos que caminan entre el Rey y mistress Shore. ¿No has oído decir qué humilde suplicante fue lord Hastings ante ella para quedar libre?
- Gloucester: Lamentándose humildemente ante su divinidad obtuvo su libertad el lord Chambelán. Os diré: creo que nuestra salida, si queremos conservar el favor del Rey, es ser siervos de ella, y llevar su librea. Ella, y la consumida y celosa viuda, desde que nuestro hermano las hizo nobles, son comadres de gran poder en este reino.
- Brakenbury: Ruego a Vuestras Altezas que me perdonen: Su Majestad me ha ordenado estrictamente que nadie tenga conversación secreta con su hermano, sea del rango que sea.
- Gloucester: ¡Ah, muy bien! Si vuestra Señoría lo desea, Brakenbury, podéis tomar parte en todo lo que decimos. No hay traición en lo que decimos, hombre: decimos que el Rey es sabio y virtuoso; y su noble Reina, bien dotada en edad, bella y nada celosa; decimos que la mujer de Shore tiene bonitos pies, labios de cereza, ojos pícaros, y lengua más que agradable; y que los parientes de la Reina han sido ennoblecidos: ¿Qué os parece, señor, podéis negar todo esto?
- Brakenbury: En esto, señor, yo no quiero tener nada que ver.
- Gloucester: ¡No tener nada que ver con mistress Shore! Te digo, amigo, que quien tenga algo que ver con ella, excepto uno solo, será mejor que tenga que ver en secreto y a solas.
- Brakenbury: ¿Quién es ese uno, señor?
- Gloucester: Su marido, villano: ¿quieres traicionarme?
- Brakenbury: Ruego a Vuestra Alteza que me perdone, y, a la vez, que deje su conversación con el noble Duque.
- Clarence: Sabemos tu misión, Brakenbury, y obedeceremos.
- Gloucester: Somos súbditos de la Reina, y hemos de obedecer. Hermano, adiós: iré a ver al Rey; y, cualquier cosa que quieras que haga, aunque sea llamar hermana a esa viuda casada con el rey Eduardo, lo cumpliré para liberarte. Mientras tanto, esta profunda ofensa a la fraternidad me toca más profundamente de lo que puedas imaginar.
- Clarence: Ya sé que no nos complace mucho a ninguno de los dos.
- Gloucester: Bueno, vuestra prisión no será larga: yo te libraré, o si no, te daré el cambio. Mientras tanto, ten paciencia.
- Clarence: Debo tenerla, a la fuerza: adiós. (Se van Clarence, Brakenbury y guardias)
- Gloucester: ¡Ve, recorre el camino por donde jamás volveras, sencillo y tonto Clarence! Te quiero tanto, que pronto enviaré al cielo tu alma, si el cielo recibe el regalo de mis manos. Pero ¿quién viene aquí? ¿El recién liberado Hastings? (Entra Hastings)
- Hastings: ¡Buen día tenga mi ilustre señor!

-
- Gloucester: ¡Igualmente, mi buen lord Chambelán! Bienvenido al aire libre. ¿Cómo ha soportado la prisión Vuestra Señoría?
- Hastings: Con paciencia, noble señor, como deben hacer los prisioneros: pero yo viviré, señor, para darles las gracias a los que fueron la causa de mi prisión.
- Gloucester: No lo dudo, no lo dudo; y lo mismo hará Clarence, pues los que fueron enemigos vuestros también lo son suyos, y han triunfado sobre él tanto como sobre vos.
- Hastings: ¿Lástima que el águila quede encerrada, mientras los milanos y gallinazos cazan en libertad!
- Gloucester: ¿Qué noticias hay por ahí?
- Hastings: Por ahí no son tan malas las noticias como por aquí: el Rey está enfermizo, débil y melancólico, y los médicos temen mucho por él.
- Gloucester: Vaya, por San Juan, que estas noticias sí que son malas, Ah, mucho tiempo ha seguido un mal régimen, y ha consumido demasiado su real persona: es muy doloroso pensarlo. ¿Qué, está en cama?
- Hastings: Está.
- Gloucester: Id por delante, y yo os seguiré. (Se va Hastings) No puede vivir, espero; y no debe morir antes que George Clarence esté enviado por la posta al cielo. Entraré, para azuzar más su odio a Clarence, con mentiras bien aceradas por argumentos de peso; y, si no fracaso en mi profundo intento, Clarence no tiene un día más de vida; hecho lo cual, ¡Dios reciba al rey Eduardo en su misericordia, dejando el mundo para que arme bulla en él! Pues entonces e casaré con la hija menor de Warwick. ¿Qué importa que yo matara a su marido y a su padre? El modo más rápido de enmendarlo con la moza, es convertirme en su marido y su padre: lo cual haré, no tanto por amor, cuanto por otra intención secreta y reservada, que conseguiré casándome con ella. Pero ahora corro al mercado por delante de mi caballo: Clarence todavía respira; Eduardo aún vive y reina: cuando se hayan ido, entonces deberé contar mis ganancias. (Se va)

Escena II

(Londres. Otra calle)

Entra el cadáver del Rey Enrique VI, llevado en un ataúd abierto, caballeros con alabardas, escoltándolo, y Lady Ana, en lamentaciones.

- Ana: Dejadlo, dejad vuestra honrosa carga (si es que el honor puede envolverse en sudario en un ataúd), mientras yo hago las exequias lamentando algún tiempo la prematura caída del virtuoso Lancaster. ¡Pobre figura de un sagrado rey, tan fría como una llave! ¡Pálidas cenizas de la casa de Lancaster! ¡Oh, tú, resto exangüe de esa sangre real! Séame lícito invocar a tu espíritu para que oiga los lamentos de la pobre Ana, esposa de tu Eduardo, tu hijo asesinado, apuñalado por la misma mano que hizo estas heridas! Mira, en estas ventanas que dejan escapar tu vida, vierto el bálsamo inerte de mis pobres ojos. ¡Ah, maldita sea la mano que hizo estos agujeros! ¡Malvido el corazón que tuvo corazón para hacerlo! ¡Maldita la sangre que dejó escapar aquí esta sangre! ¡Más triste suerte tenga ese odiado miserable que nos hace miserables con tu muerte, de la que puedo desear a víboras, arañas, sapos, o cualquier otro ser envenenado que viva! Si alguna vez tiene hijo, ¡que sea un aborto, monstruoso y salido a luz a destiempo, con aspecto feo y raro que horrorice a la esperanzada madre al verlo; y que sea heredero de su infelicidad! Si tiene esposa alguna vez, ¡que sufra más con su

-
- muerte que yo con la de mi joven señor y la tuya! Id ahora a Chertsey con vuestra sagrada carga, traída de San Pablo para enterrarla allí; pero siempre que os canséis del peso, descansad, mientras yo me lamento sobre el cadáver del rey Enrique. (Los portadores levantan el ataúd y se ponen en marcha. Entra Ricardo, Duque de Gloucester)
- Gloucester: Deteneos, los que lleváis el cadáver, y dejadlo abajo.
- Ana: ¿Qué negro hechicero conjura este demonio para que interrumpa devotas acciones de caridad?
- Gloucester: Villanos, ¡dejad el cadáver, o, por San Pablo, que dejaré cadáver al primero que desobedezca!
- Caballero 1º: Señor, echaos a un lado, y dejad pasar el ataúd.
- Gloucester: ¡Perro grosero! ¡Detente cuando yo mando! Levanta la alabarda más alta que mi pecho, o, por San Pablo, te derribaré de un golpe a mis pies, y te pisotearé, mendigo, por tu audacia. (Los portadores dejan el ataúd)
- Ana: ¿Qué tembláis? ¿Tenéis miedo todos? Ay, no os censuro, pues sois mortales, y los ojos mortales no pueden soportar al diablo. ¡Fuera, horrendo ministro del infierno! Tú sólo tienes poder sobre su cuerpo mortal, pero no puedes tener su alma: así que, ¡fuera!
- Gloucester: Dulce santa, por caridad, no seas tan maldiciente.
- Ana: ¡Sucio demonio, oír Dios, vete de aquí y no nos molestes! Pues tú has hecho tu infierno de la tierra feliz, llenándola con gritos de maldición y hondos clamores. Si te complace observar tus horrendas acciones, observa este modelo de tus carnicerías. ¡Ah, caballeros, ved, ved! ¡Las heridas de Enrique muerto abren sus bocas cuajadas y vuelven a sangrar! Enrojece, enrojece, bulto de sucia deformidad; pues es tu presencia la que hace salir esa sangre de venas frías y vacías, donde no queda sangre. Tu acción, inhumana y contra la naturaleza, provoca este desbordamiento contra la naturaleza. ¡Oh, Dios, que hiciste esta sangre, venga su muerte! ¡Oh tierra, que bebes esta sangre, venga su muerto! ¡Oh cielo deje muerte con un rayo al asesino, o la tierra abra su boca y se lo trague vivo, como tú te tragas la sangre de este buen rey, que su brazo, gobernado por el infierno, ha asesinado!
- Gloucester: Señora, desconoces las reglas de la caridad, que devuelve bien por mal, bendiciones por maldiciones.
- Ana: Villano, tú no conoces ley de Dios ni de hombre: no hay animal tan feroz que no conozca algún toque de piedad.
- Gloucester: Pues yo no lo conozco, así que no soy animal.
- Ana: ¡Qué prodigio que los demonios digan la verdad!
- Gloucester: Más prodigio que los ángeles sean tan iracundos. Dignaos, divina perfección de mujer, darme permiso para que yo me disculpe con detalle de esas supuestas maldades.
- Ana: Dignaos, deforme contagio de hombre, darme permiso para que yo os maldiga en vuestro maldito ser por esas conocidas maldades.
- Gloucester: Tú, más bella que lo que la lengua puede decirte, déjame un rato de paciencia para excusarme.
- Ana: Tú, más vil que lo que el corazón puede pensarte, no puede dar otra excusa válida sino ahorcarte.
- Gloucester: Con tal desesperación, me acusaría a mí mismo.

- Ana: Y, desesperando, quedarías excusado por hacer digna venganza en ti mismo, tú que diste indigna muerte violenta a otros.
- Gloucester: ¿Y si yo no les hubiera matado?
- Ana: Bueno, entonces no estarían muertos, pero muertos están, y por ti, esclavo diabólico.
- Gloucester: Yo no maté a tu marido.
- Ana: Entonces está vivo.
- Gloucester: No, está muerto, y muerto por mano de Eduardo.
- Ana: Mientes con toda tu sucia boca: la reina Margarita vio tu criminal cimitarra humeando de su sangre, que tú le dirigiste a ella contra su pecho, aunque tus hermanos desviaron la punta.
- Gloucester: Me provocó su lengua calumniosa, que echaba la culpa en mis hombros inocentes.
- Ana: Te provocó tu ánimo sanguinario, que nunca soñó otra cosa que matanzas: ¿no mataste tú a este Rey?
- Gloucester: Os lo concedo.
- Ana: ¿Me lo concedes, erizo? Entonces, ¡que Dios me conceda también que seas condenado por esa maldad! ¡Ah, él era amable, bondadoso y virtuoso!
- Gloucester: Más apropiado para el Rey del Cielo, que le tiene.
- Ana: Está en el Cielo, adonde tú nunca irás.
- Gloucester: Que él me dé gracias, puesto que le ayudé a llegar allá; porque él servía más para ese sitio que para la tierra.
- Ana: Y tú no sirves para otro sitio sino para el infierno.
- Gloucester: Sí, para otro sitio, si me dejas nombrarlo.
- Ana: Algún calabozo.
- Gloucester: Tu alcoba.
- Ana: ¡Mal descanso haya en el cuarto en el que te acuestes!
- Gloucester: Así será, señora, hasta que te acuestes conmigo.
- Ana: Así lo espero.
- Gloucester: Lo sé. Pero, ilustre lady Ana, para dejar este agudo combate de nuestros ingenios, y bajar un poco, a un método más lento: el causante de las prematuras muertes de esos Plantagenet, Enrique y Eduardo, ¿no es tan culpable como el ejecutor?
- Ana: Tú fuiste la causa y el más maldito ejecutor.
- Gloucester: Tu belleza fue la causa de ese efecto: tu belleza, que me acosaba en mi sueño a que acometiera la muerte del mundo entero, con tal de poder vivir una hora en tu dulce seno.
- Ana: Si eso pensabas, te diré, homicida, que estas uñas desgarrarán esa belleza de mis mejillas.
- Gloucester: Mis ojos no podrán soportar la ruina de esa belleza; no la injuriaréis, si estoy yo presente: todo el mundo se alegra con ver el sol, como yo con ella: es mi día, mi vida.
- Ana: ¡Negra noche dé sombra a tu día, y muerte a tu vida!
- Gloucester: No te maldigas, hermosa criatura: tú eres ambas cosas.
- Ana: Querría serlo para vengarme de ti.
- Gloucester: Es una querrela contra la naturaleza: vengarse contra el que te ama.
- Ana: Es una querrela justa y razonable, vengarse del que mató a mi marido.
- Gloucester: El que te privó de tu marido, señora, lo hizo para ayudarte a tener mejor marido.

-
- Ana: Mejor que él, no respira otro sobre la tierra.
- Gloucester: Vive alguien que te quiere mejor de lo que él sabría.
- Ana: Nómbrale.
- Gloucester: Plantagenet.
- Ana: Ah, ése era él.
- Gloucester: Otro del mismo nombre, pero de mejor naturaleza. Ana: ¿Dónde está?
- Gloucester: Aquí. (Ella lo escupe) ¿Por qué me escupes?
- Ana: ¡Ojalá fuera veneno mortal para ti!
- Gloucester: Nunca salió veneno de tan dulce hogar.
- Ana: Jamás cubrió veneno a un sapo más sucio. ¡Quítate de mis vistas! Me enfermas los ojos.
- Gloucester: Tus ojos, dulce señora, han enfermado a los míos.
- Ana: ¡Ojalá fueran basiliscos, para dejarte muertos!
- Gloucester: Ojalá lo fueran, para que yo muriera en seguida, pues ahora me matan con muerte en vida. Esos ojos tuyos han sacado a los míos lágrimas saladas, avergonzando su aspecto con abundancia de gotas pueriles: estos ojos, que jamás vertieron lágrimas de remordimiento, ni aun cuando mi padre York y Eduardo lloraron al oír el triste gemido que lanzó Rutland cuando Clifford, el de cara negra, le clavó la espada, ni cuando tu belicoso padre, como un niño, contaba la triste historia de la muerte de mi padre, deteniéndose veinte veces a sollozar y llorar, de tal modo que todos los presentes se mojaban las mejillas, como árboles salpicados de lluvia; en ese triste tiempo, mis viriles ojos despreciaron cualquier humilde lágrima; y lo que esas tristezas no pudieron sacar de ellos, tu belleza ha podido, cegándolos de llanto. Nunca solicité, ni a amigo ni a enemigo; mi lengua jamás pudo aprender dulces palabras ablandadores; pero, ahora que se presenta tu belleza como mi paga, mi orgulloso corazón solicita, y apunta a mi lengua para que hable. (Ella lo mira con desprecio) No enseñes tal desprecio a tus labios, pues se hicieron para besar, señora, no para tal desprecio. Si tu vengativo corazón no puede perdonar, mira, aquí te presto esta aguda espada, y si e place ocultarla en este pecho fiel, dejando escapar el alma que te adora, lo ofrezco desnudo al golpe mortal, mendigando humildemente la muerte de rodillas. (Presenta el pecho abierto: ella se dispone a herirle con la espada) No, no te detengas: pues yo maté al rey Enrique, pero fue tu belleza la que me provocó. Sí, acaba ya: fui yo quien apuñaló al joven Eduardo, pero tu rostro celestial quien me llevó a ello. (Ella deja caer la espada) Toma la espada otra vez, o tómame a mí.
- Ana: Levántate, simulador: aunque deseo tu muerte, no quiero ser tu verdugo.
- Gloucester: Entonces, pídemme que me mate, y lo haré.
- Ana: Ya lo he dicho.
- Gloucester: Fue en tu furia: vuelve a decirlo, y, sólo con la palabra, esta mano que, por tu amor, mató a tu amor, matará por tu amor a un más fiel amor: serás cómplice de sus dos muertes.
- Ana: Querría conocer tu corazón.
- Gloucester: Está trazado en mi lengua.
- Ana: Temo que los dos son falsos.
- Gloucester: Entonces jamás hubo hombre veraz.
- Ana: Bien, bien, vuelve a tomar tu espada.
- Gloucester: Di entonces que mi paz está hecha.

Ana: Eso ya lo sabrás después.

Gloucester: Pero, ¿viviré con esperanza?

Ana: Mi esperanza es que todos los hombres vivan así.

Gloucester: Dígnate llevar este anillo.

Ana: Tomar no es dar.

Gloucester: Mira, igual que este anillo ciñe mi dedo, así tu pecho encierra mi pobre corazón; llévalos uno y otro, pues ambos son tuyos. Y si tu pobre servidor devoto puede pedir un solo favor de tu graciosa mano, confirma sí su felicidad para siempre.

Ana: ¿Qué es?

Gloucester: Que te plazca dejar esos tristes pensamientos al que tiene más motivo para enlutarse, y vayas en seguida a Crosby Place, donde, después de que yo entierre solemnemente en el monasterio de Chertsey a este ilustre Rey y moje su tumba con mis lágrimas de arrepentimiento, iré a verte con todas las ceremonias convenientes. Por diversas razones desconocidas, concédeme este don.

Ana: Con todo mi corazón, y mucho me alegra también verte tan arrepentido. Tressel y Berkeley, venid conmigo.

Gloucester: Dime adiós.

Ana: Es más de lo que mereces; pero, puesto que me enseñas a adularte, imagina que ya te he dicho adiós. (Se van Lady Ana, Tressel y Berkeley)

Gloucester: Señores, llevaos el cadáver.

Caballero: ¿A Chertsey, noble señor?

Gloucester: No, a White-Friars: esperad allí a mi llegada. (Se van todos menos Gloucester)

¿Se ha cortejado jamás a una mujer en tal humor? ¿Se ha conquistado jamás a una mujer en tal humor? Yo la he conquistado, pero no la conservaré mucho tiempo. ¡Qué!, yo, que maté a su marido y a su padre, ¡apoderarme de ella en el mayor odio de su corazón, con maldiciones en la boca, y lágrimas en los ojos, al lado de ensangrentado testigo de su odio; teniendo contra mí a Dios, a su conciencia y estos obstáculos, y sin amigos que respaldaran mi pretensión al mismo tiempo, sino el mismo demonio y la cara simuladora, y sin embargo, ganarla a ella: el mundo entero contra nada. ¡Ja, ja! ¿Ha olvidado ya a aquel valiente Príncipe, Eduardo, su señor, a quien yo, hará unos tres meses, apuñalé en mi furia en Tewksbury? El espacioso mundo no puede volver a ofrecer un caballero más dulce y amable, formado en la prodigalidad de la naturaleza, joven, valiente y sabio, sin duda egregio de veras; y, con todo, ¿ella baja los ojos hasta mí, que seguí la dorada primavera de ese dulce Príncipe, y la dejé viuda en lecho de gemidos; hasta mí, que no igualo entero a la mitad de Eduardo; a mí, que soy tan renqueante y deforme? Apuesto mi ducado contra un ochavo de mendigo, que me había engañado hasta ahora sobre mi persona: por vida mía, aunque yo no pueda, ella encuentra que soy un hombre maravillosamente grato. Me gastaré algo en un espejo y ocuparé una veintena o dos de sastres en que estudien modas con que adornar mi cuerpo: puesto que he llegado a introducirme en mi propio favor, lo mantendré en la tumba, y luego volveré con lamentos a mi amor. Brilla, hermoso sol, hasta que me compre un espejo, para que pueda ver mi sombra al caminar. (Se va)

Escena III

(Londres. Un salón de Palacio)

Entran la Reina Isabel, Rivers y Grey

-
- Rivers: Tened paciencia, señora: no hay duda de que Su Majestad recuperará pronto su acostumbrada salud.
- Grey: El que lo llevéis mal, le pone peor: así que, por Dios, mantened el buen ánimo y animad a su majestad con palabras vivas y alegres.
- Isabel: Si el muriera, ¿qué sería de mí?
- Grey: No habría otro daño sino la pérdida de tal señor.
- Isabel: La pérdida de tal señor incluye todos los daños.
- Grey: Los cielos os han bendecido con un excelente hijo que será vuestro consuelo cuando él se haya ido.
- Isabel: Ah, es pequeño; y su minoría de edad está puesta a cargo de Ricardo Gloucester, un hombre que no me quiere a mí ni a ninguno de vosotros.
- Rivers: ¿Está hecho que él será el Protector?
- Isabel: Está decidido, no hecho todavía; pero así ha de ser, si el Rey acaba mal. (Entran Buckingham y Stanley)
- Grey: Aquí vienen lord Buckingham y lord Stanley.
- Buckingham: ¡Buen día tenga Vuestra Real Majestad!
- Stanley: ¡Dios haga tan alegre a Vuestra Majestad como antes ha sido!
- Isabel: La condesa de Richmon, mi buen lord Stanley, no dirá amén a vuestras bondadosas oraciones. Sin embargo, Stanley, aunque sea vuestra mujer y no me quiera, tener la seguridad, mi buen Lord, de que no os odio por su orgullosa arrogancia.
- Stanley: Os suplico que tampoco creáis las envidiosas calumnias de sus falsos acusadores; o, si se la acusa de algún informe verdadero, soportad su debilidad, que me parece que procede de enfermedad caprichosa, y no de rencor con fundamento.
- Isabel: ¿Visteis hoy al Rey, lord Stanley?
- Stanley: Ahora mismo, el duque de Buckingham y yo venimos de visitar a Su Majestad.
- Isabel: ¿Qué probabilidades hay de mejoría, señores?
- Buckingham: Señora, tened buenas esperanzas: Su Majestad habla con buen ánimo.
- Isabel: ¡Dios le dé salud! ¿Conversasteis con él?
- Buckingham: Sí, señora: desea lograr una reconciliación entre el duque de Gloucester y vuestros hermanos, y entre éstos y el lord Chambelán: y ha enviado a convocarles a su real presencia.
- Isabel: ¡Ojalá todo fuera bien! Pero eso no será nunca: temo que nuestra felicidad esté en su cima. (Entran Gloucester, Hastings y Dorset)
- Gloucester: Me agravian, y no lo soportaré. ¿Quiénes son los que se quejan al Rey de que yo, en verdad, soy severo y no les quiero? Por San Pablo, aman poco a Su Majestad los que le llenan los oídos con tales rumores de discordia. Porque yo no sé adular ni hablar bellamente, sonreírles a la cara a los demás, suavizar, engañar y enredar, agacharme con reverencias a la francesa y cortesías de mono, tengo que ser considerado como un enemigo rencoroso. ¿No puede un hombre sencillo vivir pacíficamente sin que su sencilla sinceridad sea víctima de rufianes sedosos, maliciosos, insinuantes?
- Grey: ¿A quién habla Vuestra Alteza entre todos los presentes?
- Gloucester: A ti, que no tienes honradez ni gracia. ¿Cuándo te he injuriado? ¿Cuándo te he hecho agravio? ¿O a ti? ¿O a ti? ¿O a cualquiera de vuestro bando? ¡Maldición sobre todos vosotros! Su real persona (que Dios conserve mejor de lo que

-
- vosotros deseáis) no puede estar en paz el tiempo de un respiro sin que hayáis de molestarle con viles acusaciones.
- Isabel: Hermano Gloucester, confundes el asunto. El Rey, por su propia real voluntad, y no provocado por ningún solicitante -dirigiéndose, quizás, a tu odio interior, que muestra en sus acciones externas contra mis hijos, hermanos y yo misma- se ha sentido movido a llamaros, para poder saber el fundamento de vuestra mala voluntad, y suprimirlo así.
- Gloucester: No sé decir: el mundo se ha vuelto tan malo que los reyezuelos pueden hacer presa donde las águilas no se atreven a posarse. Desde que cualquier piernas se ha hecho un caballero, hay muchos nobles que se han quedado hechos unos piernas.
- Isabel: Vamos vamos: sabemos lo que quieres decir, hermano Gloucester; envidias mi subida y la de los míos. ¡Concédanos Dios que jamás tengamos necesidad de ti!
- Gloucester: Mientras tanto, Dios concede que yo tenga necesidad de vosotros: mi hermano está aprisionado por vuestra culpa, yo mismo, deshonorado, y la nobleza, caída en desprecio, mientras que se dan todos los días grandes elevaciones para ennoblecer a aquellos que apenas valían un noble hace unos días.
- Isabel: Por Aquel que me elevó a esta altura llena de cuidados desde el destino satisfecho que disfrutaba, que jamás he azuzado a Su Majestad contra el duque de Clarence, sino que he sido sincera abogada para hablar en su favor. Señor mío, me hacéis una vergonzosa injuria al enredarme falsamente en esas viles sospechas.
- Gloucester: Quizá neguéis que fuisteis la causa de la reciente prisión de lord Hastings.
- Rivers: Sí que lo negará, señor mío, pues...
- Gloucester: ¡Claro que lo negará, lord Rivers! Qué, ¿quién no lo sabe? Hará algo más que negarlo, señor: os ayudará a tener muchas hermosas elevaciones; y luego negará que su mano ayudadora anduviera en ello, y atribuirá esos honores a vuestros altos méritos. ¿Qué no podrá hacer? Podrá...sí, por Santa María, podrá tomar...
- Rivers: ¿Qué tomará, por Santa María?
- Gloucester: Pues tomará, por Santa María, un marido rey, un soltero, un guapo muchacho, además: ya sé que vuestra abuela encontró peor partido.
- Isabel: Lord Gloucester, hace mucho me he acostumbrado a vuestros groseros insultos y vuestras agrias burlas: por los cielos, daré a conocer a Su Majestad estos groseros sarcasmos que tantas veces he soportado. Preferiría ser una criada de campo antes que una gran reina bajo esa condición de estar tan insultada, despreciada e injuriada: poca alegría tengo con ser reina de Inglaterra.
- Margarita: ¡Y pido a Dios que mengüe esa poca! Tu honor, tu situación y tu trono se me deben a mí.
- Gloucester: ¡Qué! ¿Amenazas con decírselo al Rey? Díselo, sin reservar nada: mira, lo que he dicho, lo declararé en presencia del Rey: me arriesgo quizá a ser mandado a la Torre. Es hora de hablar: están olvidados mis dolores.
- Margarita: ¡Fuera, diablo! Los recuerdo muy bien. Tú mataste a mi marido Enrique en la Torre, y a Eduardo, mi pobre hijo, en Tewksbury.
- Gloucester: Antes de que fueras Reina, sí, o Rey tu marido, yo era bestia de carga en sus grandes asuntos, aniquilador de sus orgullosos adversarios, generoso recompensador de sus amigos: para hacer real su sangre vertí la mía.
- Margarita: Sí, y mucha sangre mejor que la suya o la tuya.

- Gloucester: Durante todo ese tiempo, tú y tu marido Grey estabais a favor del bando de Lancaster, y tú también Rivers: ¿no murió tu marido en la batalla contra Margarita en Saint Alban's? Dejadme que os recuerde si lo olvidáis, lo que habéis sido antes de ahora, y lo que sois; y al mismo tiempo, lo que he sido y lo que soy.
- Margarita: Un villano asesino, y lo sigues siendo.
- Gloucester: ¡El pobre Clarence abandonó a su padre Warwick; sí; y se hizo perjuro, que Jesús se lo perdone...!
- Margarita: ¡Qué Dios lo vengue!
- Gloucester: ¡...para luchar en el bando de Eduardo por la corona; y por sus méritos, pobre señor, es encerrado! Querría que mi corazón fuera de pedernal, como el de Eduardo; o el de Eduardo, blando y compasivo como el mío: soy demasiado necio y pueril para este mundo.
- Margarita: Escóndete de vergüenza en el infierno, y deja este mundo, ¡demonio malvado!: allí está tu reino.
- Rivers: Lord Gloucester, en aquellos laboriosos días que recordáis aquí para demostrarnos enemigos, seguíamos a nuestro señor, nuestro Rey legítimo: igual os seguiríamos si fuerais nuestro rey.
- Gloucester: ¡Si lo fuera! Preferiría ser un buhonero: ¡lejos de mi corazón el pensarlo! Isabel: Tan poca alegría, señor, como suponéis que disfrutarías si fuerais rey de este país, tan poca podéis suponer que disfruto yo con ser su reina.
- Margarita: Poca alegría disfruta con ello la Reina, pues la Reina soy yo, y no tengo ninguna alegría. No puedo aguantarlo más con paciencia... (Adelantándose). ¡Oídmeme, piratas peleones, que reñís al repartiros lo que me habéis robado! ¿Quién de vosotros no tiembla al mirarme? ¡Si no os sometéis como súbditos ante mí, como Reina, al menos temblad como rebeldes ante la que habéis depuesto! ¡Ah, noble canalla, no vuelvas la cara!
- Gloucester: Sucia bruja arrugada, ¿qué haces ante mi vista?
- Margarita: Sólo repetir lo que has destruido: es lo que haré antes de dejarte ir.
- Gloucester: ¿No estabas desterrada bajo pena de muerte?
- Margarita: Lo estaba; pero encuentro más pena en el destierro que cuanta pueda darme la muerte al quedarme aquí. Me debes un marido y un hijo; y tú, un reino; y todos vosotros, obediencia: la tristeza que tengo es vuestra por derecho; y todos los placeres que usurpáis son míos.
- Gloucester: La maldición que mi noble padre lanzó contra ti cuando pusiste una corona de papel en su valerosa frente y con tus burlas sacaste ríos de sus ojos, y luego, para secarlos, diste al Duque un trapo empapado en la sangre inocente del hermoso Rutland; sus maldiciones, que lanzó entonces contra ti por la amargura de su alma, han caído todas ellas sobre ti, y Dios, no nosotros, ha castigado tu acto sanguinario.
- Isabel: Justo es Dios para vengar a los inocentes.
- Hastings: ¡Ah, fue la más negra acción matar a aquel niño; la más despiadada que jamás se ha oído!
- Rivers: Hasta los tiranos lloraron cuando se contó.
- Dorset: No hubo quien no profetizara venganza por ella.
- Buckingham: Northumberland, entonces presente, lloró al verlo.
- Margarita: ¡Qué! ¿Os estabais peleando antes que llegara yo, dispuestos a agarraros por la garganta, y ahora volvéis todo vuestro odio contra mí? ¿Tanto pudo en el cielo la

-
- terrible maldición de York, que la muerte de Enrique, la muerte de mi querido Eduardo, la pérdida de su reino y mi doloroso destierro han sido sólo respuesta por aquel granuja de chiquillo? ¿Pueden las maldiciones traspasar las nubes y entrar en el cielo? ¡Ah, entonces, opacas nubes, dejad paso a mis veloces maldiciones! ¡Si no por la guerra, muera vuestro Rey por el libertinaje, como murió el nuestro por asesinato, para hacerles Rey! Tu hijo Eduardo, que ahora es príncipe de Gales, a cambio de mi hijo Eduardo, que fue príncipe de Gales, ¡muera en su juventud por igual violencia a destiempo! Y tú, Reina, a cambio de mí, que fui Reina, ¡ojalá vivas más que tu gloria, como yo, desgraciada! ¡Muchos años vivas, para gemir la pérdida de tus hijos; y veas a otra, como te veo ahora, revestida en tus derechos, como ahora tú estás asentada en los míos! Mueran tus días felices mucho antes de tu muerte; y tras de muchas prolongadas horas de dolor, ¡muere sin ser madre ni esposa ni reina de Inglaterra! Rivers y Dorset, estabais presentes, y tú también, lord Hastings, cuando mi hijo fue apuñalado con sanguinarias dagas: ¡pido a Dios que ninguno de vosotros viva su edad natural, sino que sea cortado por algún accidente inesperado!
- Gloucester: ¿Has terminado tu conjuro, odiosa bruja marchita?
- Margarita: ¿Dejándote fuera? Espera, perro, porque me vas a oír. ¡Si el cielo tiene guardada alguna calamidad desdichada que supere a las que pueda yo desear que caigan sobre ti, ah, que la guarde hasta que tus pecados estén maduros, y luego arroje su indignación sobre ti, turbador de la paz del pobre mundo! ¡Que sospeches traidores a tus amigos mientras vivas, y tomes a grandes traidores por tus mejores amigos! ¡Ningún sueño cierre tus ojos mortales, si no es mientras algún sueño atormentador te espanta con un infierno de horribles diablos! ¡Tú, cerdo marcado por los duendes, abortado, hozador! ¡Tú, que fuiste sellado en tu nacimiento como esclavo de la naturaleza e hijo del infierno! ¡Tú, calumnia del vientre cargado de ti madre! Tú, retoño odiado del cuerpo de tu padre! ¡Tú, andrajo del honor! ¡Tú, detestable..!
- Gloucester: ¡Margarita!
- Margarita: ¡Ricardo!
- Gloucester: ¿Eh?
- Margarita: No te llamaba.
- Gloucester: Te pido perdón, pues creí que me llamabas con todos esos nombres agrios.
- Margarita: Sí, te llamaba, pero no esperaba respuesta. ¡Ah, déjame cerrar el párrafo de mi maldición!
- Gloucester: Ya lo hago yo, y acaba en ...Margarita.
- Isabel: Así has lanzado tu maldición contra ti misma.
- Margarita: ¡Pobre reina en pintura, vano ornamento de destino! ¿Por qué viertes azúcar sobre esa araña embotellada cuya red mortal te rodea y apresa? ¡Loca, loca! Afilas un cuchillo para que te mate. Llegará el día en que me desearás para que te ayude a maldecir a ese venenosos sapo jorobado.
- Hastings: Profetizadora falsa, acaba tu maldición frenética, no sea que agotes nuestra paciencia para tu daño.
- Margarita: ¡Sucia vergüenza sobre vosotros! Vosotros todos habéis acabado con la mía.
- Rivers: Te estaría bien empleado que te enseñásemos lo que se te debe.
- Margarita: Me estaría bien empleado que todos me obedecierais como debéis. Enseñadme a ser vuestra Reina, y vosotros mis súbditos: ¡ah, dadme lo que me está bien empleado, y aprended vuestro deber!

-
- Dorset: No discutáis con ella: está lunática.
- Margarita: Calla, compadre Marqués; eres un desvergonzado: tu sello de nobleza, recién salido de forja, apenas ha tenido curso legal. ¡Ah, si vuestra joven nobleza pudiera juzgar lo que sería perderlo, y ser desgraciado! Los que están altos, tienen muchas ráfagas que les sacudan, y si caen, se hacen pedazos.
- Gloucester: Buen consejo, pardiez: aprendedlo, aprendedlo, Marqués.
- Dorset: Os interesa tanto como a mí, señor.
- Gloucester: Sí, y mucho más; pero yo nací tan alto que nuestro nido está construido en lo más alto del cedro, y juega con el viento y desprecia al sol.
- Margarita: Y convierte el sol en sombra, ¡ay! Testigo mi hijo, ahora en la sombra de la muerte, cuyos claros fulgores deslumbrantes envolvió tu ira nebulosa en eterna niebla. ¡Oh Dios, que lo ves, no lo consientas; como se ganó con sangre, piérdase así también!
- Buckingham: Silencio, silencio, por vergüenza, si no por caridad.
- Margarita: ¡No me invoquéis ni la caridad ni la vergüenza! Me habéis tratado sin caridad, y desvergonzadamente sois los matarifes de mis esperanzas. Mi caridad es el ultraje, la vida es mi vergüenza: ¡y en esa vergüenza sigue viviendo la cólera de mi pena!
- Buckingham: Acaba, acaba.
- Margarita: Ah, egregio Buckingham, besaré tu mano en señal de alianza y amistad contigo: ¡buena suerte ahora para ti y tu noble casa! Tus ropas no están manchadas con nuestra sangre, ni tú entras en el alcance de mi maldición.
- Buckingham: Ni ninguno de aquí, pues las maldiciones nunca pasan más allá de los labios de quienes las exhalan al aire.
- Margarita: No puedo menos de creer que ascienden al cielo, y despiertan allí la paz de Dios en si suave sueño. ¡Ah, Buckingham, te cuidado con ese perro! Mira, cuando gruñe, muerde; y, cuando muerde, su diente emponzoña de muerte. No tengas que ver con él, cuidado con él; el pecado, la muerte y el infierno han puesto en él sus huellas, y todos sus ministros le sirven.
- Gloucester: ¿Qué dice ésta, lord Buckingham?
- Buckingham: Nada de que yo haga caso, mi noble señor.
- Margarita: ¡Qué! ¿Me desprecias por mi generoso consejo, y apaciguas al diablo de quien te aviso? Acuérdate sólo de esto otro día, cuando te parta el corazón de tristeza, y dirás que Margarita fue profetisa. ¡Vivid, cada cual de vosotros, sujetos a su odio, y él al vuestro, y todos vosotros al de Dios! (Se va)
- Hastings: Se me eriza el pelo al oír sus maldiciones.
- Rivers: Y a mí también: no comprendo por qué está en libertad.
- Gloucester: No la puedo censurar: por la Santa Madre de Dios, ha sufrido demasiados agravios, y me arrepiento de la parte de ellos que le he hecho.
- Isabel: Yo nunca le hice ninguno, que yo sepa. Gloucester: Sin embargo, tenéis todo el provecho de sus agravios. Yo fui demasiado ardiente en hacer bien a alguien que ahora es demasiado frío al pensar en ello. Pardiez, en cuanto a Clarence, está bien recompensado: por sus trabajos, le han encerrado para engordarle: ¿Dios perdone a los que son los causantes de eso!
- Rivers: Una conclusión virtuosa y cristiana: rogar por los que nos han ofendido.
- Gloucester: Siempre lo hago así (aparte), como lo más prudente, pues si ahora mismo hubiera maldecido, me habría maldecido a mí mismo. (Entra Catesby)

-
- Catesby: Señora, Su Majestad os llama... y también a Vuestra Alteza... y a vosotros, nobles señores.
- Isabel: Ya voy, Catesby. ¿Señores, venís conmigo?
- Rivers: Acompañaremos a Vuestra Majestad. (Se van todos, menos Gloucester)
- Gloucester: Yo hago el mal, y no soy el primero en empezar a regañar. Las maldades secretas que preparo, las pongo a cuenta de otros, como culpa suya. A Clarence, a quien, desde luego, he puesto yo en la tiniebla, ahora le lamento delante de muchos simples bobos; esto es, ante Hastings, Stanley y Buckingham; y digo que son la Reina y sus aliados quienes mueven al Rey contra mi hermano el Duque. Ahora se lo creen; y a la vez me dejan vengarme de Rivers, Vaughan y Grey: pero entonces suspiro y, con un trozo de la Escritura, les digo que Dios nos manda hacer bien por mal, revistiendo así mi desnuda villanía con retazos viejos robados de la Santa Biblia; parezco un santo cuando más hago el diablo. (Entran dos asesinos) Pero ¡silencio! Ahí vienen mis ejecutores. ¿Qué tal, mis audaces y decididos compañeros? ¿Vais ahora a despachar ese asunto?
- Asesino 1º: Vamos a ello, señor; y venimos a recibir el pase para poder entrar donde está.
- Gloucester: Bien pensado: lo tengo aquí. (Da el pase) Cuando lo hayáis hecho, acudid a Crosby Place. Pero, señores, sed rápidos en la ejecución, y a la vez firmes, sin escuchar sus apelaciones: pues Clarence es elocuente y quizá mueva vuestros corazones a la piedad, si le hacéis caso.
- Asesino 1º: Bah, bah, señor, no nos pararemos a charlas: quien habla, no es bueno para hacer: estad seguro de que usaremos nuestras manos, y no nuestras lenguas.
- Gloucester: Vuestros ojos vierten piedras de molino cuando los ojos de los tontos vierten lágrimas: me gustáis, muchachos; id derechos a vuestro asunto: ¡vamos, vamos, despachad!
- Asesino 1º: Ya vamos, mi noble señor. (Se van)

Escena IV

(Londres. La Torre)

Entran Clarence y Brakenbury

Brakenbury: ¿Por qué tiene Vuestra Alteza tan triste aspecto hoy?

Clarence: Ah, he pasado una horrible noche, tan llena de temibles sueños, de feas visiones, que, como que soy hombre cristiano creyente, no querría pasar otra noche semejante aunque fuera para comprar un mundo de días más felices: ¡tan lleno de horrible terror ha estado este tiempo!

Brakenbury: ¿Qué habéis soñado, señor? Os ruego que me lo contéis.

Clarence: Me parecía que me había escapado de la Torre y me había embarcado para cruzar a Borgoña, en compañía de mi hermano Gloucester, que me incitó a salir de mi camarote y andar por cubierta: desde allí mirábamos hacia Inglaterra, recordando mil momentos difíciles que habíamos pasado durante las guerras de York y Lancaster. Al ir paseando sobre las vacilantes planchas de la cubierta, me pareció que Gloucester tropezaba y, al caer, me lanzaba a mí, que trataba de sujetarle por la borda, a las desordenadas olas del abismo. ¡Oh Dios! ¡Qué dolor parecía ahogarse! ¿Qué horrible ruido de agua en mis oídos! ¡Qué monstruosas visiones de muerte en mis ojos! Creí ver mil naufragios aterradores, mil hombres que devoraban los peces; lingotes de oro, grandes anclas, montones de perlas, piedras inestimables, joyas inapreciables, dispersas en el fondo del mar. Algunas estaban en calaveras de muertos; y se habían metido en esos agujeros donde

-
- antes habitaron los ojos, como burlándose de los ojos, gemas con reflejos, que cortejaban el fangoso fondo de la profundidad, y se mofaban de los huesos muertos que yacían desparramados.
- Brakenbury: En la hora de la muerte, ¿teníais tanta calma como para contemplar los secretos de la profundidad?
- Clarence: Me parecía que sí, y más de una vez me esforcé por rendir el alma, pero las odiosas aguas sujetaban mi espíritu, y no lo querían dejar salir al encuentro del vacío y vasto aire moviente. Sino que la sofocaban en mi cuerpo jadeante, que casi estallaba para vomitarla al mar.
- Brakenbury: ¿No despertasteis con esa cruel agonía?
- Clarence: No, no, mi sueño se prolongaba más allá de la vida: ¡ah, entonces empezó la tempestad para mi alma! Me pareció que atravesaba las melancólicas aguas con aquel torvo barquero de que escriben los poetas, hacia el reino de la noche perpetua. El primero que allí saludó mi alma forastera fue mi gran abuelo, el famoso Warwick, que gritó en voz alta: “¿Qué castigo por perjurio puede ofrecer a Clarence esta tenebrosa monarquía?” Y así se desvaneció; luego vino errando por allí una sombra como un ángel, con claro pelo salpicado de sangre, y éste aulló en voz alta: “¡Ha llegado Clarence, el falso, el veleidoso, perjuro Clarence, el que me apuñaló en el campo de batalla de Tewksbury; apoderasos de él, Furias, llevzáoslo a vuestros tormentos!” Con eso, vi que una legión de sucios demonios me rodeaba y aullaba en mis oídos tan horrendos gritos, que, con el ruido, me desperté temblando y, durante algún tiempo, no pude menos que creer que estaba en el infierno: tan terrible impresión me había hecho el sueño.
- Brakenbury: No es maravilla, señor, que os asustara: me parece que yo me he asustado de oíroslo contar.
- Clarence: ¡Ah, Brakenbury, esas cosas que ahora prestan declaración contra mi alma, las hice a favor de Eduardo y mira cómo me recompensa ahora ¡Oh Dios ¡Si mis profundas oraciones no te pueden apaciguar sino que quieres vengarte de mis malas acciones, ejecuta tu ira en mí solo; oh, perdona a mi inocente mujer y mis pobres hijos! Guardián, te ruego que te quedes un rato sentado conmigo: mi alma está abrumada, y querría dormir.
- Brakenbury: Así lo haré, señor: ¡Dios dé buen descanso a Vuestra Alteza! (Clarence se duerme.) La tristeza quebranta los momentos y las horas de descanso, haciendo mañana de la noche, y noche del mediodía. Los príncipes no tienen más que sus títulos como glorias, un honor externo por fatiga interna; y, por imaginaciones inalcanzables, a menudo alcanzan un mundo de cuidados inquietos; de modo que, entre sus títulos y la baja condición, no hay más diferencia que la fama exterior. (Entran los dos Asesinos.)
- Asesino 1º: ¡Eh! ¿Quién está ahí?
- Brakenbury: ¿Qué quieres, amigo? ¿Cómo has llegado aquí?
- Asesino 1º: Quiero hablar con Clarence, y llegué aquí sobre mis piernas.
- Brakenbury: ¿Qué, tan pocas palabras?
- Asesino 2º: Vale más, señor, que ser prolijo. Señále nuestra orden, y no hablemos más. (El Asesino primero da un papel a Brakenbury, que lo lee.)
- Brakenbury: Se me ordena aquí que entregue en vuestras manos al noble duque de Clarence; no quiero discutir qué se pretende con eso, porque quiero ser inocente de lo que se pretenda. Aquí están las llaves: ahí está el Duque, durmiendo: iré a ver al Rey, a decirle que os he entregado así el que se me había encomendado.

-
- Asesino 1º: Hacedlo, señor, es cuestión de prudencia: seguid bien. (Se va Brakenbury.)
- Asesino 2º: ¿Qué, le apuñalamos mientras duerme?
- Asesino 1º: No: dirá que ha sido una cobardía, cuando se despierte.
- Asesino 2º: ¡Cuando se despierte! Vamos, tonto, no se despertará hasta el día del Juicio.
- Asesino 1º: Bueno, entonces dirá que lo apuñalamos durmiendo.
- Asesino 2º: El traer esa palabra “Juicio” me ha dado una especie de remordimiento.
- Asesino 1º: ¿Qué, tienes miedo?
- Asesino 2º: No de matarle. Teniendo orden de ello, sino de quedar condenado por matarle, de lo cual no hay orden que me pueda defender.
- Asesino 1º: Creí que estabas decidido.
- Asesino 2º: Y lo estoy, a dejarle vivo.
- Asesino 1º: Me volveré al duque de Gloucetser, a decírselo.
- Asesino 2º: No, por favor, aguarda un poco: espero que se me pasará este humor de santidad: no solía durarme más que mientras se cuenta hasta veinte.
- Asesino 1º: ¿Cómo te sientes ahora?
- Asesino 2º: A fe, todavía noto dentro algunos posos de conciencia.
- Asesino 1º: Acuérdate de nuestra recompensa, cuando esté hecho.
- Asesino 2º: ¡Demonios!, va a morir: se me había olvidado la recompensa.
- Asesino 1º: ¿Dónde tienes ahora la conciencia?
- Asesino 2º: En la bolsa del duque de Gloucester.
- Asesino 1º: Así, cuando él abre la bolsa para darnos nuestra recompensa, tu conciencia escapa volando.
- Asesino 2º: No importa: que se escape: pocos, o nadie, la recogerán.
- Asesino 1º: ¿Y si te vuelve otra vez?
- Asesino 2º: No tendré enredos con ella: acobarda a cualquiera: uno no puede robar, sin que le acuse; uno no puede jurar, sin que le contenga; uno no puede acostarse con la mujer del vecino, sin que le descubra; es un espíritu miedoso y ruboroso que se revuelve en el pecho de uno: le llena de obstáculos; una vez me hizo devolver una bolsa de oro que había encontrado por casualidad: deja hecho un mendigo a cualquiera que la tenga; la destierran de todas las ciudades y pueblos como cosa peligrosa; y todo el que pretende vivir bien, se esfuerza por fiarse de sí mismo y vivir sin ella.
- Asesino 1º: Demonios, ahora mismo la tengo a mi lado, convencíendome de que no mate al Duque.
- Asesino 2º: Ponte al diablo en el ánimo, u no la creas: quiere meterse dentro de ti sólo para hacerte suspirar.
- Asesino 1º: Yo soy fuerte: no podrá vencerme.
- Asesino 2º: Has hablado como un tipo valiente que respeta su reputación. Vamos, ¿nos ponemos al trabajo?
- Asesino 1º: Dale en la mollera con el puño de la espada, y luego tírale al barril de malvasía que hay en el cuarto de al lado.
- Asesino 2º: ¡Ah, estupenda idea! Hacerle sopas de vino.
- Asesino 1º: ¡Calla! Se despierta.
- Asesino 2º: ¡Dale!
- Asesino 1º: No, conversemos con él.
- Clarence: (despertando) ¿Dónde estás, guardián? Dame un vaso de vino.
- Asesino 1º: Enseguida tendrás bastante vino, señor.
- Clarence: En nombre de Dios, ¿quién eres tú?

-
- Asesino 1º: Un hombre, como tú.
- Clarence: Pero no como yo, real.
- Asesino 1º: Ni tú como nosotros, leal.
- Clarence: Tu voz es de trueno, pero tu aspecto es humilde.
- Asesino 1º: Mi voz ahora es del rey, y mi aspecto, mío.
- Clarence: ¡Con qué mortal oscuridad hablas! Tus ojos me amenazan: ¿por qué te pones pálido? ¿Quién os mandó aquí? ¿Para qué venís?
- Los dos: Para, para, para...
- Clarence: ¿Para asesinarme?
- Asesino 1º: No nos habéis ofendido a nosotros, sino al Rey.
- Clarence: Ya me volveré a reconciliar con él.
- Asesino 2º: Nunca, señor, así que preparaos a morir.
- Clarence: Entre todo un mundo de hombres, ¿os han llamado a vosotros para matar a un inocente? ¿Cuál es mi culpa? ¿Dónde está la evidencia que me acusa? ¿Qué juicio legal ha dado su veredicto al ceñudo juez? ¿O quién ha pronunciado la amarga sentencia de muerte del pobre Clarence? Antes que yo sea convicto conforme a la ley, es ilegal amenazarme de muerte. ¡Os conjuro así, como tenéis esperanza de redención por la preciosa sangre de Cristo, vertida por vuestros graves pecado, a que os vayáis y no me pongáis las manos encima! La acción de que os encargáis es condenable.
- Asesino 1º: Lo que vamos a hacer, lo vamos a hacer por mandato.
- Asesino 2º: Y el que lo ha mandado, es nuestro Rey.
- Clarence: ¿Vasallos extraviados! El gran Rey de Reyes, en la tabla de su Ley, ha mandado: “No matarás”. ¿Vais, entonces, a despreciar su orden para cumplir la de un hombre? Tened cuidado, pues Él tiene la venganza en su mano, para lanzarla sobre las cabezas de quienes quebranten su Ley.
- Asesino 2º: Y esa misma venganza la lanza sobre ti, por falso perjurio, y también por asesinato: tú recibiste el Sacramento para luchar en el bando de la casa Lancaster.
- Asesino 1º: Y, como un traidor al nombre de Dios, quebrantaste ese voto, y, con tu filo traicionero, descosiste las entrañas del hijo de tu soberano.
- Asesino 2º: A quien habías jurado amar y defender.
- Asesino 1º: ¿Cómo puedes invocar la temible Ley de Dios contra nosotros, cuando tú la has quebrantado en tan alto grado?
- Clarence: ¡Ay! ¿Por quién hice yo esa mala acción? Por Eduardo, por mi hermano, por su bien: no os envía él a que me asesinéis por eso, pues él está tan hundido en ese pecado como yo. Si Dios quiere venganza por esa acción, ¡Ah, sabedlo aún!, la venga públicamente: no quitéis la querrela a su poderoso brazo; Él no necesita acciones indirectas o ilegales para suprimir a los que le han ofendido.
- Asesino 1º: ¿Quién te hizo, entonces, sanguinario ministro, cuando el valiente Plantagenet, animosamente lanzado, ese egregio novel, fue herido de muerte por ti?
- Clarence: El amor a mi hermano, nuestra obligación y mi ira.
- Asesino 1º: El amor a tu hermano, nuestra obligación y tu culpa nos hacen venir aquí a matarte.
- Clarence: Si amáis a mi hermano, no me odiéis; soy hermano suyo y le quiero. Si estáis contratados por paga, volved otra vez, y os enviaré a mi hermano Gloucester, que os recompensará por mi vida mejor que Eduardo por las noticias de mi muerte.

-
- Asesino 2º: Te engañas: tu hermano Gloucesteres te odia.
- Clarence: Ah no, me quiere y me estima en mucho; id a verle de mi parte.
- Los dos asesinos: Sí, eso haremos.
- Clarence: Decidle que, cuando nuestro egregio padre York bendijo a sus tres hijos con su brazo victorioso, y nos encomendó con toda su alma que nos quisiéramos, poco pensó que se separara nuestra amistad: rogad a Gloucester que piense en eso, y llorará.
- Asesino 1º: Sí, llorará piedras de molino, como nos ha enseñado a que lloráramos.
- Clarence: Ah, no le calumniéis, porque es muy bondadoso.
- Asesino 1º: Justo, como la nieve en la cosecha. Vamos, os engañáis: es él quien envía a suprimiros aquí.
- Clarence: No puede ser, pues él lloró mi suerte, y me estrechó en sus brazos, y juró, con sollozos, que trabajaría por liberarme.
- Asesino 1º: Bueno, eso hace, al liberaros de la setrvidumbre de esta tierra para los gozos del cielo.
- Asesino 2º: Haced las paces con Dios, porque debéis morir, señor.
- Clarence: ¿Tienes en tu alma el santo sentimiento de aconsejarme que haga las paces con Dios, y sin embargo estás tan ciego para tu propia alma que quieres guerra con Dios asesinándome? Ah, señores, considerad que quien os envió a esta acción os odiará por haberla hecho.
- Asesino 2º: ¿Qué vamos a hacer?
- Clarence: Tened compasión y salvad vuestras almas.
- Asesino 1º: ¡Tener compasión! Eso es de cobardes y mujeres.
- Clarence: No tener compasión es de animales, de salvajes, de diablos. ¿Cuál de vosotros, si fuerais un hijo de príncipe, privado de su libertad, como yo estoy ahora, no rogaría por su vida si vinieran contra él dos asesinos como vosotros? (Al Asesino 2º) Amigo mío, observo alguna compasión en tu rostro: ah, si tus ojos no me lisonjean, ponte de mi parte y ruega por mí: ¿qué mendigo no compadece a un príncipe que mendiga?
- Asesino 2º: Señor, ¡mirad detrás de vos! (El Asesino 1º lo apuñala.)
- Asesino 1º: Toma esto, y esto; si todo eso no basta, te ahogaré en el barril de malvasía que hay dentro. (Se va con el cadáver)
- Asesino 2º: ¡Cosa sanguinaria, cruelmente despachada! ¡Cómo me gustaría, igual que Pilatos, lavarme las manos de este crimen tan horriblemente culpable! (Vuelve a entrar el Asesino 1º)
- Asesino 1º: ¿Qué es eso? ¿Qué pretendes, que no me ayudas? Por los cielos, el Duque sabrá qué flojo has estado.
- Asesino 2º: ¡Me gustaría que supiera que había salvado a su hermano! Toma tú la paga, y dile lo que digo, porque me arrepiento de que el Duque esté muerto. (Se va)
- Asesino 1º: Yo no: vete, cobarde que eres. Bueno, esconderé el cadáver en algún agujero, hasta que el Duque dé orden de enterrarlo: y cuando reciba mi paga, me marcharé, porque esto se sabrá, y entonces no debo estar. (Se va)

Acto segundo

Escena I

(Londres. Palacio)

Toque de trompeta. Entran el Rey Eduardo -transportado enfermo-, la Reina Isabel, Dorset, Rivers, Haastings, Buckingham, Grey y otros.

-
- Rey Eduardo: Ea, ya está: he hecho un buen día de trabajo. Vosotros, Pares, continuad en esta alianza tan unida; cualquier día espero una embajada de mi Redentor para rendirme de aquí; y entonces mi alma se irá en paz al Cielo, puesto que he puesto paz entre mis amigos en a tierra. Rivers y Hastings, daos la mano; no disimuléis vuestro odio, jurad que os amaréis.
- Rivers: Por los cielos, mi alma está purgada de odio maligno; y sello con mi mano el sincero cariño de mi corazón.
- Hastings: ¡Así prospere yo, como juro amor perfecto!
- Rivers: ¡Y yo, como quiero a Hastings de corazón!
- Rey Eduardo: Señora, no estáis exenta de esto, ni tampoco tú, hijo Dorset, ni tú, Buckingham; habéis hecho facciones uno contra otro. Esposa, quiere a lord Hastings y dale a besar tu mano, y lo que haces, hazlo sin fingir.
- Isabel: Ea, Hastings: nunca más recordaré nuestro odio de antes; ¡así nos vaya bien, a mí y a los míos!
- Rey Eduardo: Dorset, abrázale; Hastings, quiere al Marqués.
- Dorset: Este intercambio de afecto declaro aquí que será inviolable por mi parte.
Hastings: Así lo juro yo. (Se abrazan)
- Rey Eduardo: Ahora, egregio Buckingham, sella esta alianza con tu abrazo a los aliados de mi esposa, y vosotros hacedme feliz con vuestra unidad.
- Buckingham: (A la Reina) Si alguna vez Buckingham dirige su odio contra Vuestra Majestad, en vez de quereros, a vos y a los vuestros, con todo el amor debido, ¡que Dios me castigue con odio en aquellos de quienes espero más amor! Cuando tenga necesidad de un amigo, y esté más seguro de que es amigo, ¡séame vano, escondido, traidor y lleno de engaño! Esto pido a Dios, si soy frío en el celo por vos o los vuestros. (Abraza a Rivers y los demás)
- Rey Eduardo: Un grato reconfortador, egregio Buckingham, es este juramento tuyo para mi enfermo corazón. Falta ahora aquí nuestro hermano Gloucester, para redondear el bendito párrafo de esta paz.
- Buckingham: Y en buena hora, aquí viene el noble Duque. (Entra Gloucester.)
- Gloucester: ¡Buenos días a mi soberano Rey y a mi Reina! ¡Y feliz día a vosotros, nobles Pares!
- Rey Eduardo: Feliz, en efecto, según hemos pasado el día. Hermano, hemos hecho obras de caridad; hemos convertido en paz la enemistad, el odio en sincero amor, entre estos Pares hinchados de ira, irritados sin razón.
- Gloucseter: Un bendito esfuerzo, mi soberano señor. Entre este noble grupo, si alguien, por mal entendimiento o suposición equivocada, me considera enemigo; si yo, sin darme cuenta, o en mi cólera, he cometido algo que tome a mal alguien de los presentes, deseo reconciliarme en paz con su amistad: es una muerte para mí estar en enemistad; lo odio y deseo el amor de todos los hombres bueno. Ante todo, señora, os ruego verdadera paz por vuestra parte, que adquiriré con mi debido servicio; por vuestra parte, noble primo Buckingham, si alguna vez ha abrigado alguna rencilla entre nosotros; por vuestra parte, lord Rivers, y la vuestra, lord Grey, todos los que sin motivo habéis fruncid el ceño contra mí; duques, condes, caballeros, por parte de todos: no conozco algún inglés vivo con quien mi alma esté en discordia en nada más que con el niño que haya nacido esta noche; doy gracias a Dios por mi humildad.

- Isabel: Este día se guardará en lo sucesivo como día sagrado: quería Dios que todas las discordias estuvieran bien compuestas. Mi soberano señor, ruego a Vuestra Alteza que acepte en su buena gracia a nuestro hermano Clarence.
- Gloucester: ¿Cómo, señora? ¿He ofrecido mi afecto para esto, para ser encarnecido así en presencia del Rey? ¿Quién no sabe que el noble duque ha muerto? (Todos se sobresaltan) Le injuriáis al burlaros de su cadáver.
- Rey Eduardo: ¿Quién no sabe que ha muerto! ¿Quién lo sabe?
- Isabel: Oh Cielo que todo lo ves, ¡qué mundo es éste!
- Buckingham: ¿Estoy tan pálido, Dorset, como los demás?
- Dorset: Sí, mi buen señor: todos los presentes han perdido el color rojo de sus mejillas.
- Rey Eduardo: ¿Ha muerto Clarence? Se dio contraorden.
- Gloucester: Pero él, el pobre, murió por vuestra primera orden, que llevó algún alado Mercurio, mientras algún lento tullido llevó la contraorden, que, demasiado tardía, llegó para verle enterrado. ¡No permita Dios que alguien, menos noble y menos leal, más cercano en pensamientos sanguinarios, pero no en sangre, merezca algo parecido a lo que recibió el desgraciado Clarence, y sin embargo escape libre de Sospechas! (Entra Stanley, Conde de Derby.)
- Stanley: ¡Un premio Majestad, por mis servicios prestados!
- Rey Eduardo: Calla, por favor: mi alma está llena de tristeza.
- Stanley: No me levantaré mientras no me oiga Vuestra Majestad.
- Rey Eduardo: Entonces, di en seguida qué es lo que pides.
- Stanley: La gracia, soberano, de la vida de un criado mío que mató hoy a un caballero revoltoso, que fue recientemente del séquito del duque de Norfolk.
- Rey Eduardo: ¿Tengo lengua para sentenciar a muerte a mi hermano, y esa lengua va a perdonar a un esclavo? Mi hermano no mató a nadie: su culpa fue en pensamiento, y, sin embargo, su castigo fue amarga muerte. ¿Quién me rogó por él? ¿Quién, en mi furia, se arrodilló a mis pies, y me aconsejó prudencia? ¿Quién habló de fraternidad? ¿Quién de cariño? ¿Quién me dijo cómo el pobre abandonó al poderoso Warwick y luchó por mí? ¿Quién me dijo cómo, en el campo de batalla de Tewksbury, cuando Oxford me había derribado, me salvó y me dijo: “Hermano, vive, y sé Rey”? ¿Quién me dijo, cuando ambos yacíamos en el campo, casi muertos de frío, cómo me arropó con sus propios vestidos, y se entregó, inerme y desnudo, a la noche fría y ateridora? Todo esto la brutal cólera lo arrancó pecadoramente de mi recuerdo, y no hubo un hombre entre vosotros que tuviera la gracia de recordármelo. Pero cuando vuestros carreteros o vuestros vasallos sirvientes han hecho una matanza en su borrachera, borrando la preciosa imagen de nuestro amado Redentor, entonces venís derechos a arrodillaros para pedir perdón, perdón; y yo, también injustamente, os lo debo conceder. Pero por mi hermano no hubo un hombre que quisiera hablar, ni yo, inclemente, me hablé a mí mismo de él, el pobre. Los más orgullosos de entre vosotros le habéis quedado agradecidos mientras vivió; pero ninguno de vosotros quiso alegar una vez por su vida. ¡Oh Dios, temo que justicia se apoderará de mí, y de vosotros, y de los míos, y de los vuestros, por esto! Vamos, Hastings, ayúdame a ir a mi cuarto. ¡Ah, pobre Clarence! (Se van el Rey, la Reina, Hastings, Rivers, Dorset y Grey)
- Gloucester: ¡Este es el fruto de la precipitación! ¿No os fijasteis cómo la culpable parentela de la Reina palideció cuando oyeron hablar de la muerte de Clarence? ¡Ah,

cómo la solicitaron del Rey! Dios la vengará. Vamos, señores, ¿queréis venir a consolar a Eduardo con nuestra compañía?
 Buckingham: Acompañaremos a Vuestra Alteza. (Se van)

Escena II
(Palacio)

Entra la anciana duquesa de York, con Eduardo y Margaret Plantagenet, hijo e hija de Clarence.
 Hijo: Abuelita, dinos, ¿ha muerto nuestro padre?
 Duquesa: no, niño.
 Hija: ¿Por qué lloras tantas veces y te golpeas el pecho, y gritas "Ah, Clarence, mi desdichado hijo"?
 Hijo: ¡Por qué nos miras tanto, moviendo la cabeza, y nos llamas huérfanos, desgraciados, proscritos, si está vivo nuestro noble padre?
 Duquesa: Mis lindos nietos, me entendéis mal los dos: lamento la enfermedad del Rey, porque me duele perderle, no la muerte de vuestro padre: sería tristeza perdida gemir por quien está perdido.
 Hijo: Entonces, abuela, afirmas que ha muerto. Mi tío el Rey es quien tiene la culpa: Dios le vengará, y yo lo importunaré con afanosas oraciones para que lo haga.
 Hija: Y yo también.
 Duquesa: ¡Callad, hijos, callad! El Rey os quiere mucho. Inocentes. Ignorantes y sencillos, no podéis adivinar quién causó la muerte de vuestro padre.
 Hijo: Abuela, sí que podemos, pues mi buen tío Gloucester me dijo que el Rey, incitado a ello por la Reina, urdió acusaciones para aprisionarle: y mi tío lloró al decírmelo, y me compadeció, y me besó con bondad las mejillas: me pidió que confiara en él como en mi padre, y me dijo que me querría tanto como a su hijo.
 Duquesa: ¡Ah, que el engaño se apropie de tan amables aspectos, y oculte el profundo vicio con máscara de virtud! Es mi hijo, sí, y ahí está mi vergüenza; pero él no mamó esa falsía de mis pechos.
 Hijo: ¿Crees que mi tío fingía, abuela?
 Duquesa: Sí, niño.
 Hijo: No puedo imaginarlo. ¡Oís! ¿qué ruido es eso? (Entra la Reina Isabel, con el pelo en desorden; Rivers y Dorset la siguen.)
 Isabel: ¡Ah! ¿Quién me impedirá que gima y llore para imprecicar contra mi suerte y atormentarme? Me uniré con la negra desesperación contra mi alma, y me haré enemiga de mi misma.
 Duquesa: ¿Qué significa esa escena de violenta agitación?
 Isabel: Es para señalar una violencia trágica: ¡Eduardo, mi señor, tu hijo, nuestro Rey, ha muerto! ¿Por qué crecen las ramas cuando no hay raíz? ¿Por qué no se marchitan las hojas si les falta savia? Si queréis vivir, lamentaos; si queréis morir, acabad pronto, para que vuestras almas, con veloces alas, alcancen la del Rey; o, como súbditos obedientes, le sigáis a su nuevo reino de perpetuo descanso.
 Duquesa: ¡Ah, tengo tanta parte en tu tristeza como si tuviera derechos en tu noble marido! He llorado la muerte de un digno marido, y he vivido mirando sus imágenes: pero ahora dos espejos de su egregio aspecto están quebrados en trozos por la maligna muerte, y yo, para consolarme, sólo rengo un espejo falso, que me aflige cuando veo en él mi vergüenza. Tú eres viuda, pero tú eres madre, y te ha quedado el consuelo de tus hijos: mientras que la muerte me ha arrebatado de

-
- mis brazos a mi marido y me ha quitado dos muletas de mis débiles manos: Clarence y Eduardo. ¡Ah! ¡Cuánta razón tengo -si tu dolor no es ni la mitad que el mío- para superar tus quejas y ahogar tus clamores!
- Hijo: ¡Ah tía! Tú no lloras por la muerte de nuestro padre: ¿cómo podemos ayudarte con nuestras lágrimas de parientes?
- Hija: Nuestra angustia sin padre quedó sin llorar: ¡quede igualmente sin llorar tu dolor de viuda!
- Isabel: No me deis ayuda en el lamento; no soy estéril para dar a luz quejas: ¡todas las fuentes llevan corrientes a mis ojos, para que yo, gobernada por la acuática luna, dé abundantes lágrimas que inunden el mundo! ¡Ay mi marido, mi querido señor, Eduardo!
- Hijos: ¡Ay nuestro padre, nuestro querido señor, Clarence!
- Duquesa: ¡Ay por los dos, míos los dos, Eduardo y Clarence!
- Isabel: ¿Qué apoyo tenía yo si no Eduardo? Y ya no está.
- Hijos: ¿Qué apoyo teníamos si no Clarence? Y ya no está.
- Duquesa: ¿Qué apoyo tenía yo si no ellos? Y ya no están.
- Isabel: ¿Hubo jamás una viuda que tuviera tan querida pérdida?
- Hijos: ¿Hubo jamás huérfanos que tuviera tan querida pérdida?
- Duquesa: ¿Hubo nunca madre viuda que tuviera tan querida pérdida? ¡Ah, yo soy la madre de estos dolores! Sus penas son parciales, la mía es total. Ella llora por un Eduardo, y yo también; yo lloro por un Clarence, y ella no; estos niños lloran por Clarence, y yo también; yo lloro por un Eduardo, y ellos no; ¡ay, vosotros tres triplemente afligidos, vertéis todas vuestras lágrimas sobre mí! Yo soy la nodriza de vuestras penas, y las saciaré de lamentos.
- Dorset: Consuélate, querida madre; a Dios le disgusta mucho que tomes con desagradecimiento sus acciones: en las cosas corrientes del mundo se llama ingratitud corresponder con desgano malhumor al pagar una deuda que se prestó benignamente con mano generosa; mucho más el oponerse así al cielo, pues él ha pedido la deuda real que se te prestó.
- Rivers: Señora, acordaos, como madre cuidadosa, del joven Príncipe, vuestro hijo: mandad directamente por él, para que sea coronado; en él vive vuestro consuelo; ahogad la pena desesperada en la tumba de Eduardo, y plantad vuestras alegrías en el trono de Eduardo vivo. (Entran Gloucester, Buckingham, Stanley, Hastings, Ratcliff y otros.)
- Gloucester: Hermana, consolaos: todos nosotros tenemos motivos para gemir el ocaso de nuestra estrella refulgente; pero nadie puede curar sus daños a fuerza de gemirlos. Señora, madre mía, te pido perdón: no había visto a Vuestra Alteza: solicito tu bendición humildemente de rodillas.
- Duquesa: ¡Dios te bendiga e infunda en tu pecho, mansedumbre, amor, caridad, obediencia y leal devoción!
- Gloucester: ¡Amén! (aparte) ¡Y me haga morir como un buen viejo! Ése es el remate de la bendición de una madre: me asombra que Su Alteza se lo dejara!
- Buckingham: ¡Nublados príncipes y Pares de triste corazón, que os lleváis mutuamente esta pesada carga de aflicción! Animaos unos a otros en el amor de cada cual: aunque hemos consumido nuestra cosecha de este Rey, vamos a recoger la cosecha de su hijo. El rencor estallado de vuestros hinchados corazones, recién entablillados, cosidos y unidos juntos, debe conservarse amablemente, abrigado y mantenido:

-
- le parece bien que, con una pequeña escolta, el joven Príncipe sea traído de Ludlow a Londres, para ser coronado como Rey nuestro.
- Rivers: ¿Por qué con una pequeña escolta, lord Buckingham?
- Buckingham: Pardiez, señor mío, para que la recién curada herida de la malicia no se vuelva a abrir con una multitud; lo cual sería mucho más peligroso por cómo está el reino de verde y aún sin gobernar. Donde cada caballo lleva su propia brida que le gobierna y puede dirigir su rumbo adonde le place, debería evitarse, en mi opinión, tanto el temor del daño cuanto el daño evidente.
- Gloucester: Espero que el Rey haya hecho la paz entre todos nosotros, y la unión, en mí, es firme y leal.
- Rivers: Y en mí, también, y así, me parece, en todos: pero, como aún está verde, no debería exponerse a ningún peligro visible de rotura, que quizá podría provocarse con mucho acompañamiento: por consiguiente digo, con el noble Buckingham, que conviene que sean pocos los que traigan al Príncipe.
- Hastings: Eso digo también.
- Gloucester: Entonces, sea así: y vamos a decidir quiénes serán os que vayan enseguida a Ludlow. Vos, señora, y vos, madre, ¿queréis venir a dar vuestras opiniones en este asunto? (Se van todos, menos Buckingham y Gloucester)
- Buckingham: Mi señor, quienquiera que vaya a buscar al Príncipe, no nos quedemos en casa nosotros dos, por Dios: pues, por el camino, ya buscaré ocasión, como prólogo a la historia que hablamos hace poco, de separar del Príncipe los parientes de la orgullosa madre.
- Gloucester: ¡Tú, mi otro yo mismo, consistorio de mis consejos, mi oráculo, mi profeta! Mi querido primo; yo iré bajo tu dirección como un niño. A Ludlow, pues, porque no hemos de quedarnos atrás. (Se van)

Escena III

(Londres. Una calle)

Entran dos ciudadanos, que se encuentran

Ciudadano 1º: Buenos días, vecino: ¿dónde vas tan deprisa?

Ciudadano 2º: Te aseguro que apenas lo sé yo mismo: ¿has oído las noticias que hay por ahí?

Ciudadano 1º: Sí, que el Rey ha muerto.

Ciudadano 2º: Malas noticias, por Nuestra Señora; raras veces ocurre lo mejor: me temo, me temo que va a resultar un mundo agitado. (Entra otro ciudadano)

Ciudadano 3º: ¡Vecinos, Dios nos proteja!

Ciudadano 1º: Él os dé buenos días, señor.

Ciudadano 3º: ¿Son ciertas las noticias de la muerte del rey Eduardo?

Ciudadano 2º: Sí, señor, ciertas, por desgracia: ¡Dios nos ayude mientras tanto!

Ciudadano 3º: Entonces, señores míos, vamos a ver un mundo en apuros.

Ciudadano 1º: No, no; por la buena gracia de Dios, su hijo reinará.

Ciudadano 3º: ¡Ay del país que esté gobernado por un niño!

Ciudadano 2º: En él hay esperanza de gobierno: pues, en su menor edad, un consejo bajo él, en sus años plenos y maduros, él mismo, sin duda, y hasta entonces, gobernarán bien.

Ciudadano 1º: Así estaba el reino cuando Enrique VI fue coronado Rey en París teniendo sólo nueve meses.

- Ciudadano 3º: ¿Así estaba el reino? No, no, buenos amigos, Dios lo sabe: pues entonces este país estaba espléndidamente enriquecido con buen consejo político: entonces el Rey tenía tíos virtuosos que protegieran a Su Majestad.
- Ciudadano 1º: Bueno, también éste tiene, por su padre y por su madre.
- Ciudadano 3º: Mejor sería que todos fueran por parte de padre, o que no los hubiera en absoluto por parte de padre; pues ahora la emulación de quién va a estar más cerca nos alcanzará a todos demasiado de cerca, si no lo impide Dios. ¡Ah, el duque de Gloucester está lleno de peligro! Y los hijos y los hermanos de la Reina son altivos y orgullosos: si se les gobernara, y no gobernarán, el país enfermo volvería a florecer como antes.
- Ciudadano 1º: Vamos, vamos, tenemos lo peor: todo irá bien.
- Ciudadano 3º: Cuando se ven nubes, los hombres prudentes se ponen la capa; cuando caen hojas grandes, entonces el invierno está cerca; cuando se pone el sol, ¿quién no espera la noche? Las tormentas intempestivas hacen que los hombres esperen carestía. Quizá todo vaya bien, pero, si Dios lo dispone así, es más de lo que merecemos y yo espero.
- Ciudadano 2º: Verdaderamente, los corazones de los hombres están llenos de miedo: casi no se puede hablar con nadie que no tenga un aspecto abrumado y lleno de temor.
- Ciudadano 3º: Antes de los días de cambio, es así: por un instinto divino, los ánimos de los hombres temen el peligro que viene, como, para prueba, vemos hincharse las aguas antes de una fuerte tormenta. Pero dejémoslo todo a Dios. ¿Dónde vais?
- Ciudadano 2º: Pardiez, no habían mandado llamar ante los jueces.
- Ciudadano 3º: Y a mí también: os acompañaré. (Se van)

Escena IV

(Londres. El Palacio)

Entran el arzobispo de York, el joven duque de York, la reina Isabel y la duquesa de York.

- Arzobispo: He oído decir que anoche descansaron en Northampton; esta noche estarán en Stony-Stratford; mañana, o el otro, estarán aquí.
- Duquesa: Deseo con todo mi corazón ver al Príncipe; espero que haya crecido mucho desde la última vez que lo vi.
- Isabel: Pero he oído decir que no; dicen que mi hijo York casi le ha superado en crecimiento.
- York: Sí, madre, pero no querría que fuera así.
- Duquesa: ¡Cómo, mi nietecito! Crecer es bueno.
- York: Abuela, una noche, cuando estábamos cenando, mi tío Rivers habló de cómo crecía yo más que mi hermano: “Sí -dijo el tío Gloucester-, las hierbas pequeñas tienen gracia; las malas hierbas crecen muy de prisa”. Y desde entonces, pienso que no querría crecer tan de prisa, porque las buenas flores son lentas, y las malas hierbas se dan prisa.
- Duquesa: A fe, a fe, el proverbio no le va bien al que te lo aplicó: fue el más desgraciado cuando era pequeño; tan lento y tardío en crecer, quem si fuera cierta su regla, debería ser gracioso.
- Arzobispo: Y así es, sin duda, mi graciosa señora.
- Duquesa: Espero que así sea, pero dejad que lo duden las madres.
- York: Bueno, palabra, que si se me hubiera ocurrido le podía haber gastado a mi tío una broma sobre su crecimiento que le habría caído mejor que al mío.
- Duquesa: ¿Cómo, mi joven York? Te ruego que me la haga oír.

- York: Pardiez, dicen que mi tío creció tan de prisa que podía roer una corteza a las dos horas de nacer: yo tardé dos años antes de tener un diente. Abuela, eso sí que hubiera sido una broma que le escociera.
- Duquesa: Por favor, York, ¿quién te ha dicho eso?
- York: Su nodriza, abuela.
- Duquesa: ¡Su nodriza! ¡Cómo! Murió antes de que nacieras tú.
- York: Si no fue ella, no sé qué decir quién me lo dijo.
- Isabel: Hasta los jarros tienen orejas.
- Arzobispo: Aquí viene un mensajero. (Entra un mensajero) ¿Qué noticias hay?
- Mensajero: Tales noticias, señor, que me aflige contarlas.
- Isabel: ¿Cómo está el Príncipe?
- Mensajero: Bien, señora, y con salud.
- Duquesa: Entonces, ¿qué noticias traes?
- Mensajero: Lord Rivers y lord Grey han sido enviados a Pomfret, prisioneros, y con ellos sir Thomas Vaughan.
- Duquesa: ¿Quién los ha detenido?
- Mensajero: Los poderosos duques de Gloucester y Buckingham.
- Isabel: ¿Por qué delito?
- Mensajero: He informado de todo lo que podía; por qué fueron aprisionados esos nobles, lo ignoro por completo, mi ilustre señora.
- Isabel: ¡Ay de mí, ver la caída de nuestra casa! El tigre ahora ha capturado a la dulce cierva; la tiranía injuriosa empieza a abusar del trono inocente y no respetado: ¡bienvenidos, destrucción, sangre y matanza! Veo, como en un mapa, el fin de todo.
- Duquesa: ¡Malditos días inquietos de lucha! ¡Cuántos de vosotros han observado mis ojos! Mi marido perdió la vida para obtener la corona; y mis hijos fueron lanzados muchas veces de arriba para abajo, mientras yo disfrutaba y lloraba su ganancia y su pérdida; y, una vez entronizados, y barridas y limpias las discordias internas, ellos mismos, los vencedores, hicieron guerra entre ellos; hermano contra hermano, sangre contra sangre, uno mismo contra uno mismo: ¡ah, horrible y frenético ultraje, acaba tu cólera maldita; o déjame morir, para no ver más muerte!
- Isabel: Vamos, vamos, hijo mío: vayámonos a sagrado. Adios, señora.
- Duquesa: Esperad, iré con vosotros.
- Isabel: No tenéis motivo.
- Arzobispo: (A la Reina) Id, mi ilustre señora; y llevad allí vuestros tesoros y vuestros bienes. Por mi parte, entrego a Vuestra Majestad el sello que custodio: y ¿suceda conmigo según cuide de vosotros y de todos los vuestros! Vamos, os acompañaré a sagrado. (Se van)

Acto tercero

Escena I

(Londres. Una calle)

(Suenan las trompetas. Entran el Príncipe Eduardo de Gales, Gloucester, Buckingham, el Cardenal Bouchier, Catesby y otros)

Buckingham: ¡Bienvenido, dulce Príncipe, a Londres, vuestra residencia!

Gloucester: ¡Bienvenido, querido primo, soberano de mis pensamientos! La fatiga del camino te ha puesto melancólico. Príncipe: No, tío, sino que nuestras aflicciones

-
- por el camino lo han hecho tedioso, enojoso y pesado: echo de menos más tíos aquí para darme la bienvenida.
- Gloucester: Dulce Príncipe, la virtud inmaculada de tus años no ha sondeado aún el engaño del mundo; y en un hombre no puedes distinguir más que su aspecto exterior, que, bien sabe Dios, rara vez o nunca coincide con el corazón. Los tíos que echas de menos eran peligroso; Tu Alteza atendía a sus palabras azucaradas, pero no miraba el veneno de sus corazones: ¡Dios te libre de ellos y de semejantes amigos falsos!
- Príncipe: ¡Dios me libre de falsos amigos! Pero ellos no lo eran.
- Gloucester: Señor, el lord Alcalde de Londres viene a saludarte. (Entra el Lord Alcalde con su séquito)
- Alcalde: ¡Dios bendiga a Vuestra Majestad con salud y días felices!
- Príncipe: Gracias os doy, mi buen lord Alcalde, y gracias a todos. (Se apartan el lord Alcalde, con su séquito) Pensaba que mi madre y mi hermano York me habrían salido al encuentro mucho antes por el camino: ¡vaya, qué perezoso es Hastings, que no viene a decirnos si van a venir o no! (Entra Hastings)
- Buckingham: Y, en buena hora, aquí llega el sudoroso Lord.
- Príncipe: ¡Bienvenido, señor! ¿Qué, vendrá nuestra madre?
- Hastings: Dios sabe por qué motivo, yo no, la Reina vuestra madre y vuestro hermano York se han refugiado en sagrado: el tierno príncipe habría querido venir conmigo al encuentro de Vuestra Majestad, pero su madre le retuvo a la fuerza.
- Buckingham: ¡Vaya, qué modo tan displicente y oblicuo de obrar es el suyo! Lord Cardenal, ¿quiere Vuestra Alteza persuadir a la Reina para que envíe al duque de York enseguida junto a su ilustre hermano? Si se niega... Lord Hastings, id con él, y arrancadle a la fuerza de sus celosos brazos.
- Cardenal: Lord Buckingham, si mi débil oratoria puede obtener al duque de York de su madre, esperadle pronto aquí; pero si es terca a los benévolos ruegos, ¡el Dios de los cielos impida que quebrantesmo el santo privilegio del bendito sagrado! Ni por todo este país querría ser culpable de tan desagradable pecado.
- Buckingham: Sois insensatamente terco, señor, demasiado dado a ceremonias y tradiciones: si lo comparáis con la grosería de estos tiempos, no quebrantáis sagrado al apoderaros de él. Sus beneficios se conceden siempre a aquellos cuyas acciones merecen ese y a aquellos que tienen juicio como para invocar el lugar: este Príncipe no ha invocado el privilegio ni lo ha merecido; por tanto, en mi opinión, no puede obtenerlo. Así que, sacando a él a quien no está en él, no quebrantáis ahí ningún privilegio ni fuero. Muchas veces he oído hablar de hombres en sagrado, pero hasta ahora, nunca de niños en sagrado.
- Cardenal: Señor, por una vez prevaleceréis sobre mi opinión. Vamos, lord Hastings, ¿vendréis conmigo?
- Hastings: Voy, señor. Príncipe: Mis buenos señores, daos toda la prisa que podáis. (Se van el Cardenal y Hastings) Di, tío Gloucester, si viene nuestro hermano, ¿dónde permaneceremos hasta nuestra coronación?
- Gloucester: Donde parezca mejor a vuestra real persona. Si os puedo aconsejar, Vuestra Majestad reposará un día o dos en la Torre; después, donde os plazca y se considere más adecuado para vuestra mejor salud y recreo.
- Príncipe: No me gusta la Torre, menos que ningún otro sitio. ¿Construyó Julio César ese edificio, señor?

- Buckingham: Empezó el edificio, augusto señor, y después, los siglos sucesivos lo han reconstruido.
- Príncipe: ¿Está en documentos, o se ha contado siglo tras siglo, que él lo construyó?
- Buckingham: Está en documentos, mi augusto señor.
- Príncipe: Pero decid, aunque no estuviera, pienso que la verdad viviría de un siglo en otro, como si se relatara a toda la posteridad, hasta el día del Juicio Final y Universal.
- Gloucester: (aparte) Dicen que tan sabios y tan pequeños, no viven nunca mucho tiempo.
- Príncipe: ¿Qué decís, tío?
- Gloucester: Digo que la fama vive mucho tiempo aun sin documentos. (Aparte) Así, como el Vicio tradicional, la Iniquidad¹, moralizo con doble significado una palabra.
- Príncipe: Ese Julio César fue un hombre famoso que con su valor enriqueció su ingenio y aplicó su ingenio para hacer vivir su valor: la Muerte no vence a ese vencedor, pues ahora vive en la fama, aunque no en la vida. Escucha, primo Buckingham...
- Buckingham: ¿Qué, mi noble señor?
- Príncipe: Si vivo hasta llegar a ser un hombre, volveré a ganar nuestros antiguos derechos en Francia, o moriré como soldado, igual que viví como rey.
- Gloucester: (aparte) Los veranos breves es fácil que tengan primavera temprana. (Entran York, el Cardenal y Hastings)
- Buckingham: Aquí, en buena hora, llega el duque de York.
- Príncipe: ¡Ricardo de York! ¿Cómo está nuestro cariñoso hermano?
- York: Muy bien, mi temido señor: así debo llamarte ahora.
- Príncipe: Sí, hermano, para nuestro dolor, como para el tuyo: acaba de morir el que podría haber conservado ese título, que tanta majestad ha perdido con la muerte de él.
- Gloucester: ¿Cómo está nuestro sobrino, el noble lord York?
- York: Gracias, amable tío. Ah, señor, dijisteis que la mala hierba crece de prisa: mi hermano el Príncipe me ha superado mucho creciendo.
- Gloucester: Así, es, señor.
- York: ¿Y es mala hierba por eso?
- Gloucester: ¡Ah, mi lindo sobrino, no debo decirlo de esta manera!
- York: Entonces os estará más agradecido que yo.
- Gloucester: Él me puede madar como mi soberano, pero tú tienes poder sobre mí como pariente.
- York: Por favor, tío, dadme ese puñal.
- Gloucester: ¿Mi puñal, sobrinito? De todo corazón.
- Príncipe: ¿Mendigas, hermano?
- York: De mi buen tío, que sé que me dará, no siendo más que un juguete, que no importa dar.
- Gloucester: Mayor regalo que ése daré a mi sobrino.
- York: ¿Mayor regalo? Ah, será también la espada. Gloucester: Sí, querido sobrino, si fuese bastante ligera.
- York: Ah, entonces ya veo que sólo os separáis de regalos ligeros; en cosas de más peso, decís que no al pedigüño.
- Gloucester: Es muy pesada para que la lleve Vuestra Alteza.

¹ La Iniquidad era un personaje habitual de los viejos autos religiosos ingleses, las "Moralidades": como ese personaje en su papel teatral, Gloucester da un doble sentido a "fama", por un lado diciendo que no necesita de la escritura, y por otro lado citándola ominosamente como lo que queda cuando alguien muere.

-
- York: Para mí sería ligera, aunque fuera más pesada.
- Gloucester: ¿Qué, quieres mi arma, pequeño señor?
- York: Sí, para daros un agradecimiento como lo que me llamáis.
- Gloucester: ¿Cómo?
- York: Pequeño.
- Príncipe: El duque de York siempre juega con las palabras: tío, Vuestra Alteza sabe cómo hay que sobrellevarle.
- York: Quieres decir cómo hay que llevarme, no sobrellevarme; porque soy tan pequeño como un mono, piensa que me habríais de llevar a la espalda.
- York: Quieres Gloucester:
- Buckingham: Con qué ingenio agudo razona! Para suavizar la burla que hace de su tío, se burla de sí mismo de modo lindo y propio: es maravilloso, tan pequeño y tan astuto.
- Gloucester: Señor, ¿queréis venir conmigo? Yo, con mi buen primo Buckingham, iré a ver a nuestra madre, para rogarle que os venga a encontrar en la Torre, y daros la bienvenida.
- York: ¿Qué, vais a ir a la Torre, señor?
- Príncipe: El lord Protector dice que es preciso.
- York: No dormiré tranquilo en la Torre.
- Gloucester: ¿Por qué? ¿Qué vais a temer?
- York: Pardiez, el fantasma iracundo de mi tío Clarence: mi abuela me dijo que fue asesinado allí.
- Príncipe: No tengo miedo de tíos muertos.
- Gloucester: Ni de los vivos, espero.
- Príncipe: Si viven, espero que no tenga que temerles. Pero vamos, señor: con triste corazón, pensando en ellos, iré a la Torre. (Se van el Príncipe, York, Hastings, el Cardenal y otros)
- Buckingham: ¿Pensáis, señor, que este pequeño charlatán de York no estaba incitado por su astuta madre para burlarse y despreciaros de modo oprobioso?
- Gloucester: No lo dudo, no lo dudo: ah, es un muchacho lenguaraz, atrevido, vivo, ingenioso, arrojado, capaz. Es su misma madre, de pies a cabeza.
- Buckingham: Bueno, dejémosles descansar, Ven acá, Catesby. Has jurado realizar sinceramente lo que pretendemos y ocultar cuidadosamente lo que te decimos: sabes nuestros motivos, expuestos por el camino. ¿Qué piensas? ¿No es cosa fácil hacer de nuestra opinión a lord William Hastings para entronizar a este noble Duque en el trono real de esta famosa isla?
- Catesby: Por causa de su padre, quiere tanto al Príncipe que no se le ganará para nada contra él.
- Buckingham: ¿Qué piensas, entonces, de Stanley? ¿No querrá?
- Catesby: Hará en todo como haga Hastings.
- Buckingham: Bien, entonces basta, vete, amable Catesby, y, como desde lejos, sondea a lord Hastings, a ver qué le parece nuestro propósito, y convócale mañana para que vaya a la Torre para deliberar sobre la coronación. Si le encuentras tratable para nosotros, animales y muéstrale todas nuestras razones: si está plomizo, helado, frío, reacio, ponte tú también así; e interrumpe entonces la conversación para informarnos sobre sus disposiciones; pues mañana tendremos Consejos separados, en que tendrás mucho que hacer.

- Gloucester: Dad recuerdos míos a lord William: decidle, Catesby, que el viejo nudo de sus peligrosos adversarios mañana será sangrado en Pomfret Castle; y, por la alegría de esta buena noticia, di a mi amigo que dé a mistress Shore un dulce beso más.
- Buckingham: Buen Catesby, ve a hacer bien este asunto.
- Catesby: Mis ilustres señores, con todo el cuidado que sepa.
- Gloucester: ¿Tendremos noticias tuyas, Catesby, antes de dormir?
- Catesby: Las tendréis, señor.
- Gloucester: En Crosby Place nos encontrarás a los dos. (Se va Catesby)
- Buckingham: Señor, ¿qué haremos si percibimos que lord Hastings no se aviene a nuestras conspiraciones?
- Gloucester: Cortarle la cabeza, hombre: algo hay que hacer; y mira, cuando yo sea rey, reclámame el condado de Hereford y todos los bienes muebles que poseía mi hermano el Rey.
- Buckingham: Reclamaré esa promesa de manos de Vuestra Alteza.
- Gloucester: Espera ver cómo accedo a ella con toda benignidad. Vamos, cenemos pronto, para poder digerir después nuestras conspiraciones de algún modo. (Se van)

Escena II

(Ante la casa de Lord Hastings)

Entra un mensajero

- Mensajero: ¡Señor, señor! (Llama a la puerta)
- Hastings: (dentro) ¿Quién llama?
- Mensajero: Uno de parte de lord Stanley.
- Hastings: (dentro) ¿Qué hora es?
- Mensajero: Van a dar las cuatro. (Entra Hastings)
- Hastings: ¿No puede dormir tu amo estas largas noches?
- Mensajero: Así parece, por lo que tengo que decir. Ante todo, saluda a vuestra señoría.
- Hastings: ¿Qué más?
- Mensajero: Luego asegura a vuestra señoría que esta noche ha soñado que el jabalí le arrancaba el yelmo.² Además, dice que se celebran dos Consejos y que quizá en uno de decida algo que os haga doleros, a vos, y a él, en el otro. Por eso manda a preguntar la voluntad de su señoría, para saber si quiere montar a caballo y salir con él a toda prisa hacia el norte para eludir el peligro que adivina su alma.
- Hastings: Ve, amigo, ve, vuelve junto a tu señor y dile que no tema a los Consejos separados; su señoría y yo estamos en uno, y en el otro mi buen amigo Catesby, y allí no puede tener lugar nada que nos toque sin que yo tenga información de ello. Dile que sus temores son vanos y faltos de sustancia; y en cuanto a sus sueños, me sorprende que se complazca tanto en hacer caso a la burla de inquietas pesadillas. Huir del jabalí antes que el jabalí ataque, sería excitarle a que nos siguiera, persiguiéndonos cuando no pensaba cazarlos. Ve, di a tu amo que se levante y venga a verme, e iremos juntos a la Torre, donde verá cómo el jabalí nos trata con benevolencia.
- Mensajero: Iré, señor, y le diré lo que decís. (Se va. Entra Catesby)
- Catesby: ¡Muy buenos días tenga mi noble señor!
- Hastings: Buenos días, Catesby: muy temprano te remueves. ¿Qué noticias, qué noticias, en este vacilante reino nuestro?

² El jabalí era el animal heráldico de Ricardo de Gloucester.

- Catesby: En efecto, es un mundo vacilante, señor mío, y creo que jamás se pondrá de pie mientras Ricardo no ostente la guirnalda del reino.
- Hastings: ¡Cómo! ¡Ostentar la guirnalda! ¿Quieres decir la corona?
- Catesby: Sí, mi buen señor.
- Hastings: Prefiero que me separen la coronilla de los hombros antes que ver la corona tan mal situada. Pero ¿puedes suponerte que lo pretende?
- Catesby: Sí, por vida mía, y espera encontraros dispuesto para su partido con vistas a esa ganancia; y para ello os manda estas buenas noticias: que este mismodía, vuestros enemigos, los enemigos de la Reina, van a morir en Pomfret.
- Hastings: Desde luego, no me enlutaré por esa noticia, porque siempre han sido mis adversarios; pero en cuanto a dar mi voto al partido de Ricardo para impedir la elevación de los herederos de mi señor, Dios sabe que no lo haré hasta la muerte.
- Catesby: ¡Dios conserve a vuestra señoría en esa generosa opinión!
- Hastings: Pero me reiré de esto dentro de un año, cuando viva para ver la tragedia de los que me acarrearón el odio de mi señor. Bueno, Catesby, antes que sea una quincena más viejo, despacharé a algunos que no se lo imaginan.
- Catesby: ¡Mala cosa es morir, mi noble señor, cuando los hombres no están preparados y no lo esperan!
- Hastings: ¡Ah, monstruoso, monstruoso! Eso les toca a Rivers, Vaughan y Grey; y así les pasará a algunos más que se creen tan seguros como tú y como yo, que, como sabes, contamos con el afecto del egregio Ricardo y de Buckingham.
- Catesby: Ambos príncipes os tienen en alta consideración; (aparte) pues consideran su cabeza en lo alto del puente.³
- Hastings: Ya lo sé: y bien que lo he merecido. (Entra Stanley) Vamos, vamos: ¿dónde está vuestra jabalina, hombre? Teméis al jabalí, ¿y vais tan poco preparado?
- Stanley: Buenos días, señor; buenos días, Catesby: podéis seguir bromeando, pero, por la Santa Cruz, no me gustan estos Consejos separados.
- Hastings: Señor, yo aprecio mi vida tanto como vos la vuestra; y os aseguro que nunca en mis días me fue tan querida como ahora. ¿Pensáis que si no supiera que nuestra posición es segura, estaría tan triunfante como estoy?
- Stanley: Los señores que están en Pomfret, cuando salieron a caballo de Londres, iban alegres y suponían segura su situación, y, desde luego, no tenían causa para desconfiar; pero ya veis qué pronto se cubrió el día. Me hace desconfiar esta súbita puñalada de odio: ¡ruego a Dios, digo, que resulte yo un cobarde sin necesidad! ¿Qué, vamos a la Torre? El día se pasa.
- Hastings: Vamos, vamos, voy con vosotros. ¿Sabéis qué ocurre, señor? Hoy son degollados los señores de que habláis.
- Stanley: Ellos, por su lealtad, podrían llevar encima sus cabezas mejor de lo que llevan sus sombreros algunos que les han acusado. Pero vamos, señor, vamos allá. (Entra un Correo Real)
- Hastings: Id por delante: yo hablaré con este buen amigo. (Se van Stanley y Catesby) ¡Ea, amigo! ¿Cómo se porta el mundo contigo?
- Correo: Mejor si vuestra señoría se digna preguntármelo.
- Hastings: Te digo, hombre, que a mí me va mejor que la última vez que me encontraste donde ahora nos encontramos: entonces yo iba prisionero a la Torre, por

³ En lo alto de la torre del Puente de Londres, donde se exponían las cabezas de los ejecutados por traición.

-
- incitación de los aliados de la Reina; pero ahora, te diré –y guárdatelo para ti–, esos enemigos son ejecutados hoy, y yo estoy en mejor situación que nunca.
- Correo: ¡Dios la conserve, para buena satisfacción de vuestra señoría!
- Hastings: Gracias, muchacho: toma, bébete esto por mí. (Le tira su bolsa)
- Correo: Gracias a su señoría. (Se va. Entra un Sacerdote)
- Sacerdote: Bien hallado, señor: me alegro de ver a vuestra señoría.
- Hastings: Te doy las gracias, sir John, de todo corazón. Estoy en deuda por tu última homilía. Ven el próximo domingo y te dejaré contento. (Entra Buckingham)
- Buckingham: ¡Cómo, hablando con un sacerdote, lord Chambelán! Vuestros amigos los de Pomfret son los que necesitan el sacerdote; vuestra señoría no tiene entre manos cosas como para confesarse.
- Hastings: A fe mía; y cuando encontré a este santo hombre, me vinieron a la mente los hombres de que hablabais. ¿Qué, vais a la Torre?
- Buckingham: Voy, señor, pero no puedo quedarme mucho tiempo; volveré de allí antes que vuestra señoría.
- Hastings: Sí, es probable, porque yo me quedaré a comer.
- Buckingham: (aparte) Y a cenar también, aunque no lo sabes. (Alto) Vamos, ¿venís?
- Hastings: Acompañaré a vuestra señoría. (Se van)

Escena III

(Pomfret. Ante el castillo)

Entra Ratcliff, con alabarderos, llevando a ejecutar a Rivers, Grey y Vaugham.

- Ratcliff: Vamos, llevad allá a los prisioneros.
- Rivers: Sir Richard Ratcliff, dejadme decirlo esto: hoy veréis a un súbdito morir por la verdad, el deber y la lealtad.
- Grey: ¡Dios guarde al Príncipe de toda vuestra banda! Sois una jauría de malditos bebedores de sangre.
- Vaugham: Viviréis para llorar desgracia por esto.
- Ratcliff: Acabad: llegó el límite de vuestras vidas.
- Rivers: ¡Oh, Pomfret, Pomfret! ¡Ah, sangrienta prisión, ominosa y fatal para los nobles Pares! Dentro del culpable encierro de tus muros fue aquí despedazado, Ricardo II; y, para mayor infamia de tu lúgubre sede, te damos a beber nuestra sangre inocente.
- Grey: Ahora cae sobre nuestras cabezas la maldición de Margarita, cuando clamó contra vosotros y contra mí, por haber permitido que Ricardo apuñalara a su hijo.
- Rivers: Ella entonces maldijo a Hastings, luego maldijo a Buckingham y luego maldijo a Ricardo: ¡ah, acuérdate, Dios, de escuchar por ellos su ruego, igual que lo has escuchado ahora por nosotros! Y en cuanto a mi hermana y sus hijos los Príncipes, conténtate, amado Dios, con nuestra sangre leal, que, como sabes, ha de ser vertida injustamente.
- Ratcliff: Daos prisa, llega la hora de la muerte.
- Rivers: Vamos, Grey, vamos; Vaugham, abracémonos aquí. Adiós, hasta que nos volvamos a encontrar en el cielo. (Se van)

Escena IV

(Londres. La Torre)

Entran Buckingham, Stanley, Hastings, el Obispo de Ely, Ratcliff, Lovel y otros, sentándose a una mesa, acompañados por Oficiales del Consejo.

Hastings: Bien, nobles Pares: la causa por la que nos reunimos es para decidir dobre la Coronación. En nombre de Dios, hablad, ¿cuándo es el día real?

Buckingham: ¿Está todo preparado para ese momento real?

Stanley: Lo está, y sólo falta la designación.

Ely: Mañana, entonces, me parece un día propicio.

Buckingham: ¿Quiñen sabe lo que piensa sobre ello el lord Protector? ¿Quién tiene más trato con el noble Duque?

Ely: Vuestra señoría, pensamos, debería ser quien mejor conociera su opinión.

Buckingham: Nos conocemos las caras; en cuanto a nuestros corazones, él no conoce el mío mejor que yo el vuestro; ni yo el suyo, señores, mejor que vosotros el mío... Lord Hastings, vos y él sois cercanos en afecto.

Hastings: Estoy agradecido a Su Alteza, porque sé que me quiere bien; pero, en cuanto a sus propósitos sobre la Coronación, no le he sondeado, ni él ha manifestado su augusta voluntad de ningún modo. Pero, nobles señores, podéis designar el momento, y yo daré mi voto en nombre del Duque, que supongo que lo aceptará bien. (Entra Gloucester)

Ely: En hora dichosa viene el Duque en persona.

Gloucester: Nobles señores y primos todos; buenos días. He dormido demasiado, pero confío que mi ausencia no haya descuidado ningún propósito importante que se hubiera podido decidir con mi presencia.

Buckingham: Si no hubieras llegado cuando os nombré, señor, lord William Hastings, habría desempeñado vuestro papel -quiero decir, dando vuestro voto- para coronar al Rey.

Gloucester: Nadie se habría podido atrever mejor que lord Hastings; su señoría me conoce bien y me quiere. Lord Ely, la última vez que estuvo en Holborn, vi unas buenas fresas en vuestro jardín: os ruego que mandéis algunas.

Ely: Pardiez, sí que lo haré, señor, con todo mi corazón. (Se va)

Gloucester: Primo Buckingham, una palabra con vos. (Lo toma aparte) Catesby ha sondeado a Hastings sobre nuestro asunto, y encuentra tan acalorado a ese testarudo caballero que prefiere perder la cabeza antes que consentir que el hijo de su señor, como le nombra con respeto, pierda la realeza del trono de Inglaterra.

Buckingham: Retiraos un rato; iré con vos. (Se va Gloucester, seguido por Buckingham)

Stanley: Todavía no hemos fijado ese día de triunfo. Mañana, a mi juicio, es demasiado repentino; por mi parte, no estoy tan bien preparado como podría estarlo si se aplazara el día. (Vuelve a entrar el Obispo de Ely)

Ely: ¿Dónde está mi señor, el duque de Gloucester? He mandado a buscar esas fresas.

Hastings: Su Alteza parece contento y afable hoy; tiene alguna idea que le place, cuando da los buenos días con tan buen humor. Creo que nunca habrá un hombre en toda la Cristiandad que pueda ocultar su cariño o su odio menos que él, pues por su cara se conoce enseguida su corazón.

Stanley: ¿Qué habéis percibido de su corazón en su cara, por algún aspecto que mostrara hoy?

Hastings: Pardiez, que no tiene nada contra nadie de los que hay aquí; pues, si lo tuviera, lo mostraría en su aspecto. (Vuelven a entrar Gloucester y Buckingham)

- Gloucester: Os ruego a todos, decidme, ¿qué merecen los que conspiran mi muerte con diabólicas conspiraciones, y han prevalecido contra mi persona con hechizos infernales?
- Hastings: El cordial afecto que siento hacia Vuestra Alteza, señor, me hace el más dispuesto en esta noble reunión para sentenciar a los culpables: quienquiera que sean, digo, señor, que merecen la muerte.
- Gloucester: Entonces, ¡sean testigos de su maldad vuestros ojos! ¡Mirad cómo estoy embrujado! ¡Fijaos! Se me ha desecado el brazo, como un vástago agostado; y esto es la mujer de Eduardo, esa monstruosa bruja, unida a esa ramera, la desvergonzada Shore, que me han marcado así con su brujería.
- Hastings: Si ellas han hecho eso, mi noble señor...
- Gloucester: ¡Sí! Tú, protector de esa maldita desvergonzada, ¿me hablas de “sí”? Eres un traidor: ¡fuera la cabeza! Ahora, por San Pablo, juro que no comeré hasta que no la vea cortada. Lovel y Ratcliff, ved que se haga: los demás, los que me queráis, levantaos y seguidme. (Salen todos, menos Hastings, Lovel y Ratcliff)
- Hastings: ¡Ay, ay de Inglaterra! No me importa nada de mí, pues yo, demasiado necio, podría haberlo evitado. Stanley soñó que el jabalí le arrancaba el yelmo, pero lo desprecié y desdeñé huir: tres veces tropezó hoy mi caballo engualdrapado, y se sobresaltó al levantar los ojos hacia la Torre, como reacio a llevarme al matadero. Ah, ahora necesito al sacerdote que me habló; ahora, me arrepiento de lo que le dije al correo real triunfando en exceso, de cómo mis enemigos eran hoy sanguinariamente sacrificados en Pomfret, mientras que yo estaba seguro en gracia y favor. ¡Ah, Margaret, Margaret, ahora tu pesada maldición cae sobre la miserable cabeza del pobre Hastings!
- Ratcliff: Apresuraos, señor: el Duque quiere comer; haced una breve confesión, porque desea ver vuestra cabeza.
- Hastings: ¡Ah, favor efímero de los mortales, que buscamos más que la gracia de Dios! Quien edifica su esperanza en el aire de vuestras miradas benignas, vive como un marinero ebrio en un mástil, dispuesto, a cada cabezada, a desplomarse a las fatales entrañas de la profundidad.
- Lovel: Vamos, vamos, apresuraos: es inútil gritar.
- Hastings: ¡Ah, sanguinario Ricardo, miserable Inglaterra! Te profetizo los tiempos más terribles que ha visto jamás una época lamentable. Vamos, llevadme al tajo: presentadle mi cabeza: sonreirán de mí muchos que pronto estarán muertos. (Se van)

Escena V

(Los muros de la Torre)

Entran Gloucester y Buckingham, con armaduras oxidadas y aspecto extrañamente siniestro.

- Gloucester: Vamos, primo, ¿sabes temblar y cambiar de color, matar el respiro en medio de una palabra, y luego volver a empezar, y detenerte otra vez, como si estuvieras alterado y loco de terror?
- Buckingham: ¡Bah! Sé imitar al grave actor de tragedia; hablar mirando atrás, acechar a todos lados, temblar y sobresaltarme al doblarse una paja, simulando hondo temor; el aspecto espectral está a mi disposición, igual que las sonrisas forzadas; y ambas cosas están dispuestas a su trabajo, en cualquier momento, para ayudar a mis estratagemas. Pero ¿qué? ¿Se ha ido Catesby?
- Gloucester: Se ha ido, y mira, trae consigo al Alcalde. (Entran el Lord Alcalde y Catesby)

-
- Buckingham: Déjame hablarle a solas... Señor Alcalde...
- Gloucester: ¡Mirad allí el puente levadizo!
- Buckingham: ¡Oíd, un tambor!
- Gloucester: Catesby, mira por encima de las murallas.
- Buckingham: Señor Alcalde, el motivo por el que os hemos manda buscar...
- Gloucester: ¡Mira a tu espalda, defiéndete, hay enemigos!
- Buckingham: Dios y nuestra inocencia nos defiendan y nos guarden!
- Gloucester: Estate en paz, son amigos: Ratcliff y Lovel. (Entran Ratcliff y Lovel, con la cabeza de Hastings)
- Lovel: Aquí está la cabeza de ese innoble traidor, el peligroso e insospechado Hastings.
- Gloucester: Tanto quise a ese hombre, que debo llorar. Le tomé por la criatura más franca e inofensiva que respiraba en toda la Cristiandad; hice de él mi libro, donde mi alma anotaba la historia de todos sus pensamientos secretos cada día. Tan lisamente revestía su vicio con apariencia de virtud, que, dejando aparte su culpa abierta y visible -quiero decir, su trato con la mujer de Shore, - vivía libre de toda sombra de sospecha.
- Buckingham: Bien, bien, era el traidor oculto más escondido que jamás ha vivido. ¿Imaginaríais, o incluso creeríais -si no fuera que, por gran providencia, vivimos para contárnoslo-, que este sutil traidor había conspirado hoy, en el Consejo, asesinar a mí y a mi buen lord Gloucester?
- Alcalde: ¿Eso había pensado?
- Gloucester: ¿Qué, creéis que somos turcos o infieles? ¿O que, contra las formas de la ley, habríamos procedido tan precipitadamente a la muerte del traidor, si no fuera porque el peligro extremo del caso, la paz de Inglaterra, y la seguridad de nuestras personas nos obligaron a esta ejecución?
- Alcalde: Entonces, ¡tened toda felicidad! Bien mereció su muerte; y Vuestras Altezas han procedido bien, para amonestar a los falsos traidores de intentos semejantes.
- Buckingham: Nunca esperé cosa mejor de él desde que cayó con mistress Shore. Pero no habíamos decidido que muriera antes que llegara Vuestra Señoría a ver su fin, lo que ha impedido la afectuosa prisa de estos amigos, algo en contra de nuestra intención: porque, señor, habríais oído hablar al traidor, y confesar terriblemente el modo y el propósito de su traición, de modo que habríais podido darlo a conocer a los ciudadanos, que tal vez nos juzgarán mal por él, y lamentarán su muerte.
- Alcalde: Pero, mi buen señor, las palabras de Vuestra Alteza servirán tanto como si le hubiese visto y le hubiera oído hablar; y no dudéis, ilustres príncipes, de que daré a conocer a nuestros obedientes ciudadanos toda vuestra justa actuación en este caso.
- Gloucester: Y con esa intención quisimos que viniera Vuestra Señoría, para evitar las censuras del mundo calumniador.
- Buckingham: Pero, ya que llegasteis demasiado tarde, para nuestra intención, dad testimonio de que habéis oído lo que pretendíamos, y así, mi buen lord Alcalde, os decimos adiós. (Se va el Lord Alcalde)
- Gloucester: Síguele, síguele, primo Buckingham. El Alcalde va a la Guildhall a toda prisa; allí, en el momento más oportuno, demuestra tu bastardía de los hijos de Eduardo: diles cómo Eduardo hizo morir a un ciudadano sólo porque dijo que quería hacer a su hijo heredero de “la Corona”, refiriéndose, desde luego, a su casa, que era llamada así oír su muestra. Además, señala la lujuria odiosa y su

-
- bestial apetito en el cambio de deseos, que extendió a sus criadas, hijas, esposas, dondequiera que ansiaba hacer presa sin sujeción su mirada furiosa o su corazón salvaje. Más aún, si hace falta, refiérate a mi persona: díles que, cuando mi madre quedó preñada en espera de ese insaciable Eduardo, el noble York, mi ilustre padre estaba guerreando en Francia, y, por justo cálculo del tiempo, encontró que el hijo no lo había engendrado él, lo cual bien se echó de ver en sus rasgos, que no se parecen nada al noble Duque mi padre: pero toca esto ligeramente, como de lejos, porque ya sabes que mi madre vive.
- Buckingham: No dudéis, señor, de que haré el orador como si la áurea paga por la que alego fuera para mí mismo: conquese, señor, adios.
- Gloucester: Si te va bien, llévalos al castillo de Baynard, conde me encontrarás bien acompañado de reverendos padres y doctos obispos.
- Buckingham: Me voy, y hacia las tres o las cuatro, esperad las noticias que ofrezca la Guildhall. (Se va)
- Gloucester: Vete, Lovel, a toda prisa a ver al doctor Shaw; (A Catesby) tú, ve a ver al padre Penker; y rogadles que me vayan a ver dentro de una hora en el castillo de Baynard. (Se van Lovel, Catesby y Ratcliff) Ahora entraré a dar unas órdenes secretas para quitar de un medio a los retoños de Clarence, y avisar de que ningún género de personas tengan acceso en ningún momento a los Príncipes. (Se va)

Escena VI

(Londres. Una calle)

Entra escribano.

- Escribano: Aquí está el documento de acusación del buen lord Hastings; lindamente extendido con letra procesal, para que se pueda leer hoy en San Pablo. Y fijaos qué bien ha ido lo uno tras lo otro: once horas he pasado copiándolo, pues anoche me lo mandó Catesby; el borrador se tardó otro tanto en hacer; y sin embargo, hace cinco horas que Hatsings vivía sin sospecha, sin averiguación, libre y suelto. ¡Éste sí que es mundo que vale la pena! ¿Quién es tan tonto que no puede ver este artificio palpable! Pero ¿quiés es tan valiente que diga que lo ve? Malo es el mundo, y todo se hará nada si tales malas acciones se deben ver sólo en pensamiento.

Escena VII

(Patio del Castillo de Baynard)

Entran Gloucester y Buckingham, encontrándose.

- Gloucester: ¿Qué hay, qué hay? ¿Qué dicen los ciudadanos?
- Buckingham: Pues, por la Santa Madre de Nuestro Señor, los ciudadanos cierran el pico y no dicen ni palabra.
- Gloucester: ¿Hablaste de la bastardía de los hijos de Eduardo?
- Buckingham: Sí, y de su promesa de matrimonio a lady Lucy, y su promesa por procura en Francia; de la insaciable avidez de sus deseos, y su modo de violentar a las esposas de la ciudad; de su tiranía por insignificancias; de su propia bastardía, al haber sido engendrado cuando vuestro padre estaba en Francia, y de su rostro, nada parecido al del Duque: al mismo tiempo, me referí a vuestras facciones, como la idea cabal de vuestro padre, tanto en vuestra forma como en vuestra nobleza de ánimo; expuse todas vuestras victorias en Escocia, vuestra disciplina

- en la guerra, vuestra sabiduría en la paz, vuestra generosidad, virtud, clara humildad; en fin, no dejé nada apropiado para el propósito sin tocar o tratado a la ligera, en el discurso: y cuando mi oratoria tocaba su fin, rogué a los que amasen el bien de su patria, que gritaran: “¡Dios salve a Ricardo, rey de Inglaterra!”
- Gloucester: ¿Y lo hicieron así?
- Buckingham: No, así Dios me salve: no dijeron ni palabra, sino que, como estatuas mudas o piedras con aliento, se miraron pasmados, mortalmente pálidos. Al verlo, les reprendí, y pregunté al Alcalde qué significaba ese obstinado silencio: su respuesta fue que la gente sólo estaba acostumbrada a que les hablara el informador. Entonces se le pidió que volviera a contar mi cuento: “Esto dijo el Duque, esto manifestó el Duque” pero no dijo nada por su cuenta. Al terminar, algunos seguidores míos, al fondo de la sala, tiraron a lo alto los gorros y unas diez voces gritaron: “¡Dios salve al rey Ricardo!”. Yo aproveché la ventaja de esos pocos: “Gracias, amables ciudadanos y amigos -dije-: este aplauso general y esos gritos alegres muestran vuestro buen juicio y vuestro cariño a Ricardo”; y corté ahí por lo sano y me marché.
- Gloucester: ¡Qué leños sin lengua han sido! ¿No quisieron hablar?
- Buckingham: No, a fe mía, señor.
- Gloucester: ¿No vendrá entonces el Alcalde con sus concejales?
- Buckingham: El Alcalde está aquí cerca. Haced ver algún miedo; no es dejéis dirigir la palabra sino tras de mucho ruego; y mirad de buscaros un libro de oraciones en la mano y poneos entre dos eclesiásticos, mi buen señor; pues con ese motivo yo haré unas variaciones sagradas sobre el tema: y no os dejéis ganar fácilmente por nuestra petición; haced la doncella; contestad siempre que no, pero aceptad.
- Gloucester: Ya voy, y si arguyes por ellos tan bien como yo sabré decirte que no por mí, no hay duda de que lo llevaremos a un fin feliz.
- Buckingham: Id, subid a la terraza: llama al lord Alcalde. (Se va Gloucester y entran el Lord Alcalde, Concejales y Ciudadanos)
- Buckingham: Bienvenido, señor: aquí estoy haciendo antesala: creo que el Duque no quiere que se hable de ningún modo. (Entra Catesby, viene desde dentro del castillo) Ea, Catesby, ¿qué dice vuestro señor a mi petición?
- Catesby: Ruega a vuestra señoría, noble señor, que le visite mañana o pasado: está dentro, con dos reverendísimos padres, entregado a la divina meditación: y no quiere dejarse apartar de su sagrado ejercicio por ninguna cuestión mundana.
- Buckingham: Volved, buen Catesby, junto al generoso Duque, y decidle que yo, el Alcalde y concejales, con graves designios y cuestiones de gran importancia, que implican nada menos que el bien de todos, han venido a conversar con su Alteza.
- Catesby: Le haré presente todo eso enseguida. (Se va)
- Buckingham: ¡Ah, ah, señor, este Príncipe no es ningún Eduardo! No está jugueteando en una lasciva cama en pleno día, sino arrodillado en meditación; no se divierte con un montón de cortesanas, sino que medita con dos graves religiosos; no duerme para embotar su cuerpo ocioso, sino que reza para enriquecer su alma vigilante: feliz sería Inglaterra, si este virtuoso Príncipe asumiera sobre sí su soberanía; pero me temo tristemente que no le convenceremos de ello.
- Alcalde: ¡Pardiez, no quiera Dios que Su Alteza nos diga que no!
- Buckingham: Temó que lo hará. Aquí vuelve Catesby otra vez. (Vuelve a entrar Catesby) Ea, Catesby, ¿qué dice Su Alteza?

-
- Catesby: Se pregunta con qué fin habéis reunido tales tropes de ciudadanos para venir a verle, puesto que Su Alteza no estaba avisado de antemano: teme, señor, que no traigáis buenas intenciones para con él.
- Buckingham: Lamento mucho que mi noble primo sospeche de mí, que no traigo buenas intenciones para con él: por los cielos, venimos a verle con completo afecto: así que volved otra vez y decídselo a Su Alteza. (Se va Catesby) Cuando los hombres santos y religiosos están pasando sus cuentas, es difícil sacarles de ahí: tan dulce es la ardiente contemplación. (Aparece Gloucester en lo alto, entre dos Obispos. Vuelve Catesby)
- Alcalde: ¡Ved dónde está Su Alteza entre dos sacerdotes! Buckingham: Dos sostenes de virtud para un Príncipe cristiano, que le apoyen para no caer en la vanidad: y mirad, un libro de oraciones en la mano, verdadero ornamento para conocer a un santo. Famoso Plantagenet, generosísimo Príncipe, concede oídos favorables a nuestra petición, y perdona que te interrumpamos en tu devoción y tu justo celo cristiano.
- Gloucester: Señor mío, no hacen falta tales excusas: más bien soy yo quien os ruega que me perdonéis a mí, que, afanoso en el servicio de mi Dios, descuido la visita de mis amigos. Pero, dejando esto, ¿qué desea vuestra señoría?
- Buckingham: Algo, precisamente, que espero que plazca a Dios en lo alto, y a todos los hombres de esta isla desgobernada.
- Gloucester: Sospecho que he cometido alguna culpa que parece deshonrosa a los ojos de la ciudad, y que venís a reprender mi ignorancia.
- Buckingham: Eso es, señor: ¡y ojalá pareciera bien a Vuestra Alteza enmendar su falta a nuestros ruegos!
- Gloucester: ¿Para qué otra cosa respiro yo en un país cristiano?
- Buckingham: Sabed, entonces, que vuestra culpa es haber abandonado la suprema sede, el trono de la majestad, el cargo y cetro de vuestros antepasados, vuestra situación de privilegio y vuestros derechos de nacimiento, la gloria del linaje de vuestra casa real, entregándolo a la corrupción de una progenie corrompida; mientras, en la benevolencia de vuestro soñoliento pensar, que ahora despertamos para bien de nuestro país, esta noble isla carece de sus miembros adecuados; su rostro está desfigurado por cicatrices de infamia, su trono real injertado de plantas innobles, y casi empujado al devorador abismo del tenebroso y profundo olvido. Para curarlo, solicitamos de corazón que vuestra ilustre persona acepte sobre sí la carga y el gobierno real de vuestro país: no como protector, intendente, sustituto, o humilde factor para provecho de otro: sino como por sucesión, de sangre en sangre, como derecho vuestro de nacimiento, como vuestro imperio, como lo vuestro. Para eso, de acuerdo con los ciudadanos, vuestros afectuosos y respetuosos amigos, y por vehemente incitación suya, vengo con esta justa pretensión a mover a Vuestra Alteza.
- Gloucester: No sé qué decir si es más propio de mi rango o de vuestra condición que me marche en silencio o que hable para reprocharos agriamente: si no es para contestar, podríais quizá pensar que la ambición de lengua atada, al no responder, cedía a llevar el dorado yugo de la soberanía, que cariñosamente me queráis imponer ahora; si es para reprocharos por esta pretensión, tan de acuerdo con vuestro fiel cariño hacia mí, entonces, por otra parte, iría contra mis amigos. Así pues, para contestar y evitar lo primero, y entonces, al hablar, no incurrir en lo último, os respondo así definitivamente: vuestro afecto merece mi

- agradecimiento, pero mis méritos sin mérito eluden vuestra alta solicitud. Ante todo, aunque se eliminaran todos los obstáculos y se allanara mi sendero hacia la corona, como producto maduro y deuda de nacimiento, es tanta, sin embargo, mi pobreza de espíritu, y tan grandes engrandecimientos, siendo barquichuela que no puede soportar la mar gruesa, antes que ansiar esconderme en mi grandeza y ahogarme en los vapores de mi gloria. Pero ¡gracias a Dios!, no hay necesidad de mí, y mucho necesitaría yo para ayudaros, si hubiera necesidad: el árbol real nos ha dejado fruto real, que, madurado por las furtivas horas del tiempo, llegará a ser apropiado para la sede de la majestad, y, sin duda, nos hará felices con su reinado. Cargad sobre él lo que queréis cargar sobre mí, el derecho y fortuna de sus dichosas estrellas; que no consienta Dios que yo se lo arrebate.
- Buckingham: Señor mío, eso demuestra conciencia en Vuestra Alteza, pero tales consideraciones son nimias y triviales, bien atendidas todas las circunstancias. Decís que Eduardo es hijo de vuestro hermano: eso decimos todos también, pero no de la esposa de Eduardo, pues él primero se desposó con lady Lucy -vive vuestra madre, que es testigo de ese voto- y, después, se comprometió por procura con Bona, hermana del rey de Francia. Rechazadas estas dos, una pobre solicitante, una madre de muchos hijos, enloquecida por las preocupaciones, una viuda trastornada y de ajada belleza, ya en el atardecer de sus mejores días, conquistó y ganó sus lujuriosos ojos, seduciendo la elevación y altura de su rango a una baja caída en odiosa bigamia. De ella, en su ilegítimo lecho, tuvo a este Eduardo, a quien nuestras cortesías llaman Príncipe. Más agriamente podría, argüir, salvo que, por reverencia a alguien que vive, pongo límite estricto a mi lengua. Así, buen señor, aceptad para vuestra real persona este ofrecido beneficio de la dignidad; si no para bendecirnos a nosotros y al país, al menos para sacar vuestro noble linaje de la corrupción del tiempo pernicioso, volviendo a llevarlo a un rumbo legítimamente derivado en línea.
- Alcalde: Hacedlo así, mi buen señor: los ciudadanos os suplican.
- Buckingham: No rehuséis, poderoso señor, el afecto que se os ofrece.
- Catesby: ¡Ah, hacédles felices, otorgad su legítima pretensión!
- Gloucester: ¡Ay! ¿Por qué queréis acumular sobre mí esos cuidados? Soy indigno de rango y majestad; os suplico que no me lo toméis a mal: no puedo ni quiero ceder ante vosotros.
- Buckingham: Si lo rehusáis porque sois reacio, en cariño y afecto, a deponer a ese niño, el hijo de vuestro hermano -ya que conocemos muy bien vuestra ternura de corazón, y vuestro escrúpulo amable, bondadoso, delicado, que hemos notado que tenéis con vuestra parentela, y, desde luego, igualmente con todos los rangos -sin embargo, aceptéis o no nuestra pretensión, el hijo de vuestro hermano jamás reinará como Rey nuestro, sino que pondremos a algún otro en el trono, para deshonor y caída de vuestra casa: y con esta decisión, os dejamos. Vamos ciudadanos: ¡demonios!, no quiero rogar más.
- Gloucester: Oh, no juréis, lord Buckingham. (Se van Buckingham, el Alcalde y los Concejales)
- Catesby: Llamadles otra vez, dulce Príncipe, aceptad su pretensión: si os negáis, todo el país lo lamentará.
- Gloucester: ¿Me queréis obligar a un mundo de preocupaciones? Bueno, vuelve a llamarles. No estoy hecho de piedra, sino accesible a vuestras amables súplicas, aunque contra mi conciencia y mi alma. (Vuelven a entrar Buckingham y los demás)

-
- Primo Buckingham; hombres graves y prudentes: puesto que me queréis sujetar la fortuna a la espalda para que soporte su carga, quiera o no quiera, debo tener paciencia para aguantar el peso: pero si el negro escándalo o el reproche de turbio rostro van unidos a las consecuencias de vuestra imposición, el hecho de que me hayáis obligado me absolverá de todas las manchas impuras y suciedades: pues bien sabe Dios, y vosotros podéis verlo en parte, qué lejos estoy de desearlo.
- Alcalde: ¡Dios bendiga a Vuestra Alteza! Lo vemos, y lo diremos.
- Gloucester: Al decirlo así, no diréis más que la verdad.
- Buckingham: Entonces os saludo con este título real: ¡Viva el rey Ricardo, ilustre soberano de Inglaterra!
- Todos: ¡Viva!
- Buckingham: ¿Os parece bien ser coronado mañana?
- Gloucester: Cuando os parezca bien, puesto que queréis que sea así.
- Buckingham: Mañana, entonces, acompañaremos a Vuestra Majestad: y así, con el mayor gozo, nos despedimos.
- Gloucester: Vamos, volvamos otra vez a nuestra santa labor. Adiós, buen primo; adiós, amables amigos. (Se van)

Acto cuarto

Escena I

(Londres. Ante la Torre)

Entran -por un lado- la Reina Isabel, la Duquesa de York y Dorset; -y por el otro lado- Ana, Duquesa de Gloucester, llevando de la mano a Lady Margarita Plantagenet, hija pequeña de Clarence.

- Duquesa (de York): ¿A quién encontramos aquí? ¿Mi sobrina Plantagenet, llevada de la mano por su cariñosa tía Gloucester? Ea, por vida mía, se encamina a la Torre, con el cariño del corazón puro, a saludar a los principitos. ¡Bien hallada, hija!
- Ana: ¡Dios dé a Vuestras Altezas un día feliz y dichoso!
- Isabel: ¡Igualmente a ti, buena hermana! ¿Adónde vas?
- Ana: Sólo a la Torre, y, según supongo, por la misma devoción que vosotras; a saludar allí a los nobles príncipes.
- Isabel: Amable hermana, gracias: entraremos todas juntas; y, en buena hora, allí viene el lugarteniente. (Entra Brakenbury) Señor lugarteniente, con vuestra licencia, ¿cómo están el Príncipe y mi hijito York?
- Brakenbury: Muy bien, querida señora. Pero tened paciencia: no puedo dejaros que les visitéis; el Rey ha dado órdenes en contra.
- Isabel: ¡El Rey! ¿Quién es?
- Brakenbury: Quiero decir, el señor Protector.
- Isabel: ¡El Señor nos proteja de que el Protector llegue a tener tal título real! ¿Ha puesto límites entre el cariño de ellos y yo? Soy su madre: ¿quién me impedirá el paso a ellos?
- Duquesa: Yo soy la madre de su padre: quiero verles.
- Ana: Soy su tía en parentesco y su madre en cariño: traedles ante mi vista; te echaré la culpa y te haré quitar el cargo, por mi cuenta.
- Brakenbury: No, señora, no, no puedo dejarlo así: estoy sujeto por juramento, así que perdonadme. (Se va y entra Stanley)

- Stanley: Señoras, si os encuentro dentro de una hora, saludaré a Vuestra Alteza de York como madre y respetada cuidadora de dos reinas. (A la Duquesa de Gloucester.) Vamos, señora, debéis ir derecha a Westminster, para ser coronada allí como Reina, esposa de Ricardo.
- Isabel: ¡Ah, rompedme mis encajes para que mi corazón aprisionado tenga sitio para latir, o si no me desmayaré ante estas noticias asesinas!
- Ana: ¡Cruel aviso! ¡Oh, noticias desagradables!
- Dorset: Tened buen ánimo: madre, ¿cómo está Vuestra Alteza?
- Isabel: ¡Ah, Dorset, no me hables, vete de aquí! La muerte y la destrucción te muerden los talones: el nombre de tu madre es fatídico para los hijos. Si quieres escapar de la muerte, vete y cruza los mares, y vive con Richmond, fuera del alcance del infierno: vete, escóndete de este matadero, para que no aumentes el número de muertos, y me hagas morir esclava de la maldición de Margarita.
- Stanley: Vuestro consejo, señora, está lleno de prudente preocupación. Tomad toda la veloz ventaja de las horas: recibiréis cartas mías para mi hijo, a favor vuestro, para que os salga a recibir; no os demoréis con imprudente dilación.
- Duquesa: ¡Ah viento de desgracia, que esparce males! ¡Ah, mi vientre maldito, lecho de la muerte! Has echado al mundo un basilisco, cuya mirada inevitable es asesina.
- Stanley: Vamos, señora, vamos: me han mandado a toda prisa.
- Ana: Y yo iré sin ninguna gana. ¡Ah, si quisiera Dios que el cerco redondo de metal dorado que debe ceñir mi frente fuera acera al rojo, para cauterizarme hasta los sesos! Me ungirán con veneno mortal, y moriré antes que nadie pueda decir: “¡Dios salve a la Reina!”
- Isabel: Ve, ve, pobrecilla; no envidio tu gloria; no te deseo ningún daño para alimentar mi humor.
- Ana: ¡No! ¿Por qué? Cuando el que es hoy mi marido se me acercó, mientras yo seguía el cadáver de Enrique; cuando apenas me había acabado de lavar de las manos la sangre que salía de aquel ángel de mi otro marido, ese santo muerto que yo seguía llorando; ah, se fue: “¡Sé maldito, por hacerme, aún tan joven, una viuda maldita! ¡Y cuando te cases, que la tristeza acose tu lecho; y que tu esposa, si alguien es tan loca como para serlo, tenga más miseria con tu vida que la que me has dado con la muerte de mi amado señor!” Y mira, antes que pudiera repetir esa maldición, aun en tan poco tiempo, mi corazón de mujer se dejó cautivar torpemente por sus palabras de miel, y resultó ser la víctima de la maldición de mi propia alma, que desde entonces ha alejado siempre el descanso de mis ojos; pues, jamás, ni una sola hora, he disfrutado en su cama del dorado rocío del sueño, sin que me despertaran terribles pesadillas. Además, me odia por mi padre Warwick: y, sin duda, quiere suprimirme pronto.
- Isabel: ¡Adiós, pobre corazón! Compadezco tus penas.
- Ana: No más de lo que yo lamento las tuyas desde mi alma.
- Dorset: ¡Adiós, tú que recibes la gloria con pena!
- Duquesa: (A Dorset) Vete a Richmond, y que la buena suerte te acompañe. (A Ana) Vete con Ricardo y que los ángeles buenos te ayuden. (A Isabel) Ve a ponerte en sagrado, y que los buenos pensamientos te llenen. ¡Yo, a mi tumba, donde la paz y el descanso yazgan conmigo! Más de ochenta años de tristeza he visto, y cada hora de gozo, destruida por una semana de dolor.
- Isabel: Espera aún, vuelve conmigo la mirada hacia la Torre. ¡Viejas piedras, tened piedad de esos tiernos niños a quienes el odio ha emparedado entre vuestros

muros! Dura cuna para tan lindos niñitos; dura nodriza áspera, vieja y malhumorada compañera de juegos para príncipes tiernos, ¡trata bien a mis niños! Así la necia tristeza se despide de vuestras piedras. (Se van)

Escena II

(Londres. El Palacio)

Marcha solemne. Entran Ricardo, coronado, Buckingham, Catesby, un Paje y otros.

Ricardo: (hasta aquí llamado Gloucester) Apartaos todos. Primo Bukingham.

Buckingham: ¿Mi augusto soberano?

Ricardo: Dame la mano. (Sube al trono. Tocan las trompetas). En esta altura, tu consejo y ayuda, se sienta el rey Ricardo: pero ¿llevaremos estos esplendores durante un día? ¿O durarán y disfrutaremos con ellos?

Buckingham: ¡Sigán viviendo, y duren eternamente!

Ricardo: Ah, Buckingham, ahora haré de piedra de toque para probar si de veras eres oro de ley. El pequeño Eduardo vive: piensa ahora lo que querría decir.

Buckingham: Sigue hablando, mi amado señor.

Ricardo: Pues digo, Buckingham, que querría ser Rey.

Buckingham: Bien, ya lo sois, mi soberano tres veces famoso.

Ricardo: ¡Ah! ¿Soy Rey? Así es; pero Eduardo vive.

Buckingham: Es verdad, ilustre soberano.

Ricardo: ¡Ah, amarga continuación, que Eduardo haya de seguir viviendo! “Es verdad, ilustre soberano”. Primo, tú no solías ser tan tonto: ¿debo hablarte con franqueza? Deseo que mueran esos bastardos; y querría que se hiciera enseguida. ¿Qué dices ahora? Habla pronto. Sé breve.

Buckingham: Vuestra Majestad puede hacer lo que le plazca.

Ricardo: ¡Bah, bah! Eres todo de hielo, tu amabilidad hiela, di, ¿tengo tu consentimiento para que mueran?

Buckingham: Dejadme un poco de respiro, una pequeña pausa, señor, antes de que hable sobre eso de modo decidido; inmediatamente responderé a Vuestra Majestad. (Se va)

Catesby: (aparte, a otro) El Rey está furioso: mira cómo se muerde el labio.

Ricardo: Quiero tratar con tontos de cabeza de hierro y con muchachos sin juicio: para mí no está bien nadie que me mire con ojos de consideración; el ambicioso Buckingham se vuelve circunspecto. ¡Mozo!

Paje: ¿Señor?

Ricardo: ¿Conoces a alguien a quien el oro corruptor tentara a una secreta obra de muerte?

Paje: Conozco a un caballero descontento cuyos humildes medios no están a la altura de su elevado ánimo: el oro sería tan bueno como veinte oradores, y, sin duda, le tentará a cualquier cosa.

Ricardo: ¿Cómo se llama?

Paje: Tyrrel es su nombre, señor.

Ricardo: Conozco un poco a ese hombre: ve a llamarle. (Se va el Paje) El agudo y cavilador Buckingham ya no será partícipe de mis designios: ¿tanto tiempo me ha seguido sin cansarse, y ahora se para a tomar aliento? Bien, sea así. (Entra Stanley) ¿Cómo va, lord Stanley, qué noticias hay?

Stanley: Sabed, amado señor, que el marqués de Dorset, según he oído decir, ha huido junto a Richmond, donde vive éste.

- Ricardo: ¡Ven acá, Catesby! Difunde por ahí el rumor de que Ana, mi esposa, está gravemente enferma; daré órdenes para que se quede encerrada. Búscame algún caballero pobre y humilde a quien casar enseguida con la hija de Clarence: el muchacho es tonto, y no le temo. ¡Eh! ¿Estás soñando? Te digo otra vez que rumorees que la Reina Ana está enferma, y a punto de morir: ¡a ello!, porque me importa mucho atajar todas las esperanzas cuyo crecimiento pudiera hacerme daño. (Se va Catesby) Debo casarme con la hija de mi hermano, o si no, mi reinado está sobre vidrio frágil. ¡Incierta manera de ganar! Pero ya estoy tan metido en sangre, que un pecado saca otro pecado: la compasión lacrimosa no reside en mis ojos. (Vuelve a entrar el Paje, con Tyrrel) ¿Te llamas Tyrrel?
- Tyrrel: Soy James Tyrrel, vuestro más obediente súbdito.
- Ricardo: ¿Lo eres de veras?
- Tyrrel: Ponedme a prueba, mi augusto soberano.
- Ricardo: ¿Te atreverías a matar a un amigo mío?
- Tyrrel: Con vuestra venia, preferiría matar dos enemigos.
- Ricardo: Bien, entonces sea como quieres: dos graves enemigos, adversarios de mi descanso y conturbadores de mi dulce sueño, son los que querría que te ocuparas de ellos; Tyrrel, me refiero a esos bastardos que están en la Torre.
- Tyrrel: Si tengo medios fáciles de llegar hasta ellos, pronto os libraré de su temor.
- Ricardo: Me cantas dulce música. Escucha, ven acá, Tyrrel, ve con esta contraseña: levántate y préstame oídos. (Susurra) No hay más sino eso: di que está hecho, y te querré, y te preferiré por ello.
- Tyrrel: Lo despacharé enseguida. (Se va. Vuelve a entrar Buckingham)
- Buckingham: Señor, he considerado en mi ánimo la reciente demanda sobre la que me sondeasteis.
- Ricardo: Bueno, déjalo en paz. Dorset ha huido junto a Richmond.
- Buckingham: He oído la noticia, señor.
- Ricardo: Stanley es hijo de tu mujer: bueno, anda con cuidado.
- Buckingham: Señor, reclamo el don, deuda por promesa, en que se empeñó vuestro honor y vuestra fe: el condado de Hereford, y los bienes muebles, todo lo cual me prometisteis que poseería yo.
- Ricardo: ¡Stanley, mira a tu mujer! Si envía cartas a Richmond, tú responderás de ello.
- Buckingham: ¿Qué dice Vuestra Majestad a mi justa petición?
- Ricardo: Recuerdo que Enrique VI profetizó que Richmond sería rey, cuando Richmond era un muchachito displicente. ¡Rey!..., quizá...
- Buckingham: Señor...
- Ricardo: ¿Cómo ocurrió que el profeta no me dijera entonces, si estaba yo a su lado, que le había de matar?
- Buckingham: Señor, vuestra promesa del condado...
- Ricardo: ¡Richmond! Hace poco, cuando estuve en Exeter, el Alcalde, por cortesía, me mostró el castillo y lo llamó Rougemont, ante cuyo nombre me estremecí porque un bardo de Irlanda me dijo una vez que no viviría mucho después de ver a Richmond.
- Buckingham: Señor...
- Ricardo: Sí, ¿qué hora es?
- Buckingham: Me atrevo a recordar a Vuestra Majestad lo que me prometió.
- Ricardo: Bueno, pero ¿qué hora es?
- Buckingham: Van a dar las diez.

Ricardo: Bueno, pues deja que den.
 Buckingham: ¿Por qué tengo que dejar que den?
 Ricardo: Porque, como el autómatas del reloj, levantas el martillo entre tu petición y mi meditación. Hoy no estoy de humor de dar.
 Buckingham: Bueno, entonces aclárame si querréis o no.
 Ricardo: Me molesta: no estoy de humor. (Se van todos, menos Buckingham)
 Buckingham: ¿Conque sí? ¿Con tal desprecio paga mis grandes servicios? ¿Le he hecho Rey para esto? ¡Ah, me acordaré de Hastings, y me iré a Brecknock, mientras que tengo encima mi miedosa cabeza. (Se va)

Escena III (El Palacio)

Entra Tyrrel.

Tyrrel: La acción tiránica y sangrienta está realizada; el más malvado acto de horrible matanza de que jamás se hizo culpable esta tierra. Dighton y Forrest, a quienes soborné para que hicieran esta inexorable carnicería, aunque eran rufianes crueles, perros sanguinarios, se derretían de ternura y benigna compasión, llorando como dos niños al contar la triste historia de muerte. “Ah, así -decía Dighton-, estaban durmiendo los lindos niños”; así, así -decía Forrest-, ciñiéndose con sus inocentes brazos de alabastro: sus labios eran cuatro rosas en un tallo, que se besaban en su belleza estival. En su almohada había libro de oraciones que casi cambió mi intención; pero ¡ah, el diablo!”... ahí se detuvo el rufián, y Dighton continuó así: “Ahogamos la más enjundiosa obra que jamás formó la Naturaleza desde la primera creación”. Los dos se han ido de aquí con remordimientos de conciencia a llevar esas noticias al sanguinario Rey que aquí viene. (Entra el Rey Ricardo) ¡Te saludo, mi soberano señor!

Ricardo: Bondadoso Tyrrel, ¿soy feliz con tus noticias?
 Tyrrel: Si el haber hecho lo que encargasteis produce vuestra felicidad, sed feliz entonces: pues está hecho.

Ricardo: Pero ¿les viste muertos?
 Tyrrel: Les vi, señor.

Ricardo: ¿Y enterrados, amable Tyrrel?
 Tyrrel: El capellán de la Torre les enterró, pero, para decir verdad, no sé dónde.

Ricardo: Ven a verme, Tyrrel, poco después de cenar, y me contarás cómo fue su muerte. Mientras tanto, piensa sólo cómo puedo hacerte bien y sé heredero de tu deseo. Hasta entonces, adiós.

Tyrrel: Me despido humildemente. (Se va)

Ricardo: Al hijo de Clarence le he encerrado en secreto; a su hija la he casado en bajo matrimonio; los hijos de Eduardo duermen en el seno de Abraham, u Ana, mi mujer, ha dado las buenas noches al mundo. Ahora sé que el bretón de Richmond apunta a la joven Isabel, hija de mi hermano, y, con ese enlace, mira orgullosamente hacia la corona. Iré por ella, alegre y próspero cortejador. (Entra Catesby)

Catesby: ¡Señor!

Ricardo: ¿Noticias buenas o malas, que entras tan bruscamente?
 Catesby: Malas noticias, señor; Ely ha huido junto a Richmond; y Buckingham, respaldado por los fuertes galeses, está en campaña, aumentando sus fuerzas.

Ricardo: Ely, con Richmond, me molesta más de cerca que Buckingham con sus fuerzas reclutadas a toda prisa. Vamos, he aprendido que el temeroso comentar es plomizo acompañante de la lenta tardanza; la tardanza trae consigo la miseria impotente, de paso de caracol: entonces, ¡que la fogosa rapidez sea mi ala, Mercurio de Júpiter y heraldo de un rey! ¡Ve a reunir hombres! Mi decisión es mi escudo: hemos de ser rápidos cuando hay traidores en campaña. (Se van)

Escena IV

(Ante el Palacio)

Entra la Reina Margarita.

Margarita: ¡Sí! Ahora la prosperidad empieza a madurar y a desplomarse en la podrida boca de la muerte. Aquí, en este rincón, he acechado astutamente observando la caída de mis enemigos. Soy testigo de una horrible introducción, y me quiero ir a Francia, con esperanzas de que la continuación resultará igualmente amarga, negra y trágica. ¡Apártate, desdichada Margarita! ¿Quién llega ahí? (Se aparta. Entran la Reina Isabel y la Duquesa de York)

Isabel: ¡Ah, mis pobres príncipes; ah, mis tiernos niños! ¡Mis flores sin abrir; perfumes recién nacidos! Si vuestras dulces almas vuelas por el aire y no están sujetas a perpetua condenación, ¡revolotead en torno a mí con vuestras aéreas alas, y escuchad el lamento de vuestra madre!

Margarita: (aparte) ¡Volad a su alrededor! Decid que justicia por justicia ha ensombrecido vuestra aurora infantil en noche envejecida.

Duquesa: Tantas desgracias han quebrado mi voz que mi lengua, fatigada de dolor, está callada y muda. Eduardo Plantagenet, ¿por qué has muerto?

Margarita: (aparte) Un Plantagenet paga otro Plantagenet: un Eduardo por otro Eduardo deja en paz una deuda de muerte.

Isabel: Oh Dios, ¿quieres apartarte de tan dulces corderos y arrojarlos a las entrañas del lobo? ¿Cuándo has dormido mientras se hacía una cosa como ésa?

Margarita: (aparte) Cuando murió el santo Enrique, y mi dulce hijo.

Duquesa: Vida muerta, visión ciega, pobre aspecto mortal viviente, escena de aflicción, vergüenza del mundo, deuda de la tumba usurpada por la vida, breve extracto y noticias de días tediosos: descansa tu falta de descanso en la leal tierra de Inglaterra, (sentándose) deslealmente emborrachada con sangre inocente.

Isabel: ¡Ah, si ofrecieras una tumba tan fácilmente como puedes dar una sede de melancolía! Entonces ocultaría mis huesos, en vez de descansarlos aquí. ¡Ah! ¿Quién tiene razón para lamentarse si no nosotras? (Sentándose a su lado).

Margarita: Si la tristeza antigua es a más venerable, conceded a la mía la ventaja de la antigüedad, y dejad que mis penas nublen su ceño con primacía. Si la tristeza puede admitir compañía, (sentándose con ellas) repasad vuestras penas contemplando las mías: yo tuve un Eduardo, hasta que un Ricardo lo mató; tuve un Enrique, hasta que un Ricardo lo mató; y tú tuviste un Ricardo, hasta que un Ricardo lo mató.

Duquesa: Yo tuve también un Ricardo, y tú le mataste: yo tuve también un Rutland, y tú ayudaste a matarle.

Margarita: Tú tuviste también un Clarence, y Ricardo lo mató. De la perrera de tu vientre surgió un lebrél del infierno que nos persigue a todas hasta la muerte: ese perro, que tuvo dientes antes que ojos para afligir a los corderos y lamer su dulce sangre; ese turbio destructor de la obra de Dios; ese sobresaliente y grandioso

-
- tirano de la tierra, que reina en ojos encendidos de almas que lloran, tu vientre le dejó suelto, para que nos acosara hasta nuestras tumbas. Oh recto, justo Dios, de leales disposiciones, ¡cómo te agradezco que ese cachorro carnívoro haga presa en la progenie del cuerpo de su madre, haciéndola sentarse en el mismo banco de iglesia con el gemido de otras! Duquesa: ¡Ah, mujer de Enrique, no triunfes en mis penas! Dios me es testigo que he llorado por las tuyas.
- Margarita: Ten paciencia conmigo: estoy hambrienta de venganza, y ahora me sacio contemplándolo. Está muerto tu Eduardo, el que mató a mi Eduardo; muerto tu otro Eduardo, para pagar mi Eduardo; el joven York es sólo de propina, porque los dos juntos no igualaban la alta perfección del que perdí. Está muerto tu Clarence, el que apuñaló a mi Eduardo, y los que observaron esa trágica representación, los corrompidos Hastings, Rivers, Vaughan y Grey, están ahogados prematuramente en sus sombrías tumbas. Vive todavía Ricardo, el negro informador del infierno; conservado sólo como agente infernal, para comprar almas y mandarlas allá: pero cada vez más cerca, ya llega su final horrible y no compadecido; la tierra se abre, el infierno quema, los demonios rugen, los santos rezan, para que se le lleven enseguida de aquí. Cancela su letra de vida, amado Dios, te lo ruego, para que yo viva hasta decir: “¡Ha muerto el perro!”.
- Isabel: ¡AH! Tú profetizaste que llegaría el tiempo que desearía tu ayuda para maldecir a esa araña embotellada, a ese sucio sapo jorobado.
- Margarita: Entonces, te llamé vano ornamento de mi suerte, te llamé entonces pobre sombra, reina en pintura; la representación solamente de lo que yo era; la incitadora loa de un lúgubre espectáculo; elevada a lo alto, para ser precipitada a lo hondo; una madre sólo burlada con dos dulces niñitos; un sueño de lo que eras; una ostentosa bandera, para ser blanco de todos los tiros peligrosos; una señal de dignidad, un aliento, una burbuja; una reina en burlas, sólo para llenar la escena. ¿Dónde está ahora tu marido? ¿Dónde están tus hermanos? ¿Dónde están tus dos hijos? ¿En qué te complace? ¿Quién ruega y se arrodilla y dice: “Dios salve a la Reina”? ¿Dónde están los inclinados Pares que te adulaban? ¿Dónde están los agolpados tropeles que te seguían? Repasa todo eso y mira lo que eres ahora: en vez de una esposa feliz, una consternada viuda; en vez de madre gozosa, una que gime ese nombre; en vez de pretendida, una que pretende humildemente; en vez de reina, una cualquiera coronada de penas; en vez de la que me despreciaba, despreciada ahora por mí; en vez de temida de todos, temiendo ahora a uno solo; en vez de la que mandaba a todos, obedecida por ninguno. Así ha girado el rumbo de la fortuna, y te ha dejado hecha sólo una presa del tiempo, sin tener más pensamiento de lo que eras, para torturarte más, siendo lo que eres. Tú usurpaste mi lugar, y ¿no usurpas ahora la justa proporción de mi pena? Ahora tu orgulloso cuello soporta la mitad del tugo que me cargo y del que ahora retiro mi cabeza fatigada dejándote a ti todo su peso. ¡Adiós, esposa de York, y reina de la triste desdicha! Esas penas inglesas me harán sonreír en Francia.
- Isabel: ¡Ah, tú, hábil en maldiciones, espera un poco y enséñame a maldecir a mis enemigos!
- Margarita: Abandona el sueño de noche, y ayuna de día; compara la felicidad muerta con la pena viva; piensa que tus niñitos erab más lindos de lo que eran, y que quien los

-
- mató era más horrible de lo que es. Mejorar tu pérdida deja peor al malvado culpable: el dar vueltas a esto te enseñará a maldecir.
- Isabel: ¡Mis palabras son romas! ¡Ah, afílalas con las tuyas!
- Margarita: Tus penas las afilarán, y penetrarán como las mías. (Se va)
- Duquesa: ¿Por qué la calamidad ha de estar llena de palabras?
- Isabel: ¡Procuradoras de viento para sus clientes, las penas; aéreas herederas de alegrías sin testar, pobres oradoras anhelantes de las desgracias! Déjalas desahogarse: aunque lo que dicen no sirva para nada, alivian el corazón.
- Duquesa: Si así es, no sigas con la lengua atada: ven conmigo, y, con el aliento de agrias palabras ahoguemos a mi condenado hijo, que ahogó a tus dos dulces hijos. Oigo su trompeta: sé abundante en improperios. (Entra el Rey Ricardo y Séquito, en marcha, con tambores y trompetas.)
- Ricardo: ¿Quién me detiene en mi camino?
- Duquesa: ¡La que pudo haberte detenido estrangulándote en su maldito vientre, antes de todas las matanzas que has hecho, miserable!
- Isabel: ¿Escondes con una corona de oro esa frente donde deberían estar marcadas, si la justicia hallara justicia, la matanza del Príncipe que poseía esa corona y la horrible muerte de mis pobres hijos y hermanos?
- Duquesa: ¡Tú, sapo, tú, sapo!, ¿dónde está tu hermano Clarence? ¿Y el pequeño Eduardo Plantagenet, su hijo?
- Isabel: ¿Dónde está el noble Rivers, y Vaughan, y Grey?
- Duquesa: ¿Dónde está el buen Hastings?
- Ricardo: ¡Tocad, trompetas! ¡Tocad el arma, tambores! ¡No dejéis que los cielos oigan a estas mujeres chismosas calumniando al ungido del Señor! ¡Tocad, digo! (Toques al arma) O tened paciencia, o rogadme por las buenas, o si no, con el estruendo clamoroso de la guerra, ahogaré así vuestros clamores.
- Duquesa: ¿Eres mi hijo?
- Ricardo: Sí, gracias a Dios, a mi padre y a vos misma.
- Duquesa: Entonces escucha pacientemente mi reproche.
- Ricardo: Señora, he salido un poco a tu manera de ser, en que no puedo soportar el acento de reprimenda.
- Duquesa: ¡Ah, déjame hablar!
- Ricardo: Habla, entonces, pero no te escucharé.
- Duquesa: Seré benigna y suave en mis palabras.
- Ricardo: Y breve, buena madre, porque tengo prisa.
- Duquesa: ¿Tanta prisa, tienes? Yo he tenido paciencia por ti, bien sabe Dios, con tormento y agonía.
- Ricardo: ¿Y no llegué al final para consolarte?
- Duquesa: No, por la Santa Cruz, lo sabes muy bien: viniste a la tierra para hacer mi infierno en la tierra. Tu nacimiento fue para mí una carga penosa; tu niñez fue difícil y caprichosa; tus días de escolar, terribles, desesperados, locos, furiosos; el principio de tu hombría, temerario, arrojado, aventurero; tu madurez, altiva, orgullosa, sutil, maliciosa y sanguinaria; más benigna, pero más religiosa; bondadosa en el odio: ¿qué hora de consuelo puedes señalar que alguna vez me alegrara de tu compañía?
- Ricardo: A fe, ninguna sino la hora del hambre que llamó a Vuestra Alteza a almorzar una vez lejos de mí compañía. Si tan desagradable soy a vuestros ojos, dejadme seguir en marcha, señora, sin ofenderos. ¡Tocad el tambor!

-
- Duquesa: Te ruego que me oigas.
- Ricardo: Hablas con demasiada aspereza.
- Duquesa: Óyeme una palabra, porque no volveré a hablarte jamás.
- Ricardo: Sea.
- Duquesa: O tú morirás por justa disposición de Dios, antes de volver vencedor de esta guerra; o yo pereceré de dolor y de vejez, sin volver a mirarte a la cara: así que llévate contigo mi más pesada maldición, que, en el día de la batalla, te fatigue más que toda la armadura completa que llevas. Mis oraciones combaten en el bando enemigo; allí las pequeñas almas de los hijos de Eduardo susurran a los espíritus de tus enemigos y les prometen éxito y victoria. Sanguinario eres, y sanguinario será tu fin; vergüenza merece tu vida, y acompaña a tu muerte. (Se va)
- Isabel: Aunque con más motivos, en mí hay menos espíritu de maldecir; le digo amen. (Se dispone a marchar)
- Ricardo: Esperas, señora: debo deciros una palabra.
- Isabel: No tengo hijos de sangre real para que los asesines, pues mis hijas, Ricardo, serán monjas en oración, no reinas en llanto; así que no apuntes para herir sus vidas.
- Ricardo: Tienes una hija llamada Isabel, virtuosa y hermosa, noble y graciosa.
- Isabel: ¿Y ha de morir por eso? Ah, déjala vivir, y yo corromperé sus maneras y mancharé su belleza; calúmniamelo como infiel al lecho de Eduardo; arroja sobre ella el velo de la infamia; para que pueda vivir intacta de sangrienta matanza, yo declararé que no era hija de Eduardo.
- Ricardo: No agravies su nacimiento; es de sangre real.
- Isabel: Para salvar su vida, diré que no lo es.
- Ricardo: Su vida está más segura sólo por su nacimiento.
- Isabel: Y sólo por esa seguridad murieron sus hermanos.
- Ricardo: Mira, cuando ellos nacieron las estrellas buenas eran contrarias.
- Isabel: No, cuando vivieron los amigos malos fueron contrarios.
- Ricardo: Todo lo inevitable es sentencia del destino.
- Isabel: Verdad, cuando la gracia evitada hace destino: mis hijos estaban destinados a mejor muerte si la gracia te hubiera dado la bendición de mejor vida.
- Ricardo: Hablas como si yo hubiera matado a mis sobrinos.
- Isabel: Sí, sobrinos, y no sobrados de consuelo, ni reinado, ni parientes, ni libertad, ni vida, por culpa de su tío. La mano que traspasó sus tiernos corazones estaba guiada indirectamente por tu cabeza; sin duda el cuchillo asesino estaba romo y mellado hasta que se afiló en tu pétreo corazón para hacer festín en las entrañas de mis corderos. Si no fuera porque la muda costumbre del dolor amansa el loco dolor, mi lengua no nombraría a mis hijos ante tus oídos sin antes mis uñas anclaran en tus ojos; y yo, en tan desesperado golfo de muerte, como una pobre barquilla privada de velas y jarcias, me precipitara en pedazos contra tu rocoso corazón.
- Ricardo: Señora, que tenga yo tanta prosperidad en mi empresa y arriesgado éxito en las sangrientas guerras, como pretendo haceros mayor bien, a vos y a los vuestros, que todo daño que jamás hayáis recibido de mí, vos y los vuestros.
- Isabel: ¿Qué bien cubre la faz del cielo, aún por descubrir, que me pueda hacer bien?
- Ricardo: La elevación de vuestros hijos, amable señora.
- Isabel: ¿A algún cadalso, para perder en él las cabezas?

- Ricardo: No, a la dignidad y la altura del honor, al alto arquetipo imperial de la gloria de esta tierra.
- Isabel: Lisonjea mi esperanza contándolo: dime ¿qué situación, qué dignidad, qué honor puedes conferir a algún hijo mío?
- Ricardo: Todos los que tengo, justamente: sí, y yo mismo y todo, quiero dotar a uno de tus hijos, para que en el Leteo de tu alma iracunda ahogues el triste recuerdo de esos agravios que supones que te he hecho.
- Isabel: Sé breve, no sea que el declarar tu bondad tarde más que en decirse que lo que dure tu bondad.
- Ricardo: Entonces, has de saber que quiero a tu hija con el alma.
- Isabel: La madre de mi hija lo cree con el alma.
- Ricardo: ¿Qué crees?
- Isabel: Que quieras a mi hija con el alma; y así, con el amor de tu alma, amaste a sus hermanos, y con el amor de mi alma, te lo agradezco.
- Ricardo: No seas tan precipitada en confundir lo que quiero decir: quiero decir que amo a tu hija con toda mi alma, y pretendo hacerla reina de Inglaterra.
- Isabel: Bien, entonces, ¿quién pretendes que ha de ser su Rey?
- Ricardo: El mismo que la ha de hacer Reina: ¿quién, si no, iba a ser?
- Isabel: ¿Quién, tú?
- Ricardo: Yo mismo: ¿qué te parece, señora?
- Isabel: ¿Cómo puedes cortejarla?
- Ricardo: Eso quiero que me digas, como quien conoce mejor su humor.
- Isabel: ¿Y quieres que te lo diga yo?
- Ricardo: Con todo el corazón, señora.
- Isabel: Envíale, con el hombre que mató a sus hermanos, un par de corazones sangrantes, y graba en ellos “Eduardo y York”; quizá entonces llorará: por consiguiente, regálale un pañuelo -como una vez Margarita le dio a tu padre, empapado en sangre de Rutland-, y dile que absorbió la purpúrea sabia de los cuerpos de sus dulces hermanos, rogándole que se seque con él los ojos. Si esta persuasión no la mueve al amor, envíale una carta con tus nobles acciones: cuéntale que tú suprimiste a su tío Clarence, y a su tío Rivers; y además que, en atención a ella, despachaste rápidamente a su tía Ana.
- Ricardo: Te burlas de mí, señora: no es ése el modo de ganar a tu hija.
- Isabel: Pues no hay otro modo; a no ser que pudieras vestirte de otra forma, y no ser Ricardo, que ha hecho todo eso.
- Ricardo: ¿Y si hubiera llevado a cabo todo eso por su amor?
- Isabel: Ah, entonces no tendría más remedio que amarte, habiendo comprado el amor con tan sangriento despojo.
- Ricardo: Mira, lo que está hecho no se puede remediar ya: los hombres a veces obran sin prudencia, y las horas posteriores les dan tiempo para arrepentirse. Si yo les quité el reino a tus hijos para enmendarlo, se lo daré a tu hija. Si he matado la progenie de tu vientre, para animar vuestra propagación engendraré progenie de mi sangre en tu hija; el nombre de abuela es poco menos en cariño el tierno título de madre; son como hijos sólo un escalón más abajo, de tu mismo temple, de tu misma sangre; todos de un mismo dolor, salvo por una noche de gemidos sufrida por aquella por la que tuviste igual sufrimiento. Tus hijos fueron molestia de tu juventud, pero los míos serán un consuelo para tu vejez. La pérdida que tienes es sólo de un hijo Rey, y con esa pérdida, tu hija se hace

- Reina. No puedo compensarte en todo lo que querría, así que acepta el favor que puedo. A tu hijo Dorset, que con alma temerosa de pasos descontentos en suelo extranjero, esta hermosa alianza hará volver a la patria, para tener alta elevación y gran dignidad: el Rey que llama esposa a vuestra bella hija, llamará hermano con familiaridad a Dorset; otra vez serás madre de un Rey, y todas las ruinas de los tiempos de catástrofe se repararán con dobles riquezas de contento. ¡Qué!, tenemos muchos días excelentes por ver: las fluidas gotas de las lágrimas que has vertido volverán otra vez, transformadas en perlas de Oriente, aumentando su préstamo con intereses de veinte veces más felicidad. Ve, entonces, madre mía, ve a ver a tu hija: anima sus tímidos años con tu experiencia, prepara sus oídos para escuchar los relatos de un cortejador; pon en su tierno corazón la llama ambiciosa de la áurea soberanía; va a conocer a la Princesa las dulces horas silenciosas de los gozos matrimoniales; y cuando este brazo mío haya castigado al mezquino rebelde, al necio Buckingham, volveré ceñido de guirnaldas victoriosas y llevaré a tu hija al lecho de un vencedor; a ella le entregaré mis conquistas obtenidas, y ella será la única vencedora: la César del César.
- Isabel: ¿Qué sería mejor que le dijera? ¿Que el hermano de su padre quiere ser su señor? ¿O le diré, su tío? ¿O el que mató a sus hermanos y a sus tíos? ¿Bajé qué título la cortejaré por ti, que Dios, la justicia, mi honor y su amor puedan hacer parecer grato a sus tiernos años?
- Ricardo: Logra con esta alianza la paz de la hermosa Inglaterra.
- Isabel: Que ella adquirirá con guerra perdurable.
- Ricardo: Dile que se lo ruega el Rey, que puede mandar.
- Isabel: Algo, por su parte, que prohíbe el Rey de Reyes.
- Ricardo: Dile que será una alta y poderosa Reina.
- Isabel: Para lamentar su título, como su madre.
- Ricardo: Dile que la querré eternamente.
- Isabel: Pero ¿cuánto durará ese título de “eternamente”?
- Ricardo: Dulcemente en vigencia hasta el fin de su clara vida.
- Isabel: Pero, con claridad, ¿cuánto puede durar su dulce vida?
- Ricardo: Tanto como la prolonguen el cielo y la naturaleza.
- Isabel: Tanto como les parezca bien al infierno y a Ricardo.
- Ricardo: Dile que yo, su soberano, soy su humilde súbdito.
- Isabel: Pero ella, vuestra súbdita, aborrece tal soberanía.
- Ricardo: Sé elocuente por mi causa ante ella.
- Isabel: Una declaración honrada adelanta más dicha con sencillez.
- Ricardo: Entonces, dile con sencillez mi declaración de amor.
- Isabel: Con sencillez y sin honradez, es un estilo demasiado duro.
- Ricardo: Tus motivos son demasiado superficiales y demasiado vivos.
- Isabel: Oh no, mis motivos son demasiado profundos y demasiado muertos: demasiado profundos y muertos, pobres niños, en sus tumbas.
- Ricardo: No toques más esa cuerda: es cosa pasada.
- Isabel: Seguiré tocando esa cuerda hasta que se rompan las cuerdas del corazón.
- Ricardo: Entonces, por mi San Jorge, mi Jarretera y mi corona...
- Isabel: Profanado, deshonorada y, la última, usurpada.
- Ricardo: ... juro...

- Isabel: Por nada: pues no es juramento. Tu San Jorge, profanado, ha perdido su sagrado honor; tu Jarretera, infamada, ha empeñado su virtud caballeresca; tu corona, usurpada, ha deshonrado su gloria real. Si quieres jurar algo para ser creído, jura, entonces, por algo que no hayas injuriado.
- Ricardo: Entonces, por el mundo...
- Isabel: Está lleno de tus turbias maldades.
- Ricardo: ... por la muerte de mi padre...
- Isabel: Tu vida la ha deshonrado.
- Ricardo: entonces, por mí mismo...
- Isabel: Has usado mal de ti mismo.
- Ricardo: Bien, entonces, por Dios...
- Isabel: La ofensa a Dios es la mayor de todas. Si hubieras temido quebrantar un juramento hecho por Él. La unidad que hizo mi marido el Rey no se habría roto, ni mi hermano habría muerto; si hubieras temido quebrantar un juramento hecho por Él, el metal imperial que ahora rodea tu cabeza hubiera agraciado las tiernas sienes de mi hijo; y los dos príncipes estarían aquí, respirando, mientras que ahora, compañeros de cama demasiado tiernos para el polvo, tu fe quebrantada les ha hecho presa de los gusanos. ¿Por qué puedes jurar ya?
- Ricardo: Por el porvenir.
- Isabel: Lo has ofendido en el tiempo pasado; pues yo misma tengo que lavar con muchas lágrimas el tiempo venidero, por el tiempo pasado que ofendiste. Viven niños a cuyos padres has matado, jóvenes sin protección, para gemirlo en su vejez; viven padres de cuyos hijos fuiste matarife, viejas plantas baldías, para gemirlo en su vejez. No jures por el porvenir, pues has abusado de él antes de usarlo, por el tiempo que usaste mal en el pasado.
- Ricardo: Como tengo intención de prosperar y arrepentirme, ¡así prospere en mi peligroso intento contra las armas hostiles! ¡Yo mismo confunda a mí mismo! ¡El cielo y la fortuna me nieguen horas felices! ¡Día, no me concedas la luz, ni tú, noche, tu descanso! ¡Séanme contrarios a mi intento todos los planetas de buena suerte, si no amo a tu hermosa hija la princesa con amor de puro corazón, con devoción inmaculada, y pensamientos sanos! En ella, reside mi felicidad y la tuya: sin ella, para mí y para ti, para ella, para el país y muchas almas cristianas, habrá muerte, desolación, ruina y hundimiento. No se puede evitar sino así. Por tanto, querida madre -debo llamarte así-, sé procuradora de mi amor ante ella: alega lo que quiero ser, no lo que he sido; no mis méritos, sino lo que mereceré; apremia la necesidad y la situación de los tiempos, y no se te encuentre displicente en grandes designios.
- Isabel: ¿Seré así tentada por el diablo?
- Ricardo: Sí, si el diablo te tienta a hacer el bien.
- Isabel: ¿Me olvidaré de ser yo misma?
- Ricardo: Sí, si te ofende el recuerdo de ti misma.
- Isabel: Pero tú mataste a mis hijos.
- Ricardo: Pero los enterraré en el vientre de tu hija: donde, en tal nido de aromas, darán cría de sí mismos para volverte a consolar.
- Isabel: ¿He de ganar a mi hija para tu voluntad?
- Ricardo: Y serás una madre feliz por tal acción.
- Isabel: Iré. Escríbeme pronto, y sabrás por mí lo que ella piensa.

- Ricardo: Llévale mi beso de verdadero amor: y con eso, adiós. (La besa. Se va la Reina Isabel) ¡Dócil idiota, mujer cambiante y superficial! (Entra Ratcliff y le sigue Catesby.) ¿Qué hay? ¿Qué noticias?
- Ratcliff: Mi augusto soberano, en la costa occidente navega una poderosa flota; en la orilla se agolpan muchos amigos dudosos y de corazón hueco, desarmados, y nada resueltos a rechazarles. Se dice que Richmond es su almirante, y han fondeado allí, esperando sólo la ayuda de Buckingham que les dé la bienvenida para desembarcar.
- Ricardo: Enviad alguien de pies ligeros al duque de Norfolk: Ratcliff, tú mismo, o Catesby; ¿dónde está?
- Catesby: Aquí, mi buen señor.
- Ricardo: Catesby, ¡ve volando a ver al Duque!
- Catesby: Iré, señor, con toda la prisa conveniente.
- Ricardo: ¡Ratcliff, ven acá! Ve a toda prisa a Salisbury: cuando llegues allá... (A Catesby) ¡Idiota, rufián descuidado!, ¿por qué te quedas ahí, sin ir a ver al Duque?
- Catesby: Primero, poderoso soberano, decidme lo que queréis, para que se lo comunique de parte de Vuestra Majestad.
- Ricardo: Ah, es verdad, buen Catesby: di que reclute enseguida la mayor fuerza de hombres que pueda reunir, y que me vaya a encontrar enseguida en Salisbury.
- Catesby: Voy. (Se va)
- Ratcliff: Con vuestra licencia, ¿qué haré en Salisbury?
- Ricardo: ¡Cómo! ¿Qué quieres hacer allí antes que vaya yo?
- Ratcliff: Vuestra Majestad me dijo que fuera a toda prisa. (Entra Stanley)
- Ricardo: He cambiado de idea. Stanley, ¿qué noticias traes?
- Stanley: Ninguna, mi soberano, buena para agradaos al aescucharla: y ninguna tan mala que no se pueda contar bien.
- Ricardo: ¡Oh, una adivinanza! ¡Ni buena ni malas! ¿Para qué necesitas correr tantas millas, si puedes contar tu cuento del modo más corto? Te repito, ¿qué noticias hay?
- Stanley: Richmond se ha hecho a la mar.
- Ricardo: Pues que se hunda allí, y los mares le cubran, ¡renegado de hígado blanco! ¿Qué hace allí?
- Stanley: No lo sé, poderoso soberano, sino por suponérmelo.
- Ricardo: Bueno, ¿qué te supones?
- Stanley: Agitado por Dorset, Buckingham y Morton, se dirige a Inglaterra, aquí, a pretender la corona.
- Ricardo: ¿Está vacío el trono? ¿No hay quien blanda posesión? ¿Ha muerto el Rey? ¿Está el imperio sin posesión? ¿Qué otro heredero de York está vivo, si no yo? Entonces, dime, ¿qué hace en los mares?
- Stanley: Si no es por eso, soberano, no puedo adivinarlo.
- Ricardo: Si no viene para ser tu soberano, no puedes adivinar para qué viene él de Gales. Tú te rebelarás y huirás con él, me temo.
- Stanley: No, poderoso señor. Así que no desconfiéis de mí.
- Ricardo: ¿Dónde están entonces tus fuerzas para rechazarle? ¿Dónde estás tus vasallos y tus seguidores? ¿No están ahora en la orilla de occidente, ayudando a los invasores a bajar sanos y salvos de los barcos?
- Stanley: No, mi buen señor: mis amigos están en el norte.

-
- Ricardo: Fríos amigos para mí: ¿qué hacen en el norte cuando deberían servir a su soberano en occidente?
- Stanley: No se les mandó, poderoso Rey: si place a Vuestra Majestad darme licencia, yo reuniré a mis amigos, y encontraré a Vuestra Majestad dónde y cuándo desee.
- Ricardo: Eso, eso, querías irte para unirme a Richmond: no me fio de ti. Stanley: Poderosísimo soberano: no tenéis causa para considerar dudosa mi amistad, nunca fui ni seré falso.
- Ricardo: Ve, entonces, y reúne hombres. Pero deja atrás a tu hijo, George Stanley: mira que tu fidelidad sea firme, o si no, la seguridad de su cabeza es frágil.
- Stanley: Trátadle conforme yo os resulte fiel. (Se va. Entra un mensajero)
- Mensajero: Mi augusto soberano, ahora, en Devonshire, según me avisan unos amigos, sir Edward Courtney, y ese altanero prelado, el obispo de Extere, su hermano mayor, se han levantado en armas, con muchos aliados más. (Entra un segundo mensajero)
- Mensajero 2º: En Kent, señor, los Guildford están en armas; y cada hora, más competidores acuden en rebaños a los rebeldes, y se refuerza su poderío. (Entra un tercer mensajero)
- Mensajero 3º: Señor, el ejército del gran Buckingham...
- Ricardo: ¡Fuera con vosotros, búhos! ¿Sólo cantos de muerte? (Lo golpea) Toma, quédate esto, hasta que traigas mejores noticias.
- Mensajero 3º: Las noticias que traigo para decir a Vuestra Majestad es que, por súbitas inundaciones y aguaceros, el ejército de Buckingham está disperso y disuelto; y él mismo se ha marchado solo: nadie sabe adónde.
- Ricardo: Ah, te pido perdón: aquí está mi bolsa para curarte ese golpe. ¿Ha anunciado recompensa algún amigo prudente para quien traiga al traidor?
- Mensajero 3º: Se ha hecho ese anuncio, señor. (Entra un cuarto mensajero)
- Mensajero 4º: Sir Thomas Lovel y el marqués de Dorset, se dice, señor, que están en armas en Yorkshire. Pero traigo a Vuestra Majestad este buen consuelo: la flota de Bretaña ha sido dispersada por la tempestad; Richmond, en Dorsethire, ha mandado una lancha a la orilla a preguntar a los de tierra si eran aliados suyos o no: y ellos respondieron que venían de parte de Buckingham para unirse a su bando; él, desconfiando de ellos, izó velas y se volvió a Bretaña.
- Ricardo: ¡Adelante, adelante, ya que estamos en armas! Si no para luchar con enemigos extranjeros, para derribar a los rebeldes que están en la patria. (Vuelve a entrar Catesby)
- Catesby: Soberano, el duque de Buckingham está preso: esa es la mejor noticia; más frío informe, pero que debe decirse es que el conde de Richmond ha desembarcado con una poderosa fuerza en Milford.
- Ricardo: ¡Vamos a Salisbury! Mientras conversamos aquí, podría ganarse o perderse una batalla por el reino: tome alguno la orden de que lleven a Buckingham a Salisbury; los demás vengán conmigo. (Marcha militar. Se va)

Escena V

(En casa de Lord Derby)

Entran Stanley y Sir Christopher Urswick.

Stanley: Sir Christopher, decid esto a Richmond de mi parte: que mi hijo George Stanley está apresado en rehenes en la cochiguera del más sanguinario jabalí: si me

-
- rebelo cae la cabeza del joven George, y el temor de esto me impide ayudarle ahora. Pero decidme, ¿dónde está ahora el egregio Richmond?
- Urswick: En Pembroke, o en Harford-west, en Gales.
- Stanley: ¿Qué hombres de fama se unen a él?
- Urswick: Sir Walter Herbert, famoso soldado; sir Gilbert Talbot, sir William Stanley; Oxford, el temido Pembroke; sir James Blunt, y Rice de Thomas, con una valerosa tropa, así como muchos otros de gran fama y valor. Hacia Londres dirigen su rumbo, si no les dan combate por el camino.
- Stanley: Bien, apresuraos a ver a vuestro señor: dadle mis saludos; decidle que la Reina ha consentido de corazón que se case con su hija Isabel. Esta carta le aclarará mis intenciones. Adiós. (Se van)

Acto quinto

Escena I

(En Salisbury. Una plaza)

Entran el Sheriff y Guardias, con Buckingham llevándole a ser ejecutado.

Buckingham: ¿No me dejará el rey Ricardo hablar con él?

Sheriff: No, mi buen señor. Así que tened paciencia.

Buckingham: ¡Tú, Hastings, y vosotros, hijos de Eduardo, y Rivers, Grey, santo rey Enrique, y tu claro hijo Eduardo, Vaugham, y todos los que caísteis por la oculta corrompida y turbia injusticia! ¿Quizá vuestras almas iracundas y agraviadas observan esta hora a través de las nubes? Hoy es el día de los Difuntos, ¿no es verdad, amigos?

Sheriff: Sí, señor.

Buckingham: Ah, entonces, el día de los Difuntos es el día del juicio para mi cuerpo. Hoy es el día que, en tiempo del rey Eduardo, deseé que cayera sobre mí, cuando resulté traidor a sus hijos y los parientes de su mujer; hoy es el día en que me deseé caer por la falsía de aquel en quien más me fiaba; hoy, el día de las ánimas, es para mi alma la fecha en que se han emplazado mis ofensas. Aquel que todo lo ve, en lo alto, de quien me burlé, ha hecho caer sobre mi cabeza mis fingidas oraciones, y me ha dado en serio lo que pedí en broma. Así obliga Él a las espadas de los hombres perversos a que vuelvan las puntas contra el pecho de sus dueños. Así cae pesadamente en mi cuello la maldición de Margarita: "cuando se te parta el corazón de tristeza", dijo, "acuérdate de que Margarita fue una profetiza". Vamos, señores, llevadme al tajo de infamia: la maldad sólo obtiene maldad, y la culpa recibe su deuda de culpa. (Se van)

Escena II

(Llanura junto a Tamworth)

Entran con tambor y bandera, Richmond, Oxford, Sir James Blunt, Sir Walter Herbert y otros, con fuerzas en marcha.

Richmond: Compañeros de armas, y mis más cariñosos amigos, aplastados bajo el yugo de la tiranía, hasta aquí, por las entrañas del país, hemos avanzado sin impedimento; y aquí recibimos, de nuestro padre Stanley, líneas de buen consuelo y estímulo. El miserable jabalí, sanguinario y usurpador, que asolaba vuestros campos de estío y vuestras viñas con fruto, y vierte vuestra sangre caliente como lavazas, y hace su comedero en vuestros cuerpos destripados; ese sucio cerdo está situado ahora en el centro de esta isla, cerca de la ciudad de

-
- Leicester según se nos dice: de Tamworth hasta allí sólo hay un día de marcha. En nombre de Dios, avancemos con buen ánimo, valerosos amigos, para recoger la cosecha de la paz perpetua con esta sola prueba de sangre de la dura guerra.
- Oxford: La conciencia de cada hombre es como mil espadas para luchar contra ese culpable homicida. Herbert: No dudo que sus amigos nos atacarán.
- Blunt: No tiene más amigos que los que son amigos por miedo, que se le echarán atrás en su mayor necesidad.
- Richmond: Todo para nuestra ventaja. Entonces, en nombre de Dios, marchad: la verdadera esperanza es veloz, y vuela con alas de golondrina; de los reyes, hace dioses, y de las criaturas más bajas, reyes. (Se van)

Escena III

(Campo de Bosworth)

Entran el Rey Ricardo, con Fuerzas, el Duque de Norfolk, el Conde de Surrey y otros.

- Ricardo: Plantad aquí nuestras tiendas, aquí, en el campo de Bosworth. Lord Surrey, ¿por qué tenéis esa cara tan triste?
- Surrey: Mi corazón está diez veces más ligero que mi cara.
- Ricardo: Lord Norfolk.
- Norfolk: Aquí estoy, mi augusto señor.
- Ricardo: Norfolk, tenemos que andar con golpes; ¿eh, no es verdad?
- Norfolk: Tenemos que darlos y recibirlos, mi afectuoso señor.
- Ricardo: ¡Poned mi tienda! Esta noche dormiré aquí. (Los soldados empiezan a montar la tienda del Rey). Pero ¿dónde mañana? Bueno, lo mismo da. ¿Quién ha contado el número de los traidores?
- Norfolk: Seis o siete mil, todo lo más, son sus fuerzas.
- Ricardo: Vaya, nuestro ejército es el triple de esa cuenta: además, el nombre del Rey es una torre de fuerza, que a ellos les falta en el bando opuesto. ¡Arriba la tienda! Vamos, vamos, caballeros, observemos las ventajas del terreno: llamada a algunos hombres de buen consejo; que no falte disciplina, no haya tardanza, pues, señores, mañana es un día atareado. (Se van) En el otro lado del campo, entran Richmond, Sir William Brandon, Oxford y otros. Algunos soldados montan la tienda de Richmond.
- Richmond: El fatigado sol ha hecho un dorado ocaso, y, por la luminosa huella de su ardiente carro, da promesa de un buen día para mañana. Sir William Brandon, tú llevarás el estandarte. Dadme papel y tinta en mi tienda: trazaré la forma y modelo de nuestras fuerzas, limitando a cada jefe a su mando separado, y distribuyendo en justa proporción nuestra escasa tropa. Tú, lord Oxford, tú, sir William Brandon, y tú, sir Walter Herbert, quedaos conmigo. El conde de Pembroke se queda con su regimiento: buen capitán Blunt, llevadle mis buenas noches, y decidle al Conde que me venga a ver a mi tienda a las dos de la mañana; pero aún queda una cosa, buen capitán, que hacer por mí: ¿dónde está acampado lord Stanley, sabéis?
- Blunt: Si no he confundido mucho sus banderas, y estoy bien seguro de que no ha sido así, sus fuerzas están a media milla al menos, al sur de las poderosas fuerzas del Rey.
- Richmond: Si es posible sin peligro, mi buen Blunt, buscad buenos medios de hablar con él y dadle de mi parte esta nota de gran urgencia.

-
- Blunt: ¡Por mi vida, señor, que lo emprenderé! Y así, Dios os dé esta noche buen descanso.
- Richmond: Buenas noches, capitán Blunt. Vamos, caballeros, discutamos sobre el asunto de mañana en mi tienda: el aire es frío y crudo. (Se retiran dentro de la tienda. Vuelve a entrar hacia su tienda el Rey Ricardo, Norfolk, Ratcliff, Catesby y otros.)
- Ricardo: ¿Qué hora es?
- Catesby: Es hora de cenar, señor: son las nueve.
- Ricardo: No voy a cenar esta noche. Dadme tinta y papel. ¿Qué, tengo la celada más cómoda que antes? ¿Y han puesto toda mi armadura en mi tienda?
- Catesby: Está, Majestad: y todas las cisas están dispuestas.
- Ricardo: Buen Norfolk, vete a tu mando; pon vigilancia cuidadosa, usa centinelas de confianza.
- Norfolk: Iré, señor.
- Ricardo: Levántate mañana con la alondra, amable Norfolk.
- Norfolk: Os lo aseguro, señor. (Se va.)
- Ricardo: ¡Catesby!
- Catesby: ¿Señor?
- Ricardo: Envía un mensajero real al campamento de Stanley, y dile que traiga sus fuerzas antes que salga el sol, si no quiere que su hijo George caiga en la ciega cueva de la noche eterna. (Se va Catesby) Llenadme un jarro de vino. Dadme una vela. Ensilla a Surrey el blanco para mañana en el campo. Procura que mis astas sean sólidas, y no demasiado pesadas. Ratcliff...
- Ratcliff: ¿Señor?
- Ricardo: ¿Viste al melancólico lord Northumberland?
- Ratcliff: Thomas, conde de Surrey, y él mismo, hacia la jora en que se acuestan las gallinas, fueron de tropa en tropa, por el ejército, animando a los soldados.
- Ricardo: Entonces estoy satisfecho. Dame un jarro de vino: no tengo esa agilidad de espíritu, esa alegría de ánimo que solía tener. Déjalo ahí. ¿Están preparados el papel y la tinta?
- Ratcliff: Están, señor.
- Ricardo: Di a mi guardia que vigile y déjame. Ratcliff, hacia la medianoche ven a mi tienda y ayúdame a armarme. Déjame, digo. (El Rey Ricardo se retira a su tienda y duerme. Se van Ratcliff y los otros. Se abre la tienda de Richmond, y se le ve a él, con su Oficiales, etc. Entra Stanley.)
- Stanley: ¡La fortuna y la victoria se asienten en tu yelmo!
- Richmond: ¡Sea para tu persona todo lo bueno que pueda dar la noche oscura, noble padrastro! Dime, ¿cómo está nuestra querida madre?
- Stanley: Yo, por procura, te traigo la bendición de tu madre, que reza continuamente por el bien de Richmond; pero dejemos eso. Las silenciosas horas se deslizan, y la tiniebla en copos se rompe a Oriente. Brevemente, pues nos lo manda la ocasión: prepara a tus tropas al comenzar la mañana, y confía tu suerte al arbitraje de los sangrientos golpes y la guerra de mortal mirada. Yo, en lo que pueda -no puedo hacer lo que querría-, engañaré el tiempo aprovechando todo lo que pueda, para ayudarte en este dudoso choque de armas; pero no puedo ponerme mucho de tu parte, no sea que, si se me ve, tu hermano, el tierno George, sea ejecutado a la vista de su padre. Adiós: la falta de tiempo y la ocasión temerosa abrevia los ceremoniosos votos de amor y el amplio intercambio de dulce conversación en

- que deberían demorarse amigos tanto tiempo separados: ¡Dios nos dé reposo para esos ritos del amor! Una vez más, adiós. ¡Sé valiente, y buena suerte!
- Richmond: Buenos señores, acompañadle a su campamento; yo, aun con el molesto ruido, trataré de echar un sueñecito, no sea que la plomiza somnolencia me abruma mañana, cuando debería elevarme con alas de victoria. Una vez más, buenas noches, amables señores y caballeros. (Se van los Oficiales, etc., con Stanley) ¡Ah! Tú, cuyo capitán me considero, mira a mis fuerzas con ojos graciosos; pon en sus manos tus hirientes hierros de cólera, para que caigan, con pesado golpe, sobre los usurpadores yelmos de nuestros adversarios! ¡Haznos tus ministros de castigo, para que podamos alabarte en tu victoria! A ti te encomiendo mi alma vigilante, antes de dejar caer las ventanas de mis ojos: dormido o despierto, ¡defiéndeme siempre! (Duerme. Entra el espectro del Príncipe Eduardo, hijo del Rey Enrique VI -entre las dos tiendas-)
- Espectro: (A Ricardo) ¡Déjame posarme pesadamente mañana sobre tu alma! Recuerda cómo me apuñalaste en la flor de mi juventud en Tewksbury: ¡desespérate, por eso, y muere! (A Richmond) ¡Ten ánimo, Richmond, pues las almas agraviadas de los príncipes asesinados luchan por ti! Richmond, la progenie del rey Enrique te da fuerzas. (Entra el espectro del Rey Enrique VI.)
- Espectro: (A Ricardo) Cuando yo era mortal, tú traspasaste mi cuerpo ungido llenándolo de agujeros mortales; acuérdate de la Torre y de mí: ¡Enrique VI te manda que desesperes y mueras! (A Richmond) ¡Virtuoso y santo, sé tú el vencedor! Enrique, que profetizó que serías Rey, te conforta en sueños: ¡vive y florece! (Entra el espectro de Clarence.)
- Espectro: (A Ricardo) ¡Mañana me posaré pesadamente en tu alma! ¡Yo, que fui lavado para la muerte con horrible vino, el pobre Clarence, entregado a traición a la muerte por tu culpa! Mañana en la batalla acuérdate de mí, y caiga tu espada sin filo: ¡desespera y muere! (A Richmond) Tú, retoño de la casa de Lancaster, los injuriados herederos de York rezan por ti: ¡los ángeles buenos defiendan a tus tropas! ¡Vive y florece! (Entran los espectros de Rivers, Grey y Vaughan.)
- Espectro de Rivers: (A Ricardo) ¡Me posaré pesadamente en tu alma mañana, yo, Rivers, que morí en Pomfret! ¡Desespera y muere!
- Espectro de Grey: (A Ricardo) ¡Acuérdate de Grey, y que tu alma desespere!
- Espectro de Vaughan: (A Ricardo) Acuérdate de Vaughan, y, con temor culpable, ¡deja caer la lanza, desespera y muere! (Los tres a Richmond) ¡Despierta y piensa que nuestros agravios están en el pecho de Ricardo y le dominarán! ¡Despierta, y gana la batalla! (Entra el espectro de Hastings.)
- Espectro de Hastings: (A Ricardo) ¡Sangriento y culpable, despierta culpablemente, y acaba tus días en sanguinaria batalla! ¡Acuérdate de Lord Hastings: desespera y muere! (A Richmond) ¡Tranquila alma sin agitación, despierta, despierta! ¡Ármate, lucha y vence, por el bien de la hermosa Inglaterra! (Entran los espectros de los dos Príncipes niños.)
- Espectros: (A Ricardo) Sueña con tus sobrinos ahogados en la Torre: ¡seremos plomo en tu pecho, Ricardo, y te abrumaremos con tu peso para la ruina, la vergüenza y la muerte! ¡Las almas de tus sobrinos te mandan desesperar y morir! (A Richmond) Duerme, Richmond, duerme en paz, y despierta con alegría: ¡los ángeles buenos te guarden del daño del jabalí! ¡Vive, y engendra una feliz raza de reyes! Los desdichados hijos de Eduardo te piden que florezcas. (Entra el espectro de la Reina Ana.)

- Espectro de Ana: (A Ricardo) Ricardo, tu mujer, aquella desgraciada Ana, tu mujer, que jamás durmió una hora en paz contigo, ahora llena tu sueño de agitaciones: mañana en la batalla acuérdate de mí, y caiga tu espada sin filo: ¡desespera y muere! (A Richmond); Tú, alma tranquila, duerme con sueño tranquilo! ¡Sueña con éxito y la feliz victoria! La mujer de tu adversario reza por ti. (Entra el espectro de Buckingham.)
- Espectro de Buckingham: (A Ricardo) Yo fui el primero que te ayudó a obtener la corona, y el último que sintió tu tiranía: ¡ah, en la batalla, piensa en Buckingham y muere con el terror de tu culpabilidad! ¡Sigue soñando, sigue soñando con acciones sanguinarias y con muerte! ¡Desespera, desmayando; desesperado, exhala tu aliento! (A Richmond) Morí para la esperanza antes de poder prestarte ayuda; pero anima tu corazón, y no desmayes. Dios y los ángeles buenos luchan al lado de Richmond; y Ricardo cae en la cima de todo su orgullo. (El espectro se va. El Rey Ricardo despierta sobresaltado.)
- Ricardo: ¡Dadme otro caballo! ¡Vendad mis heridas! ¡Ten misericordia, Jesús! ¡Calla, no ha sido más que un sueño! ¡Ah, conciencia cobarde, cómo me afliges! Las luces arden como llama azul. Ahora es plena medianoche. Frías gotas miedosas cubren mi carne temblorosa. ¿Qué temo? ¿A mí mismo? No hay nadie más aquí: Ricardo quiere a Ricardo; esto es, yo soy yo. ¿Hay aquí algún asesino? No; sí, yo lo soy. Entonces, huye. ¿Qué, de mí mismo? Gran razón, ¿por qué? Para que no me venga a mí mismo en mí mismo. Ay, me quiero a mí mismo. ¿Por qué? ¿Por algún bien que me haya hecho a mí mismo? ¡Ah no! ¡Ay, más bien me odio a mí mismo por odiosas acciones cometidas por mí mismo! Soy un rufián: pero miento, no lo soy. Loco, habla bien de ti mismo: loco, no adules. Mi conciencia tiene mil lenguas separadas, y cada lengua da una declaración diversa, y cada declaración me condena por rufián. Perjurio, perjurio, en el más alto grado; crimen, grave crimen, en el más horrendo grado; todos los diversos pecados cometidos todos ellos en todos los grados, se agolpan ante el tribunal gritando todos: "¡Culpable, culpable!" Me desesperaré. No hay criatura que me quiera: y si muero, nadie me compadecerá; no, ¿por qué me habían de compadecer, si yo mismo no encuentro en mí piedad para mí mismo? (Vuelve a entrar Ratcliff.)
- Ratcliff: Señor...
- Ricardo: ¿Quién está ahí?
- Ratcliff: Señor, soy yo. El madrugador gallo aldeano ha saludado por dos veces a la aurora; vuestros amigos se han levantado y se enhebillan las armaduras.
- Ricardo: ¡Oh, Ratcliff, he soñado un sueño terrible! ¿Qué piensas, todos nuestros amigos resultarán leales?
- Ratcliff: No hay duda, señor.
- Ricardo: ¡Oh, Ratcliff, tengo miedo, tengo miedo! Me pareció que las almas de todos los que había asesinado venían a mi tienda, y todas amenazaban con venganza mañana sobre la cabeza de Ricardo.
- Ratcliff: Vamos, mi buen señor, no tengáis miedo de sombras.
- Ricardo: Por el apóstol Pablo, las sombras, esta noche, han infundido más terror en el alma de Ricardo que cuanto podría la realidad de diez mil soldados armados de acero y dirigidos por el necio de Richmond. Todavía no se acerca el día. Vamos, ven conmigo; bajo nuestras tiendas espiaré lo que dice, para saber si alguien piensa apartarse de mí. (Se van el Rey Ricardo y Ratcliff. Vuelve a entrar Oxford con otros Lores, etc.)

-
- Lores: ¡Buenos días, Richmond!
- Richmond: (despertando) Os pido perdón, señores y vigilantes caballeros, porque hayáis sorprendido a un retardado perezoso.
- Lores: ¿Qué tal habéis dormido, señor?
- Richmond: El más dulce sueño, con las visiones de más hermoso presagio que jamás han entrado en una cabeza con sopor, he tenido después de que nos separamos, señores. Me pareció como si las almas de aquellos cuyos cuerpos mató Ricardo vinieran a mi tienda y clamaran victoria; os aseguro que mi corazón está muy animado en el recuerdo de tan bello sueño. ¿Qué hora de la mañana es, señores?
- Lores: Van a dar las cuatro.
- Richmond: Bien, entonces es hora de armarse y dar órdenes. (Avanza hacia las tropas) Más de lo que he dicho, cariñosos compatriotas, la urgencia y el apremio del tiempo me impiden extenderme: Dios y nuestra buena causa luchan por nuestro bando; las plegarias de los bienaventurados santos y las almas ofendidas, como elevados baluartes, se elevan ante nuestros rostros. Excepto Ricardo, aquellos contra quienes peleamos prefieren que ganemos nosotros en vez de aquel a quien siguen; pues, ¿quién es el que siguen? Verdaderamente, señores, un tirano sanguinario y un homicida; elevado en sangre, y en sangre establecido; que buscó todos los medios para llegar a lo que tiene, y mató a los que fueron medios para ayudarlo; una baja piedra sucia, vuelta preciosa por engarzarse en el trono de Inglaterra, donde falsamente está montado; uno que siempre ha sido enemigo de Dios, Dios, en justicia, os guardará como soldados suyos; si sudáis para derribar a un tirano, dormiréis en paz una vez muerto el tirano; si lucháis contra los enemigos de vuestro país, la sustancia de vuestro país pagará la recompensa de vuestros esfuerzos; si lucháis para salvaguardia de vuestras esposas, vuestras esposas os darán en casa la bienvenida como vencedores; si libráis a vuestros hijos de la espada, los hijos de vuestros hijos os lo pagarán en vuestra vejez. Entonces, en nombre de Dios y de todos esos derechos, ¡avanzad vuestros estandartes, sacad vuestras deseosas espadas! Para mí, el rescate de mi osado intento será este cuerpo frío en la fría faz de la tierra; pero si prevalezco, de la ganancia de mi intento tendrá parte el menor de vosotros. ¡Toquen tambores y trompetas, con valentía y ánimo! ¡Dios y San Jorge! ¡Richmond y victoria! (Se van. Vuelven a entrar el Rey Ricardo, Ratcliff, acompañantes y fuerzas.)
- Ricardo: ¿Qué dijo Northumberland respecto a Richmond?
- Ratcliff: Qué nunca se había educado en armas.
- Ricardo: Dijo la verdad. ¿Y qué dijo entonces Surrey?
- Ratcliff: Sonrió y dijo: "Mejor para nuestro intento".
- Ricardo: Tenía razón: así es, en efecto. (Suena un reloj) Cuenta esas horas. Dame un calendario. ¿Quién ha visto hoy el sol?
- Ratcliff: Yo no, señor.
- Ricardo: Entonces desdeña brillar, pues, según el libro, debía haber adornado el oriente hace una hora: será un día negro para alguno. Ratcliff...
- Ratcliff: ¿Señor?
- Ricardo: Hoy no se verá el sol: el cielo frunce el ceño y se ensombrece sobre nuestro ejército. Querría que no hubiese en el suelo estas lágrimas de rocío. ¡No brillará hoy! Bueno, ¿y eso qué es para mí más que para Richmond? Pues el mismo cielo que frunce el ceño sobre mí le mira tristemente a él. (Entra Norfolk.)

-
- Norfolk: Al arma, al arma, señor: el enemigo presume en el campo.
- Ricardo: ¡Vamos, deprisa, deprisa! Poned la gualdrapa a mi caballo. Levantad a lord Stanley, decidle que traiga sus fuerzas; yo llevaré mis soldados a la llanura, y mis tropas se ordenarán así: mi vanguardia estará toda extendida en longitud, consistiendo por igual en de a caballo y de a pie; nuestros arqueros se pondrán en medio: John, duque de Norfolk, y Thomas, conde de Surrey, tendrán el mando de esos de a pie y de a caballo. Así dirigidos, nosotros iremos detrás con el grueso de las fuerzas, cuya potencia, a ambos lados, tendrá por alas a nuestra mejor caballería. ¡Esto, y San Jorge por añadidura! ¿Qué piensas tú, Norfolk?
- Norfolk: Una buena disposición, valeroso soberano. He encontrado esto en mi tienda esta mañana. (Le da un papel)
- Ricardo: (lee) "Compadre Norfolk, no seas atrevido; tu amo Dickon está más que vendido." Una cosa urdida por el enemigo. Vamos, caballeros, cada hombre a su puesto. Que nuestros gárrulos sueños no amedrenten nuestras almas; la conciencia no es más que una palabra que usan los cobardes, ideada por primera vez para asustar a los fuertes; nuestros recios brazos sean nuestra conciencia, y nuestras espadas, nuestra ley. Adelante, atacadles valientemente, mezclémonos con ellos; si no al cielo, mano a mano al infierno. (A sus soldados) ¿Qué más diré que lo que ya he expuesto? Recordad con quién os las vais a haber; una especie de vagabundos, bribones, forajidos, la hez de Bretaña, bajos aldeanos lacayunos a quienes vomita su saciado país de aventuras desesperadas y destrucción segura. Dormíais seguros, y ellos os traen inquietud; teníais tierras, y la bendición de hermosas mujeres, y ellos quieren arrebataros las unas y raptaros las otras. ¿Y quién les manda si no un mezquino, mantenido mucho tiempo en Bretaña a costa de nuestra madre, un sopas-de-leche, que en su vida sintió jamás tanto frío como con zapatos en la nieve? Volvamos a echar a azotes a estos vagabundos al otro lado del mar; arrojemos a latigazos a estos presumidos andrajosos de Francia, estos mendigos muertos de hambre, hartos de la vida que se han ahorcado a ellos mismos sólo por soñar en este hermoso logro, por falta de medios, pobres ratas; si nos han de vencer, que nos venzan hombres y no estos bastardos bretones a quienes nuestros padres vencieron en su propia tierra, y derribaron y golpearon, dejándoles, en las historias, como herederos de la ignominia. ¿Han de disfrutar éstos nuestras tierras? ¿Han de acostarse con nuestras mujeres y violar a nuestras hijas? ¡Escuchad! Oigo su tambor. (Suena un tambor lejano) ¡Luchad, caballeros de Inglaterra! ¡Luchad, atrevidos soldados! ¡Tirad, arqueros, tirad vuestras flechas a la cabeza! ¡Espolead fuerte vuestros orgullosos caballos, y cabalgas en sangre; asombrad al cielo con la rotura de vuestras lanzas! (Entra un mensajero.) ¿Qué dice lord Stanley? ¿Va a traer a sus fuerzas?
- Mensajero: Señor, se niega a venir.
- Ricardo: ¡Cortadle la cabeza a su hijo George!
- Norfolk: Señor, el enemigo ha pasado el pantano: que muera George Stanley después de la batalla.
- Ricardo: Mil corazones se engrandecen en mi pecho: ¡avanzad nuestros estandartes, atacad a nuestros enemigos! ¡Nuestro antiguo grito de valor, claro San Jorge, nos anime con la furia de ardientes dragones! ¡A ellos! La victoria se posa en nuestros yelmos. (Se van)

Escena IV**(Otra parte del campo)**

Toques al arma, incursiones. Entran Norfolk y fuerzas; se le acerca Catesby.

Catesby: ¡Socorro, lord Norfolk, socorro, socorro! El Rey hace más prodigios que un hombre, atreviéndose a enfrentarse con todos los peligros: le han matado el caballo y combate a pie, buscando a Richmond en la garganta de la muerte. ¡Socorro, ilustre señor, o si no, la batalla está perdida! (Toques al arma. Entra el Rey Ricardo.)

Ricardo: ¡Un caballo, un caballo! ¡Mi reino por un caballo!

Catesby: Retiraos, señor: os ayudaré a encontrar un caballo.

Ricardo: ¡Villano, he echado la vida a una tirada de dados, y afrontaré el azar de la suerte! Creo que hay seis Richmond en el campo: he matado a cinco en vez de él. ¡Un caballo, un caballo! ¡Mi reino por un caballo! (Se van)

Escena V**(Otra parte del campo)**

Toques al arma, incursiones. Entran por lados opuestos el Rey Ricardo y Richmond; luchan y se van luchando. Retirada y toque de trompeta. Luego vuelve a entrar Richmond, con Stanley, que lleva la corona, y otros Lores, y fuerzas.

Richmond: ¡Dios y vuestras armas sean alabados, victoriosos amigos! La jornada es nuestra: ha muerto el perro sanguinario.

Stanley: Valeroso Richmond, bien te has portado. Mira, aquí, esta realeza tanto tiempo usurpada, la he arrancado de las sienas muertas de ese miserable sanguinario, para agracias con ella tu frente: llévala, disfrútala y házle honor.

Richmond: ¡Gran Dios del cielo, di amén a todo esto! Pero, decidme: ¿está vivo el joven George Stanley?

Stanley: Lo está, señor: sano y salvo, en la ciudad de Leicester, adonde, si os place, nos retiramos ahora. Richmond: ¿Qué hombres de importancia han muerto en ambos bandos?

Stanley: John, duque de Norfolk, Walter, lord Ferrers, sir Robert Brakenbury y sir William Brandon.

Richmond: Enterrad sus cadáveres como corresponde a sus prosapias: proclamad un perdón para los soldados huidos que vuelvan con nosotros con sumisión, y luego, como hemos jurado sacramentalmente, uniremos la rosa blanca con la rosa roja. ¡Sonría el cielo sobre esta bella unión, después que tanto tiempo ha fruncido el ceño sobre su enemistad! ¿Qué traidor me oye sin decir amén? Inglaterra ha estado mucho tiempo loca, hiriéndose a sí misma: los hermanos vertían ciegamente la sangre de sus hermanos, los padres, ataban coléricamente a sus propios hijos; el hijo, obligado, era matarife de su padre. Todo esto desunía a York y Lancaster, separadas en horrenda discordia. ¡Oh, ahora Richmond e Isabel, legítimos sucesores de ambas casa reales, se unan por hermosa ordenación de Dios! ¡Y que sus herederos -si así lo quieres, Dios- enriquezcan el porvenir con la paz de liso rostro, con sonriente abundancia y bellos días de prosperidad! ¡Derriba el filo de los traidores, generoso Señor, que quieran reproducir otra vez esos días sangrientos, haciendo llorar a la pobre Inglaterra en ríos de sangre! ¡No les dejes vivir para probar la prosperidad de este bello país! Ahora las heridas civiles están cerradas, y la paz vuelve a vivir para que viva aquí mucho tiempo, Señor, ¡di amén! (Se van)